Florida International University
FIU Digital Commons

FIU Electronic Theses and Dissertations | University Graduate School

5-17-2011

The Representation of Motherhood in Contemporary Catalan Fiction

Ausenda Folch
Florida International University, Sencar1@msn.com

Follow this and additional works at: http://digitalcommons.fiu.edu/etd

Recommended Citation
Folch, Ausenda, "The Representation of Motherhood in Contemporary Catalan Fiction" (2011). *FIU Electronic Theses and Dissertations.* Paper 434.
http://digitalcommons.fiu.edu/etd/434

This work is brought to you for free and open access by the University Graduate School at FIU Digital Commons. It has been accepted for inclusion in FIU Electronic Theses and Dissertations by an authorized administrator of FIU Digital Commons. For more information, please contact dcc@fiu.edu.

FLORIDA INTERNATIONAL UNIVERSITY

Miami, Florida

THE REPRESENTATION OF MOTHERHOOD IN CONTEMPORARY CATALAN FICTION

A dissertation submitted in partial fulfillment of the

requirements for the degree of

DOCTOR OF PHILOSOPHY

in

SPANISH

by

Ausenda Folch

2011

To: Dean Kenneth Furton
College of Arts and Sciences

This dissertation, written by Ausenda Folch, and entitled The Representation of Motherhood in Contemporary Catalan Fiction, having been approved in respect to style and intellectual content, is referred to you for judgment.

We have read this dissertation and recommend that it be approved.

_____
Renee Silverman

_____
Maida Watson

_____
Aurora Morcillo

_____
Asunción Gómez, Major Professor

Date of Defense: May 17, 2011

The dissertation of Ausenda Folch is approved.

_____
Dean Kenneth Furton
College of Arts and Sciences

_____
Interim Dean Kevin O'Shea
University Graduate School

Florida International University, 2011

ACKNOWLEDGMENTS

I wish to thank the members of my committee, Dr. Asunción Gómez, Dr. Renee Silverman, Dr. Maida Watson and Dr. Aurora Morcillo, for their support, guidance and suggestions throughout this process.

ABSTRACT OF THE DISSERTATION

THE REPRESENTATION OF MOTHERHOOD IN CONTEMPORARY CATALAN FICTION

by

Ausenda Folch

Florida International University, 2011

Miami, Florida

Professor Asunción Gómez, Major Professor

This dissertation analyzes four twenty-first-century Catalan novels which present the complex positions occupied by mothers in the last seven decades. Its conceptual framework posits motherhood as both a changing social construction and a political institution in a constant state of flux. In Inma Monsó´s Todo un carácter (2001), Eva Piquer´s Una victoria diferente (2002), Carme Riera´s La mitad del alma *(*2004), and Najat El Hachmi´s El último patriarca (2008) motherhood is explored as a metaphorical act, a gender-constructing experience, as well as the locus of expression with regard to gender and power relations. During the dictatorship of Francisco Franco (1939-1975), the majority of women were excluded from public spaces, and forced to stay home to care for their husbands and children. Furthermore, the state criminalized abortion, made contraception and divorce illegal, and promoted an ideal of femininity based on silence, sacrifice, and self-denial. The political changes of the late 1970s allowed women greater personal autonomy, and many women writers began to challenge stereotypical views of women's social roles. Yet in the 70s and 80s, the narratives of Esther Tusquets, Ana

María Moix, and Montserrat Roig represent the mother as a repressive figure whom the daughter must reject in order to liberate herself and regain her voice. It is not until the 90s when the novelists Mercedes Abad, Maruja Torres, Carme Riera, Imma Monsó, Eva Piquer, and María Barbal rehumanize the mother figure, recovering their matrilineal heritage. However, far from suggesting a unified trend in representations of motherhood in Catalan fiction, the diverse points of view of the novels under discussion here reveal that differences in attitudes among women authors about mother-daughter conflict are far from resolved.

The theoretical background for this dissertation draws mainly on the work of Adrienne Rich, Nancy Chodorow, and Julia Kristeva. It includes psychoanalytic studies as well as sociologically based essays by Anna López Puig, Amparo Acereda, Jacqueline Cruz, Barbara Zecchi, Ángeles de la Concha, and Raquel Osborne, among others.

TABLE OF CONTENTS

CHAPTER PAGE

INTRODUCCIÓN…….....1

I. Discursos hegemónicos sobre la figura de la madre desde los distintos ámbitos……...……..….....9

II. La maternidad al servicio del patriarcado en El último patriarca de Najat El Hachmi……..……73

III. Conflictos emocionales e identitarios entre madre-hija en Todo un carácter de Imma Monsó……..……...……97

IV. La recuperación de la memoria histórica a través de la figura materna en La mitad del alma de Carme Riera……...….120

V. Idealización de la experiencia maternal en la narrativa contemporánea: Una victoria diferente de Eva Piquer…….142

CONCLUSIONES…….....169

LIST OF REFERENCES…….…….....180

VITA..…….....190

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, tanto el tema de la maternidad, entendida como concepto construido histórica y culturalmente, como el tema de las relaciones materno-filiales han recibido gran atención por parte de la crítica anglosajona y francesa. Ya a finales de los años 40 Simone de Beauvoir (1949) desmiente la existencia del supuesto "instinto maternal" y en los años 70 Adrienne Rich (1976) establece la distinción entre la vivencia maternal y la institución de la maternidad. Sin embargo, en el caso de España, la mayoría de las aportaciones novedosas sobre la maternidad se producen en épocas muy recientes. M. Cinta Ramblado Minero (2006) apunta que el estudio de la maternidad ocupa "un lugar secundario con respecto a otros elementos configuradores de la identidad femenina" (20), y Laura Freixas (2009) menciona "su escasísima presencia en la literatura peninsular" (11), lo que resulta sorprendente ya que durante siglos las únicas actividades permitidas a la mujer eran la maternidad, dentro del marco del matrimonio heterosexual, y el convento. Según la autora, "no es muy frecuente la figura de la madre como protagonista antes del siglo XX" (23), pues ésta representa "solo fragmentos, personajes secundarios o relatos aislados" (24). Otras aportaciones recientes incluyen a Silvia Tubert y a María José Gámez Fuentes (2004) quienes han elaborado una valiosa clasificación de los tipos de comportamiento materno y de su percepción filial. Sin embargo, según Pat O' Byrne (2006), en las representaciones literarias la maternidad es sinónimo de sacrificio, de abnegación y de servilismo.

La ausencia de reflexiones críticas, por un lado, y las abundantes reflexiones estereotipadas por otro, exigen una re-consideración del tema. La literatura y los medios

de comunicación ejercen una gran influencia en el imaginario social y en la formación de roles de género. La literatura refleja la realidad sociológica del momento y presenta modelos identitarios con los que los lectores se pueden identificar. En la formación de roles de género su influencia es, por tanto, decisiva. Por este motivo nos ha interesado analizar las representaciones literarias de la maternidad en la literatura catalana contemporánea para vislumbrar cómo se aborda la vivencia en la actualidad. La representación de la mujer ha estado muy presente en la literatura masculina tradicional. Por lo general, ésta ha sido considerada por su potencial sexual o por su belleza y atractivo físico, pero casi nunca se ha valorado su ingenio, su sagacidad, sus conocimientos o su subjetividad. Se habla de la mujer desde el erotismo, desde el sexo, o desde el matrimonio, no obstante, la inmensa aportación social que como madre realiza es raramente reconocida o, lo que es peor, se idealiza hasta tal punto que se que se deforma la vivencia. Además, los discursos literarios, sociales y culturales tienden a abarcar el tema desde la perspectiva exclusiva de los hijos e ignoran las necesidades de la mujer-madre.

En general, la literatura ha ofrecido una visión estereotipada e idealizada de la madre perfecta lo que ha podido ocasionar sentimientos de culpabilidad y de frustración en las madres reales. Las representaciones idealizadas de la maternidad han pregonado durante siglos el gran gozo, placer o júbilo que la experiencia proporciona a la mujer sin considerar las circunstancias o las preferencias individuales. Así pues, la maternidad se describe como forma suprema de autorrealización femenina llegando incluso, en ciertas épocas, a considerarse un deber patriótico (durante la dictadura de Franco). A su vez, el

hijo aparece generalmente representado como una criatura adorable, digna de la constante atención de su madre a la que se le exige una capacidad de sacrificio y de abnegación absoluta, y la renuncia de sus propias necesidades individuales. La construcción cultural de la maternidad exige que para ser una "buena madre" hay que disfrutar entusiastamente del rol maternal. No obstante, en palabras de Doris Lessing (1954) "no existe aburrimiento más tremendo que el de una madre joven e inteligente que se pasa el día entero con un niño muy pequeño" (37). El aburrimiento, el agotamiento, la frustración, o la soledad son algunos de los sentimientos maternos raramente mencionados en la literatura. Dichos sentimientos coexisten con la satisfacción que, en general, caracteriza la experiencia pero pueden generar grandes dosis de culpabilidad o frustración en una madre que ha agotado temporalmente su capacidad de entrega. Irónicamente, la ambivalencia que puede generar la experiencia maternal, será considerada "patológica" y condenada por el sistema patriarcal.

El objetivo de este estudio es reflexionar sobre las representaciones de la maternidad y de las relaciones materno-filiales en cuatro novelas de la literatura catalana contemporánea, prestando especial atención a las diversas influencias que configuran la experiencia como, por ejemplo, los discursos políticos, sociales, religiosos, familiares, económicos, laborales, etc. Ya que dichos discursos regulan día a día la experiencia, nos proponemos descubrir si han sido alterados o por lo menos flexibilizados con el advenimiento de la democracia para el bien no sólo de las mujeres sino también de sus parejas y de sus hijos. Durante la dictadura de Franco la mujer española es excluida de los espacios públicos y debe dedicarse en exclusiva al cuidado del esposo, de los hijos y

del hogar. Una mujer casada debe contar con una autorización firmada por su marido para poder abrir una cuenta bancaria, trabajar fuera del hogar, o solicitar un pasaporte y debe permanecer en una situación de dependencia, de obediencia y de sumisión total respecto a su cónyuge. Estudios críticos recientes indican que, debido a su posición de inferioridad y de marginalidad, la figura de la madre desaparece de las representaciones literarias tanto como personaje principal como secundario[1]. Algo similar sucede en la literatura catalana del momento con autoras como Merce Rodoreda que tiene todo un repertorio de heroínas huérfanas de madre. Los estudios sostienen que incluso los escritores sucumben a esta tendencia y plasman numerosos textos cuyos personajes centrales son jóvenes huérfanos y desamparados que se enfrentan a solas contra un mundo hostil. Aunque la ausencia de la madre no es el tema primordial de las narrativas genera, sin duda, graves consecuencias en el desarrollo de la subjetividad de los protagonistas y explica su estado de malestar, de angustia y de soledad crónica[2].

En Cataluña, los cambios políticos, jurídicos y sociales de finales de los 70 permiten alterar la posición de marginalidad de las mujeres, flexibilizar los roles de género y derrocar el modelo de familia patriarcal tradicional para dar paso a una familia más igualitaria y democrática. Con la nueva Constitución se proclama la igualdad jurídica entre los hombres y las mujeres, se despenaliza el adulterio femenino y el aborto, y se legalizan los anticonceptivos y el divorcio. No obstante, en las narrativas de Esther Tusquets, de Ana María Moix o de Montserrat Roig el personaje materno sigue siendo

---

[1] Ver los estudios de Pat O'Byrne o Concha Alborg sobre la producción literaria de posguerra.

[2] Ver el análisis de Victoria Reviriego Calmes sobre los presonajes masculinos huérfanos de madre en los textos de Juan Marsé.

una figura represiva, distante o fría que la hija debe rechazar para poder expresarse y autoafirmarse[3]. No será hasta la década de los años 90 y, sobre todo, a partir del nuevo siglo que escritoras como Mercedes Abad, Maruja Torres, Carme Riera, Imma Monsó y María Barbal logren recuperar la voz y la historia de la madre al otorgarle el protagonismo de la narración. Para estas escritoras la maternidad adquiere unas connotaciones muy enriquecedoras y positivas, y sus textos avalan la experiencia como patrimonio privilegiado y exclusivo de las mujeres.

Adrienne Rich indica hace ya más de treinta años que, tanto los hombres como las mujeres, llegamos al mundo a través de una madre, por tanto, sus problemas nos afectan de alguna forma a todos. Por ello hemos deseado profundizar en el tema de la maternidad analizando las representaciones literarias catalanas de la actualidad. En el primer capítulo presentamos desde una perspectiva interdisciplinar las distintas reflexiones teóricas y críticas sobre el rol maternal. Ya que se trata de una construcción cultural es pertinente discernir de qué manera ha ido variando según las ideologías o las modas del momento, y profundizar en la evolución de los discursos. El capitulo presenta lo que se ha dicho sobre la función de la madre desde ámbitos tan diversos como el psicoanálisis, la psicología, la política, la sociología, la religión, la filosofía, la literatura y, finalmente, la economía. Debido al estancamiento cultural que representan los cuarenta años de dictadura, y al hecho de que los movimientos feministas no alcanzan en España la misma repercusión social que en los países anglosajones, acudimos en nuestro estudio a las diversas

[3] A través del monólogo interior las protagonistas de *El mismo mar de todos los veranos* de Esther Tusquets, *Ramona adiós* de Montserrat Roig, o *Julia* de Ana María Moix, relatan primero su distanciamiento y posteriormente su rechazo de la figura materna.

reflexiones de la academia norteamericana (en su mayor parte) y de la francesa por ser las pioneras en abordar el tema desde una perspectiva crítica, contracultural y novedosa. No obstante, incluimos también un análisis histórico-político del momento que nos ocupa en las novelas analizadas: el franquismo y el pos-franquismo, para discernir lo que desde las instituciones hegemónicas se dictamina sobre la función maternal.

En el segundo capítulo analizamos la novela *El último patriarca* (2008) de Najat El Hachmi[4] en la que se presenta el tema de la maternidad desde la perspectiva de la hija, una joven musulmana afincada en Barcelona incapaz de identificarse con una madre abnegada que vive totalmente entregada a atender las múltiples necesidades de su familia. Los abusos, las vejaciones, y los malos tratos que la madre sufre cotidianamente a manos de su dictatorial esposo producen el rechazo emocional y la rebelión de la hija.

En el tercer capítulo abarcamos las relaciones materno-filiales en la novela *Todo un carácter* (2001) de Imma Monsó. La narración introduce a una madre autosuficiente e independiente de la Cataluña actual que por su fortaleza y su valor supone un excelente ejemplo para su hija. Sin embargo, la intensa identificación que se establece entre ambas dificulta la separación emocional y el crecimiento de la hija. Este texto, al igual que el analizado en el capítulo anterior y el del próximo capítulo, están narrados por las hijas, lo cual evidencia que aún en la actualidad sigue siendo más fácil escribir como hija que como madre[5].

---

[4] *El último patriarca* (2008) ha recibido el premio Ramón Llull 2008.

[5] Ver los estudios de Marianne Hirsch (1989) sobre la relación madre-hija en diversos textos literarios.

El cuarto capítulo examina *La mitad del alma* (2004) de Carme Riera novela galardonada con el premio Sant Jordi 2003 que requiere de un lector activo co-partícipe en la construcción de significado. En el texto, una mujer de mediana edad descubre, desconcertada, las múltiples actividades al margen del rol maternal que su madre lleva a cabo en la clandestinidad durante la dictadura franquista. Para abordar esta representación en principio poco ortodoxa de la maternidad, la autora juega con múltiples oposiciones binarias: buena madre-mala-madre, ficción-realidad, verdad-mentira para lograr mantener la atención del lector, deconstruir los discursos tradicionales, y ofrecer versiones alternativas.

En el quinto capítulo investigamos el tema de la subjetividad materna tal como lo presenta la escritora más joven del grupo, Eva Piquer, en *Una victoria diferente* (2002)[6]. Ya que la autora ha crecido en el ámbito de libertad y de igualdad de la democracia esperamos descubrir una representación literaria novedosa y liberadora de la experiencia maternal. No obstante, la heroína se decanta por la experiencia para paliar la abrumadora soledad y para superar los sentimientos de insuficiencia que la atormentan, rememorando así un modelo de feminidad muy desfasado que declaraba "incompleta" a una mujer sin hijos. El que esta joven no relate ninguna satisfacción derivada de su vida profesional y el que se aferre de forma obsesiva a su necesidad de procrear corrobora que aún hoy la maternidad es conceptualizada como identidad femenina superior o "natural".

En las últimas tres décadas, la crítica ha hecho gran hincapié en la fuerza de los discursos sociales, políticos y culturales que desde las instituciones regulan la experiencia

[6] *Una victoria diferente* (2002) ha sido galardonada con el premio Josep Pla 2002.

de la maternidad, ignoran los deseos de cada mujer y le impiden disfrutarla. No obstante vislumbramos en *Todo un carácter*, en *La mitad del alma,* y en *Una victoria diferente* que, a pesar de la presión del entorno social, cultural o político, la madre plantea su vivencia acorde a sus deseos, a su voluntad, y a sus necesidades subjetivas, aún cuando éstas contradicen la normativa social. Además, descubrimos en *El último patriarca* que la influencia del entorno familiar y de las circunstancias particulares de la madre adquiere supremacía sobre las expectativas sociales. Es decir, las influencias del entorno inmediato superan las de las instituciones culturales o sociales.

Por último, queremos mencionar que, aunque el tema de la maternidad ha tenido un gran auge en los estudios literarios anglosajones, éste no siempre ha sido el caso en la literatura española o en la catalana, centradas, por lo general, en otros tópicos. Aunque últimamente el tema ha adquirido sin duda un mayor interés por parte de la crítica, no lo creemos en absoluto suficiente sobre todo si consideramos las amplias repercusiones sociales generadas de la labor maternal, la trascendencia que tiene la experiencia para las mujeres, y la influencia decisiva de la figura de la madre, tanto por su presencia como por su ausencia, en el desarrollo de la personalidad y de la subjetividad individual. El que hayamos elegido estos textos en lugar de otros queda justificado por la popularidad de estas escritoras en el contexto de la literatura catalana contemporánea. Ya que las novelas han sido galardonadas con prestigiosos premio y traducidas a otros idiomas, queda garantizada su calidad calidad literaria y juzgamos oportuno el difundirlas entre el público anglosajón[7].

[7] Todas las traducciones, las de catalán a castellano y las de inglés a castellano, son mías.

CAPITULO I

Discursos hegemónicos sobre la figura de la madre desde los distintos ámbitos.

A lo largo del tiempo se han emitido, desde diversos ámbitos, varios postulados sobre la función materna. Hasta hace pocas décadas los discursos sociales, históricos, políticos, filosóficos, religiosos, psicológicos, lingüísticos, o jurídicos reflejaban una concepción patriarcal de la feminidad idealizando tanto la capacidad reproductora de la mujer, como las relaciones materno-filiales, y pasaban por alto los aspectos negativos que también forman parte de la experiencia maternal. Esta exaltación patriarcal de la maternidad ha generado, con el tiempo, un distanciamiento entre los discursos normativos y las experiencias reales de las mujeres. Los discursos hegemónicos han considerado a la mujer sólo por su potencial reproductor y han ignorado sus otras identidades. Sin embargo, si por un lado se mistifica la capacidad reproductora de la mujer, por otro se ignora su subjetividad y su conocimiento intuitivo, y se le imponen desde las instituciones unos códigos ajenos o irreales. Además, se inculpa a la madre de cualquier desarreglo o problema en el hijo sin tener en cuenta cualquier otra influencia, y sin considerar ni las circunstancias específicas de cada caso, ni la personalidad del hijo, lo que genera la inseguridad y la ambivalencia de las madres[8]. Con el tiempo los discursos se consolidan en el inconsciente colectivo y, como veremos en algunas de las novelas analizadas, quedan grabados en las manifestaciones literarias, artísticas, y culturales hasta tal punto que las propias mujeres mistifican la experiencia y aceptan a solas todas las responsabilidades de crianza de los hijos sin esperar ninguna colaboración del padre o de

[8] El psicoanálisis, por ejemplo, responsabiliza a la madre de la salud mental de su hijo, y la culpabilizará de cualquier neurosis o psicosis que éste desarrolle en su vida futura.

las instituciones. Sin embargo, en las últimas décadas algunas voces han mencionado los aspectos negativos de la maternidad, o cuestionado los postulados esencialistas que reducen a la mujer a una categoría exclusiva, la de madre.

Andrea O' Reilly (2009) afirma que la ideología de la maternidad intensiva, es decir, de la madre como responsable exclusiva de la crianza de los hijos, parte de los postulados de Rousseau en *Emile* (1762), y se radicaliza con la revolución industrial del siglo XIX que establece una marcada división entre las actividades "masculinas" de la esfera pública y las "femeninas" de la esfera privada. Aunque en España la situación de las madres ha cambiado mucho desde el advenimiento de la democracia, es importante recordar que, no sólo durante los cuarenta años de la dictadura sino con anterioridad, los discursos culturales imponen la ideología de la maternidad intensiva y un modelo de mujer insertada exclusivamente en la esfera doméstica, lo que dejará huella en las manifestaciones literarias, artísticas, y culturales. Los discursos culturales proyectan la maternidad como la identidad no sólo esencial sino exclusiva de la mujer y se le exige por tanto renunciar a cualquier otra identidad o actividad en cuanto da a luz. Por el contrario la identidad del varón no se conceptualiza en relación a su paternidad y éste no debe renunciar a sus identidades previas al convertirse en padre por primera vez. Es decir, un varón sigue siendo profesor, electricista, fontanero o médico tenga hijos o no los tenga y la paternidad nunca supone su identidad central[9]. A continuación presentamos desde una perspectiva interdisciplinar las distintas reflexiones y postulados que de una u otra forma y a través del tiempo han afectado o regulado el rol maternal.

[9] Raquel Osborne documenta, por ejemplo, que en caso de divorcio son muy pocos los padres españoles que reclaman la custodia de los hijos.

Discursos psicoanalíticos

Entre los distintos ámbitos académicos es innegable que el psicoanálisis freudiano ha ejercido una enorme influencia sobre los círculos intelectuales europeos y americanos. En *Totem y tabú* (1913-14), Freud explicca los orígenes patriarcales de la cultura occidental con la teoría del complejo de Edipo, según la cual, durante la etapa fálica (desde los tres hasta los seis años aproximadamente) del desarrollo psicológico, el hijo comienza a sentir atracción pre-sexual hacia su madre, y odio hacia el padre. Un sentimiento de culpa se desarrolla en él (ya que entiende que es erróneo odiar al padre) y finalmente, por medio de la identificación, el niño comienza a adoptar las características del padre. Durante todo este proceso la madre es el objeto de deseo del hijo, pero permanece pasiva, en un segundo plano y, de cierta forma, liberada de responsabilidades. Su subjetividad es intrascendente, ya que es el hijo el que nace con sus propios instintos que deben ser apropiadamente regulados, racionalizados, o reprimidos. En el caso de la hija, la relación emocional que desarrolla con su madre se interrumpe al descubrir que ha nacido sin falo, de lo que culpabiliza a su madre, a la cual rechaza en favor del padre. Para compensar esta falta, sustituye al falo por un hijo. Es decir, la maternidad supone, para Freud, la resolución del conflicto psicológico femenino.

Además, el autor afirma que el privilegio de poseer falo le otorga al varón la confianza necesaria para poder pensar, hablar, y crear, es decir para desarrollar la cultura, mientras que la niña, al no poseer falo se sabe inferior, y permanece más cercana al cuerpo y a los instintos. Aunque algunos de sus seguidores proponen entender el concepto de envidia de falo metafóricamente (asumiendo que lo que la niña envidia del

padre no es el falo en sí, sino el poder y los privilegios que otorga)[10], es preciso recordar que Freud indica que la niña es, real y no metafóricamente, un ser inferior y castrado por lo que no puede desarrollar un superego fuerte y por lo que tiende al sentimentalismo, lo cual resta, sin duda, credibilidad a sus reflexiones.

Los postulados freudianos han sido reinterpretados por diversos autores. Jacques Lacan menciona en *Écrits* (1977) que la mujer (y la madre) no tiene voz porque no tiene un lenguaje propio con el que expresarse ya que el lenguaje es simbólico y patriarcal. Lacan considera que la presencia paterna es fundamental desde el primer instante de vida del bebé porque el padre introduce la ley que prohíbe el incesto del hijo con la madre. Esta ley paterna estructura toda la significación lingüística, es decir, lo simbólico, y se convierte en principio organizador de la cultura. La teoría de Lacan se vincula con tres niveles ontológicos: lo real, lo imaginario y lo simbólico. Lo real es el mundo material, lo imaginario es el mundo de la subjetividad que se desarrolla en la fase pre-edípica, y lo simbólico es lo que permite que el niño desarrolle una identidad de género y su entrada en la cultura y en el lenguaje. El falo funciona como significante que estructura el espacio en la mente del sujeto y que permite el desarrollo de la función simbólica. Durante la crisis edípica el hijo desea a la madre pero la ley del padre le prohíbe satisfacer su deseo. Para que el hijo pueda acceder al lenguaje, dicho deseo debe quedar reprimido en el inconsciente (el súper yo moralista que ejerce el control). La ley del padre (o nombre del padre) crea la posibilidad de acceder al lenguaje y al mundo simbólico, mediante la represión de los impulsos primarios de la líbido, incluyendo la dependencia del bebé del

[10] Leer, por ejemplo, las interpretaciones de Karen Horney, Melanie Klein, o de Helen Deutsch.

cuerpo materno. Es decir, lo simbólico se hace posible al rechazar el hijo la relación materna. El lenguaje estructura el mundo al suprimir los significados múltiples (la multiplicidad libidinal que caracterizaba la relación primaria con el cuerpo materno) e instaurar, en su lugar, un significado concreto y separado. Cuando la ley del padre viene a sustituir el deseo de la madre, sustitución que Lacan llama la metáfora paterna, el hijo entra en la significación simbólica y en la cultura. El niño que aprende la prohibición del incesto y supera el complejo de Edipo, se convierte en un individuo que respeta las leyes y se respeta a sí mismo.

Sus seguidoras, Helene Cixous (1975), Luce Irigaray (1974), y Julia Kristeva (1978) mencionan la importancia de la "ecriture feminine" o del lenguaje semiótico, que se escribe con la tinta blanca de la leche materna, es decir, reintroducen a la mujer como "la Otra" reivindicando, precisamente, lo que la diferencia del hombre. En su obra, *El espejo de la otra mujer* (1974), Irigaray denuncia que el pensamiento occidental iniciado por la filosofía de Platón exige la anulación social de la madre o matricidio. Los postulados filosóficos pretenden universalizar la verdad que se relaciona siempre con lo masculino mientras que lo femenino queda excluido o reducido al estatus de apariencia o de mentira. Ya que lo masculino se asocia con la cultura, con la mente, y con el espíritu, lo opuesto, es decir, lo femenino, deberá asociarse con el cuerpo, con los instintos, y con la naturaleza. Irigaray parte de la trilogía lacaniana de lo real, lo simbólico, y lo imaginario, para demostrar cómo la filosofía se ubica dentro del marco falogocéntrico y condena a la mujer al silencio al colocarla en el estadio pre-simbólico.

La autora utiliza los mitos griegos para ejemplificar la cancelación de la relación madre-hija dentro del orden simbólico. El mito de Deméter y Perséfone, por ejemplo, relata que Zeus ayuda a su hermano Hades, dios del Tártaro o mundo de los muertos, a secuestrar a Perséfone, hija de Deméter, para hacerla su esposa a la fuerza. Deméter, que es la diosa fértil de la tierra y de la agricultura, se desespera ante la desaparición de su hija y se va del Olimpo durante nueve días y nueve noches. Como consecuencia la tierra deja de dar frutos y de florecer. Zeus suplica a Deméter que cambie de actitud y que acepte su voluntad y la de su hermano, pero ella insiste en que la tierra será estéril hasta que le devuelvan a su hija. Zeus, consciente del desastre, se compromete a ayudarla a recuperar a su hija, siempre y cuando ésta no haya probado la comida del mundo de los muertos, y le pide a su hermano, Hades, que la libere. Perséfone, que vive consternada desde que la han separado de su madre, se deja manipular y acepta comer unas semillas de granada que le ofrece Hades, quedando así vinculada a él. Cuando Deméter se entera de lo sucedido promete no volver al Olimpo condenando a la tierra a la esterilidad. Para evitarlo los dioses pactan un acuerdo, y permiten que Perséfone pase tres meses con Hades en el Tártaro, y el resto del año con su madre, Deméter, sobre la faz de la tierra. Es decir, el mito funciona como metáfora patriarcal porque exige que las mujeres acepten la supremacía de los dioses masculinos, cancela la relación madre-hija, e ilustra cómo éstas se convierten en objetos de intercambio de los varones. Para evitar la anulación social de la madre o matricidio, Irigaray propone un cambio cultural a través del lenguaje. Al igual que Lacan, afirma que es a través del lenguaje (o del orden simbólico), que se entra en la cultura y se adquiere la categoría de sujeto. Con ejemplos tomados del idioma francés

pero aplicables a otros idiomas, demuestra que el uso del masculino se utiliza en el lenguaje para incluir a lo femenino, a lo neutro, y a lo impersonal, por lo que la mujer no puede ocupar una posición de sujeto al igual que lo hace el hombre. Se trata, pues, de alterar el lenguaje para que la mujer pueda expresar su subjetividad. A su vez, la madre debe respetar la subjetividad de su hija y apoyar su condición de sujeto independiente.

Por su parte, Cixous (1975) critica el falo-logocentrismo occidental desde el punto de vista de la deconstrucción derridiana y de su noción de *differance* (o diferencia). En su texto *La risa de la medusa* (1975), Cixous sostiene que la cultura se estructura sobre oposiciones binarias en las que se favorece a una sobre la otra: día/noche, sol/luna, cultura/naturaleza, bien/mal, habla/escritura, hombre/mujer, etc. En cada oposición prevalece una jerarquía en la que un lado se considera más débil o negativo, a diferencia del otro que es el que define y ordena el pensamiento occidental y el lenguaje. Cixous propone romper estos compartimentos binarios a través de la escritura para generar un nuevo tipo de discurso que posibilite la subjetividad de la mujer y reivindique su diferencia. La "ecriture feminine" o escritura femenina, escrita con la tinta blanca de la leche materna, desplaza al logos y al falo masculino porque existe en el espacio pre-edípico, ancestral, y primario que caracteriza la etapa de relación con la madre. Partiendo de la ilustración de las dos puertas de Lacan en la que se representa lo femenino más alejado de lo simbólico que lo masculino (por carecer de falo), Cixous postula que desde esta posición de marginalidad la mujer puede expresar mucho más fluida y libremente su imaginación, su fantasía, y su voz poética, que desde la rigidez falogocéntrica del orden simbólico. Se trata, pues, de rescatar la relación promaria con la figura materna, y de

reivindicar su cuerpo y su sexualidad para subvertir los discursos hegemónicos y para alterar las estructuras tradicionales de la escritura.

En el caso de Kristeva, ésta insiste en *Semiótica* (1978) en la importancia del lenguaje semiótico que utilizan madres e hijos antes de la aparición del habla (o lenguaje simbólico), y que incluye elementos lúdicos, subversiones gramaticales, infracciones sintácticas, transgresiones de género, y ambigüedades semánticas. Kristeva niega que el significado requiera la represión de esa relación primaria con el cuerpo materno, porque lo semiótico es una dimensión del lenguaje que se deriva, precisamente, de la relación con el cuerpo de la madre, que existe siempre como fuente de subversión de lo simbólico. Lo semiótico incluye toda experiencia humana que existe fuera de lo simbólico, que se rebela contra las reglas gramaticales, o que intenta crear algo nuevo para expresar la verdadera subjetividad. Es decir, es todo lo que expresa la multiplicidad original de la líbido antes de la cultura, como puede ser por ejemplo, el mundo de los sueños, o el lenguaje poético con significados múltiples. Mientras que lo simbólico se basa en el rechazo de la madre, lo semiótico mediante el ritmo, la asonancia, las entonaciones, la repetición, y el juego de sonidos representa o recupera el cuerpo materno en el habla poética. Kristeva se refiere al *chora* (o espacio, en griego) para describir las articulaciones semióticas que dominan nuestra vida psíquica y que de alguna manera preceden al lenguaje simbólico con significación racional. El "genotexto" que produce el chora es la base subyacente del lenguaje, está basado en el cuerpo y en su relación pre-edípica con la madre, y es capaz de subvertir o de modificar las estructuras lingüísticas del "fenotexto", que es el lenguaje simbólico que sirve para comunicarse y que obedece a

las reglas de comunicación. Sin embargo, Judith Butler sostiene en *Gender Trouble* (1990) que la estrategia de subversión de Kristeva es contradictoria y termina por fracasar porque depende de la estabilidad y de la reproducción de la ley del padre que pretende desplazar. El problema está en que, según la propia Kristeva, la fuente libidinal de subversión no puede mantenerse en la cultura, porque su presencia sostenida dentro de la cultura lleva a la psicosis o al colapso de la misma cultura. La contradicción está, pues, en que Kristeva a la vez plantea y niega lo semiótico como un ideal emancipador de lo simbólico ya que, por un lado, afirma que es una dimensión del lenguaje que está, por lo general, reprimida, y por otro, admite que es un tipo de lenguaje que nunca se puede mantener de manera consistente. Es decir, no queda claro que el concepto de lo semiótico pueda desplazar, disturbar, o subvertir la ley del padre porque, a la larga, lo simbólico vuelve a reafirmar su hegemonía.

A pesar de todo, la aportación de las intelectuales francesas resulta encomiable porque señalan la trascendencia de la madre, de su subjetividad y de su capacidad de agencia, así como el inmenso poder que la mujer adquiere en su categoría de madre (en relación a un hijo que depende completamente de ella), algo que los discursos anteriores han pasado por alto. La maternidad debe suponer para la mujer la forma de conseguir un estatus superior y mayor respeto social y familiar.

La crítica francesa no es la única interesada en reconciliar el psicoanálisis con el feminismo[11]. En *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution* (1970),

[11] Aunque muchas feministas de los 60 y 70 desprecian el psicoanálisis por considerarlo opresivo para la mujer (ya que asocia lo masculino a la actividad y lo femenino a la pasividad, por la teoría de la envidia de falo de la hija y la teoría del masoquismo femenino, y por el énfasis en la ley del

Shulamith Firestone sintetiza las ideas de Freud, Marx, Engels, y de Beauvoir para concluir que las desigualdades de los sexos vienen determinadas por la biología. Las diferencias biológicas le imponen las responsabilidades reproductoras a la mujer, que se consideran inferiores dentro del sistema social patriarcal capitalista. Ya que la biología es la causa de la opresión femenina, las nuevas tecnologías reproductivas producirán una nueva realidad social en la que desaparecerá la familia, se cancelarán los roles de género, y se establecerá un modelo social basado en núcleos de comunidades socialistas.

Por su parte, Juliet Mitchell acude a Freud y a Lacan para argumentar que la ley del padre se podría modificar desde la perspectiva del marxismo como modelo social en *Psychoanalysis and Feminism* (1974). Basándose en Levi-Strauss, Mitchell postula que las desigualdades de los sexos se originan en las estructuras de parentesco por las que los hombres de una tribu intercambian a sus mujeres con otras tribus para el matrimonio, y lograr así el crecimiento demográfico. En la sociedad occidental existen dos sistemas que oprimen a la mujer: la economía capitalista que se apropia del trabajo gratuito de las madres, y el intercambio de mujeres para el matrimonio. El marxismo ofrece un modelo familiar no patriarcal que permite una reorganización del sistema más igualitario. Según Mitchell, al desaparecer el modelo familiar tradicional, desaparecerá también el problema del complejo de Edipo y el de la envidia de falo que son los que generan el sentimiento de inferioridad de la hija. Sin embargo, nosotros consideramos que el conflicto de las clases sociales es distinto del de la mujer y, tal como se ha demostrado en Cuba, en China

---

padre y no en la relación pre-edípica entre madre-hija), Juliet Mitchell, Elizabeth Janeway y Karen Horney defienden las teorías de la envidia de falo y del masoquismo femenino porque corroboran la posición de inferioridad de la mujer en las sociedades patriarcales.

o en la antigua Unión Soviética, el marxismo como sistema socioeconómico no erradica las desigualdades de género. La opresión de la mujer va más allá de la lucha de clases pues afecta a todas las mujeres al margen de su estatus social. Además, aunque los métodos anticonceptivos representan un avance ya que le permiten a la mujer controlar su cuerpo y su sexualidad, no representan la solución definitiva. No se trata de un problema de origen biológico o económico sino sociocultural. Sólo a través de la educación de las nuevas generaciones lograremos cambiar el imaginario cultural y ampliar los paradigmas tanto masculinos como femeninos para establecer roles de género más igualitarios y flexibles para todos.

Dorothy Dinnerstein combina el psicoanálisis con la psicología Gestalt en *The Mermaid and the Minotaur* (1976) obra en la que afirma que el sexismo, la violencia, y la agresión son consecuencias inevitables de la división de roles de género. El hecho de que la madre se dedique, en exclusiva, al cuidado de los hijos ocasiona sentimientos negativos en los hijos de ambos sexos. Para los hijos la madre puede ser poderosa y afectuosa, pero también exigente, disciplinaria, e injusta, y no siempre responde a todos sus deseos o necesidades. El proceso de separación/ identificación del hijo no está construido sobre la configuración lacaniana del yo/Otro, sino del yo/Madre, ya que es ella la que está, por lo general, al cuidado del hijo. El rechazo que el hijo varón siente por su madre le ayuda a configurar su identidad masculina. En el caso de la hija, ya que es del mismo sexo que su madre, alterna el rechazo con la identificación, o vuelve el rechazo contra sí misma de forma masoquista. En cambio, si los dos progenitores compartieran el rol maternal, los sentimientos ambivalentes de los hijos les afectarían a ambos por igual.

La bipolarización de los roles de género trae como consecuencia una serie de categorías que vinculan a la madre con la naturaleza (porque es omnipotente, monolítica, abrumadora, e infinita), y no con la cultura, por lo que se percibe a la madre como objeto y no como sujeto autónomo.

Otras intelectuales que acuden al psicoanálisis para rearticular el rol de la madre en la vida psíquica del hijo son Adrienne Rich y Nancy Chodorow. Rich propone en *Of Woman Born: Motherhood As Experience and Institution* (1976) una relectura de los discursos freudiano y lacaniano, y denuncia la discrepancia que existe entre la maternidad como institución dentro de un sistema que potencia la subordinación y la dependencia de la mujer, y la maternidad como experiencia personal enriquecedora y grata, que podría ser posible en otras circunstancias. Si bien el paradigma edípico exige que la hija, al concienciarse de su inferioridad, rechace a la madre porque le atribuye su castración, y se acerque al padre, Rich sostiene que el rechazo de la hija no es a su madre en concreto, sino a tener que compartir su destino dentro del orden social patriarcal. Ya que es la madre la que socializa a los hijos y la que propaga los valores opresivos establecidos, despierta el rencor de una hija que se resiste a compartir la misma suerte[12]. Al igual que Irigaray, Rich reinterpreta el mito griego de Deméter y Perséfone para analizar la relación madre-hija de forma más positiva.

Según Rich, el poder del Padre o Patriarcado es un sistema familiar, social, ideológico, y político en el que el hombre, por la fuerza, por tradición, por ritual, por ley,

[12] Rich utiliza el vocablo matrofobia, amalgamado por la poeta Lynn Sukenick, para referir el terror de la hija de convertirse en su madre.

por el lenguaje, por costumbre, por educación, y por la división del trabajo determina que la mujer debe permanecer en una posición de subordinación y dependencia. En la familia patriarcal, que es también patrilineal, patrilocal, y patronímica se otorga el poder al patriarca del clan, y se considera ilegítimo cualquier hijo que no lleve el apellido paterno[13]. Dicho sistema le niega cualquier autoridad a la madre excepto en una actividad exclusiva, la maternal, y aún esta labor ha sido manipulada y controlada por intereses masculinos. Además, a pesar de que desde las instituciones se exalta la función maternal, al tratarse de una actividad que presuntamente se realiza por instinto y sin formación, es desvalorizada porque sólo las actividades que exigen formación y que se realizan en el ámbito público se consideran productivas, y son por tanto económicamente remuneradas.

Rich establece una diferencia entre la maternidad como experiencia personal y la maternidad como institución. La primera consiste en la vivencia placentera, natural, y satisfactoria que toda mujer puede experimentar al cuidar de sus hijos (aunque no automática ya que debe ser aprendida, día a día, con la práctica), y la segunda consiste en una serie de mecanismos institucionalizados que manipulan la función según necesidades masculinas. Esta segunda versión aliena a la mujer de su propio cuerpo, le usurpa la capacidad de pensar o de tomar decisiones, la aísla en el ámbito doméstico, y le impide desarrollar cualquier otra identidad al margen de la maternal. Esta abolición de su libertad crea sentimientos dolorosos, ambivalentes, o conflictivos en la madre que, por un lado, ama a sus hijos, pero por otro, resiente las circunstancias.

---

[13] Patrilineal, patrilocal, y patronímica porque es por vía paterna que se establece el linaje, la residencia, y el apellido familiar. Aunque en España se conserva el apellido materno, éste ocupa un segundo lugar respecto al paterno.

Según la autora, ya que los discursos sobre la maternidad han sido configurados por los "expertos" del momento, es decir, por los profesionales que, como hombres, carecen de experiencia empírica en la materia, se han postulado incorrectamente. Entre otros errores, se afirma que una mujer, en cuanto da a luz, pierde automáticamente cualquier otra identidad, y se siente plenamente gratificada dedicándose en exclusiva al cuidado del hijo y del hogar. Aunque algunas madres sacrifican con gusto sus intereses personales para dedicarse al cuidado familiar, a otras les molesta tener que sacrificar constantemente todos sus deseos o ambiciones. Aunque Rich defiende la capacidad reproductora de la mujer como elemento diferencial, aconseja flexibilizar los discursos y respetar la subjetividad de la madre, e invoca a los varones a colaborar en las tareas de crianza para evitar que los hijos sigan creciendo alejados sus padres. Además recomienda a las madres que cesen de agradecerle al padre cada vez que participa en un aspecto del cuidado infantil, y que exijan su colaboración diaria sin tener que ser aplaudidos cada vez que lo hacen. Al fin y al cabo nadie aplaude a una madre que cuida normalmente de sus hijos, y en cambio, se la culpabiliza si no lo hace. Por nuestra parte, consideramos que, Rich, al hacer énfasis en la enorme autoridad del padre (jurídica, económica, política, social, etc.) pasa por alto el inmenso poder que tiene la madre en la esfera doméstica, lo que puede resultar contraproducente para un hijo que depende de su cuidado y protección. Al marginalizar a la madre en el hogar, y obligarla a dedicarse en exclusiva al cuidado familiar y a sacrificar sus otros deseos o ambiciones, se facilita que abuse de su poder en la única esfera en la que tiene una autoridad y un dominio absoluto y ninguna supervisión. Al no poder desarrollar otros aspectos de su personalidad es posible que

descargue sus frustraciones en los hijos, lo que no sucedería si el trabajo se compartiera equitativamente por ambos progenitores.

Por su parte, Nancy J. Chodorow sostiene que la permanencia del rol maternal ocurre como consecuencia de procesos psicológicos estructurados socialmente y no como resultado de diferencias biológicas o antropológicas en *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (1978). Chodorow sostiene que es la propia mujer, como madre y esposa, la que reproduce el sistema, tanto físicamente con su trabajo doméstico, como psicológicamente con su apoyo emocional del esposo y de los hijos. Las mujeres están psicológicamente preparadas para la maternidad por las condiciones de desarrollo en las que crecen. La mujer, al ser madre, cría hijas que desean ser madres, mientras que los hijos, al ser de otro sexo, se separan rápidamente de la influencia materna y aprenden a reprimir sus capacidades afectivas, lo que en el futuro facilitará su acceso en la vida pública.

La lectura psicoanalítica de Chodorow sostiene que en los primeros años de vida, tanto el hijo como la hija sienten la misma dependencia del cuidado materno (ya que suele ser la madre la que los cuida) por lo que, en un principio, no se perciben como entidades independientes. A medida que el bebé percibe la separación entre él y su madre se hace posible el desarrollo gradual de su ego como entidad separada. Al final del primer año el niño ha desarrollado un sentido de identidad individual[14]. Ya que la unión simbiótica entre madre e hijo (de forma que todas sus necesidades son inmediatamente gratificadas) no es eternamente posible, el hijo empieza a desear apartarse de esa entidad

[14] Chodorow menciona que esto sucede aunque el cuidado del hijo sea realizado por una o varias personas distintas de la madre biológica.

maternal omnipotente, y ansía independizarse. Citando a Freud y a Brunswick, Chodorow demuestra que el período pre-edípico de dependencia materna es mucho más corto para los niños que para las niñas porque la madre, al ser del mismo sexo, no reconoce a la hija como una entidad totalmente diferente, en cambio el hijo, al ser del sexo contrario, es siempre percibido como opuesto. Como consecuencia, a la hija le cuesta más reconocerse a sí misma como entidad separada de la madre. La resolución del complejo de Edipo es más compleja para la hija que para el hijo, ya que ésta, al ser del mismo sexo que su madre, no logra internalizar la separación y sustituir la identificación libidinosa con la madre por la del padre, y se mantiene en un triángulo relacional interno con ambos. Aunque la ambivalencia que siente al depender de la madre la empuja a acercarse al padre, en la fase edípica, la hija alterna entre la identificación paterna y la materna, lo que se reitera cuando llega la adolescencia (aún tras haber logrado la heterosexualidad). Incluso cuando la hija resuelve el complejo de Edipo en favor del padre (y de los hombres en general) mantiene dicho triángulo emocional interno, lo que dificulta que desarrolle una conciencia de entidad individual y se independice.

Según Chodorow, el desarrollo del capitalismo y de la industrialización exacerban la bipolarización de los sexos porque la producción laboral que se lleva a cabo fuera del hogar se identifica con el trabajo propiamente dicho, responsabilidad que se le asigna al hombre, mientras que el cuidado familiar se le asigna a la mujer y es infravalorado (entre otras cosas se realiza sin sueldo). A su vez, la industrialización capitalista fomenta la desaparición de los abuelos y de otros familiares del hogar, e impide la participación masculina en las tareas domésticas. El cuidado familiar pasa a ser del dominio de la

madre biológica, aún cuando ésta trabaja fuera del hogar (condenándola a la doble jornada). Dicho sistema es socialmente construido y sistemáticamente reproducido, y favorece al varón ya que éste, por su participación en la vida pública define la cultura y la normativa social. La ausencia del padre y la superpresencia de la madre en la esfera doméstica facilita la separación del hijo, porque éste tiende a des-identificarse de una madre a la que asocia con la regresión y con la dependencia, pero dificulta la separación de la hija, ya que ésta al ser del mismo sexo se identifica con ella y mantiene la conexión psicológica, perpetuando un sistema deficiente para todos. Para solucionarlo, Chodorow propone una reorganización del sistema de forma que las responsabilidades domésticas y laborales se comparten. Los postulados de Chodorow y de Rich nos ayudarán a dilucidar la problemática reflejada en los textos *Todo un carácter* (2001) y *Una victoria diferente* (2002) cuyas protagonistas permanecen emocionalmente aferradas a la figura materna aún siendo mujeres adultas.

Por su parte, Amber Jacobs utiliza el mito griego de Orestes para teorizar un nuevo sistema de valores en el quede espacio para la representación materna en *On Matricide: Myth, Psychoanalysis, and the Law of the Mother* (2007). En el psicoanálisis no hay lugar para que el sujeto materno funcione simbólicamente sin hacer referencia a la ley del padre[15]. Según el mito de Edipo la ley del padre exige la exclusión de la madre, sin embargo, Jacobs denuncia que el mito ha sido teorizado como ley universal del inconsciente, pasando por alto la significación de todos los otros mitos. Para completar los discursos Jacobs rearticula el mito de Orestes, el cual narra el asesinato del rey

[15] Ver los postulados de Sigmund Freud y las interpretaciones de Andre Green, Jean Laplanche, Jessica Benjamin, Carol Gilligan, y Juliet Mitchell.

Agamenón a manos de su esposa Clitemnestra, por haber entregado en sacrificio a su hija Ifigenia, el asesinato de Clitemnestra a manos de Orestes, que es hijo de ambos, y la absolución final de Orestes. En el juicio final Atenea, como diosa mediadora, defiende al joven Orestes y lo exculpa del asesinato de su madre Clitemnestra. Dicho mito ofrece una interpretación más apropiada del desarrollo psíquico porque la madre funciona como asesina que venga la muerte de su hija (es agresora/sujeto) y como asesinada (es víctima/objeto). A su vez, Jacobs incorpora el personaje de Crisótemis para redefinir la relación madre-hija, y las relaciones entre mujeres en el orden socio-simbólico[16]. Crisótemis, hija de Clitemnestra y de Agamenón, defiende la vida de su madre y le suplica inútilmente a su hermano Orestes que no la mate.

Finalmente, Jacobs incorpora a Zeus y a Metis al relato de Orestes para continuar su análisis. Según el mito clásico, Metis, diosa de la prudencia y de la sabiduría, trata de metamorfosearse para escapar de Zeus, dios del Olimpo, pero sucumbe a sus constantes acosos y queda, aún sin desearlo, embarazada. Antes de dar a luz a su hija Atenea, Metis es devorada por su consorte, Zeus, y desde el interior de su estómago, ésta le comunica todo su conocimiento y sabiduría. Unos meses más tarde Zeus, atormentado de dolor, da a luz a Atenea, que brota de su cabeza, y Metis desaparece definitivamente de la narración mítica. Es decir, Zeus adquiere su poder al violar, al devorar, y al apropiarse de la madre (Metis), de su sabiduría, y de su capacidad reproductora. Aunque la tragedia adquiere connotaciones diferentes según las versiones de Esquilo, de Sófocles, y de Eurípides, la aniquilación de la madre embarazada (Metis está embarazada de Atenea), y

[16] Jacobs, al igual que Rich e Irigaray, utiliza el mito de Deméter y Perséfone para analizar la relación madre-hija.

la fantasía de su incorporación al imaginario masculino (al ser devorada por Zeus) se ha pasado por alto.

Volviendo al mito de Orestes, Atenea en el juicio exculpa a Orestes de haber asesinado a su propia madre, Clitemnestra, porque al haber nacido de la cabeza de Zeus desconoce que tuvo una vez madre. Al no contar con la información correcta, Atenea, no puede tomar la decisión apropiada. Una relectura veraz del mito indicaría que, una vez Atenea supiera que tuvo madre, y que ésta fue violada, devorada, y aniquilada por Zeus, actuaría de forma diferente en el juicio. Al conocer la verdad sobre la desaparición de su madre (Metis), y sobre la violencia de su padre (Zeus), Atenea exigiría un nuevo juicio en el que defendería a Clitemnestra porque, aunque había asesinado a su esposo Agamenón, lo hizo porque él había matado a su hija, lo que justificaría su acción. Al defender a Clitemnestra en el juicio estaría defendiendo, metafóricamente, a su propia madre, Metis, y estaría estableciendo un nuevo orden de relaciones entre mujeres más armonioso y solidario. Esta relectura ampliada de los discursos míticos no requiere ni el matricidio, ni la cancelación de la relación madre-hija, y permite abordar de otro modo el desarrollo de la masculinidad. El mito demuestra el deseo oculto de los varones de incorporar algunas de las cualidades de la madre a su psique. La reflexión de Jacobs nos parece interesante porque insiste en la importancia de considerar los mitos clásicos en su totalidad y no uno independientemente del otro. El psicoanálisis freudiano o lacaniano da trascendencia a uno sólo de los personajes arquetípicos o a una sola de las narraciones míticas, y descarta el resto de los significados o personajes, por lo que pierde credibilidad.

Otros discursos psicológicos

Desde el ámbito de la psicología algunas voces abordan el tema desde una perspectiva muy positiva. En los años 60, Angela Barron McBride critica los discursos que ignoran las satisfacciones de la experiencia maternal y que se niegan a identificar lo femenino con lo maternal en *The Growth and Development of Mothers* (1963). Para McBride la maternidad no sólo no es un impedimento para el desarrollo personal de la mujer sino que puede ser un catalizador. El problema no está en la función maternal en sí, sino en la asunción cultural de que es una actividad incompatible con cualquier otra, de que una madre perfecta puede producir un hijo perfecto, y de que la madre es la única responsable del destino del hijo sin tener en cuenta otras influencias. La comercialización de los anticonceptivos ocasiona que la maternidad sea considerada una elección personal y privada y, como consecuencia, se ubica toda la responsabilidad en la madre, en lugar de considerar qué mecanismos sociales de apoyo tiene. Según la autora, una madre puede recuperar la autonomía si establece una red social que le permita desarrollarse, si rechaza el modelo de la "madre perfecta" en favor del de la madre "lo suficientemente buena"[17], y si asume que criar hijos perfectos no depende sólo de ella porque en ello intervienen muchos factores. La labor de McBride nos parece encomiable pues es de las pioneras en mencionar que son las circunstancias y no la maternidad en sí las que deben alterarse. Además, veremos en los textos analizados que, aún cuando la función está influenciada por las instituciones sociales, es siempre la madre la que tiene la última palabra.

[17] El concepto de "good-enough mother" o "madre lo suficientemente buena" es introducido en 1953 por el pediatra y psicoanalista inglés Donald W. Winnicott para describir a la madre que se adapta lo suficiente a las necesidades del hijo para posibilitar su desarrollo y crecimiento.

La psicóloga clínica Paula J. Caplan critica la tendencia de los profesionales de culpabilizar a la madre de cualquier problema en el hijo, aún cuando éste pasa la misma cantidad de tiempo con ella que con el padre, y aún cuando el hijo ya ha crecido y se ha independizado. En *Don't Blame Mother: Mending the Mother-Daughter Relationship* (1989) Caplan analiza más de ciento veinticinco artículos publicados en los que los profesionales responsabilan a las madres de problemas como la delincuencia juvenil, las enfermedades mentales o los embarazos de las adolescentes, sin tener en cuenta la influencia del padre, de las amistades, de los medios de comunicación, o sin considerar el temperamento innato del hijo. Esto no sucede en el caso del padre que es raramente inculpado, aún siendo violento, o aún cuando abusa sexualmente de la hija. A pesar de que los expertos aconsejan la presencia paterna, raras veces denuncian su ausencia o su escasa participación. Aunque las estadísticas demuestran que en la familia nuclear el padre realiza menos de una tercera parte de las tareas domésticas (aún cuando ambos trabajan fuera del hogar), su intervención se hace mucho más visible porque, por lo general, no se considera su responsabilidad. Sin embargo, si abusa sexualmente de la hija, su intervención se hace menos visible porque la hija centra sus acusaciones en la madre por no haber sabido protegerla del padre o padrastro. Según Caplan, la tendencia de culpabilizar a la madre deriva de una serie de mitos socialmente arraigados de dos tipos. Los mitos de la "buena madre" indican que la buena madre produce hijos perfectos, que tiene una capacidad de entrega ilimitada, que sabe por naturaleza cómo tratar al hijo, y que no se enfada jamás. Los mitos de la "mala madre" sugieren que ésta es inferior al padre, que si ostenta poder o autoridad es peligrosa, que si mantiene una relación cercana

con su hijo adolescente o adulto es patológica, y que todas ellas son ineficaces o ineptas, tanto si trabaja en el ámbito profesional como si lo hace en el doméstico[18]. Su aportación nos parece esencial por mencionar que la personalidad del hijo va a afectar, para bien o para mal, la labor maternal puesto que no todos los niños tienen las mismas necesidades psicológicas. Aún en una misma familia y con circunstancias análogas, la función puede ejercerse de forma satisfactoria con un hermano pero de forma frustrante con otro, pues en ello influye la personalidad innata del niño y su compatibilidad con la de la madre, por lo que no debemos caer en generalizaciones al teorizar sobre la experiencia.

En *Bad Mothers: The Politics of Blame in Twentieth Century America* (1998) Molly Ladd-Taylor y Lauri Umansky presentan una antología de ensayos que demuestran que, desde 1900 hasta 1990 y desde diversos ámbitos, se inculpa a la madre de problemas tan diversos como el autismo, el asesinato, el racismo, la deuda nacional, o de cualquier desajuste psicopatológico del hijo. Paradójicamente, la culpa es de la madre tanto porque no dedica suficiente atención al hijo, como porque le dedica demasiada. Sin duda sus reflexiones nos parecen válidas pues evidencian cómo desde la psicología se debilita la confianza y la seguridad de las madres. En la novela *El último patriarca* (2008) veremos que la madre del relato ha absorbido, consciente o inconscientemente, los mitos y se responsabiliza del "mal" comportamiento de su hija, mientras que cuando ésta crece con normalidad no recibe ni la consideración ni el agradecimiento que merece pues tan sólo está cumpliendo con su responsabilidad.

[18] En *El último patriarca* veremos cómo estos mitos afectan la función maternal.

Por su parte, la psicoterapeuta Janna Malamud Smith analiza el miedo que siente toda madre ante la perspectiva de perder al hijo en *A Potent Spell: Mother Love and The Power of Fear* (2003). Smith sostiene que este temor psicológico primario de que algo grave le pueda suceder al hijo coloca a la madre en una situación vulnerable y la induce a estar constantemente preocupada y sacrificada por él. Ya que socialmente se la culpará de cualquier problema del hijo, ésta opta por sacrificar sus necesidades y las relega a las necesidades del hijo. De esta forma se mantiene a las madres controladas a través de la historia. El temor de que algo terrible le suceda al hijo, y el miedo a ser culpadas por ello, es aprovechado por los grupos hegemónicos para silenciar o marginalizar a las madres, para obligarlas a aceptar su situación desigual, y para mantener el estatus quo. En defensa de Smith mencionar que las noticias sensacionalistas de la prensa y de la televisión se centran a menudo en casos de secuestros, de abusos sexuales o de violaciones de menores que por su gravedad pueden aterrorizar a cualquier madre e impedirle pensar de forma racional al considerar la seguridad y el bienestar de su hijo. Sin embargo, no todas las madres de nuestro estudio sucumben a este temor y relegan sus necesidades o ambiciones a las del hijo. Tal como veremos en *La mitad del alma*, la madre siempre tiene la última palabra y, al margen de la presión sociocultural a ella le corresponde plantear *su* vivencia maternal a *su* medida.

Desde una óptica más positiva, Daphne de Marneffe defiende el deseo de procrear que sienten muchas mujeres en *Maternal Desire: On Children, Love, and the Inner Life* (2004), y denuncia que el tema de la maternidad no ha sido considerado desde la perspectiva de la madre como sujeto agente sino desde la óptica sentimentalizada de la

cultura popular. Según la autora, los avances del feminismo han posibilitado que la maternidad pueda ejercerse, hoy en día, de forma saludable y no de forma opresiva, por lo que debemos considerarla una fuente de poder y de satisfacción. La relación madre-hijo se basa en la respuesta mutua, por lo que ofrece muchas oportunidades para expresar la subjetividad y la individualidad de ambos. Esta interacción constante obliga a la madre a reflexionar sobre sus propias experiencias vitales, y a expresárselas al hijo, evidenciando así su personalidad, su individualidad y su subjetividad. Como consecuencia de esta interacción el hijo se percibirá a sí mismo como entidad separada de la madre, lo que facilitará su propio desarrollo. De Marneffe parte de los postulados de Nancy Chodorow y de Jessica Benjamin para afirmar que el deseo de la mujer de procrear es, hoy en día, símbolo de su poder, de su salud mental, y de su existencia como sujeto agente. Sus reflexiones son parecen muy valiosas porque evidencia las demandas psicológicas del rol maternal, porque rechaza la omnipotencia de la madre ya que el padre desea la misma conexión íntima con el hijo, y porque reclama el placer de la función maternal a pesar de vivir en una cultura que devalúa la experiencia.

Análisis histórico de la maternidad

Desde una perspectiva histórica cabe destacar la labor de Shari Thurer quien en *The Myths of Motherhood; How Culture Reinvents the Good Mother* (1994) examina el estatus de las madres en los diversos períodos históricos. Según la autora, durante el Neolítico la figura de "la gran Madre" es adorada como deidad suprema y todopoderosa por su capacidad reproductora y creadora, y las mujeres (y las madres) participan activamente en la vida pública. Sin embargo, alrededor del año 600 a.c. la deidad es

sustituida por múltiples deidades masculinas. La organización social patriarcal se consolida plenamente con la civilización grecorromana y la mujer, considerada ahora moral e intelectualmente inferior al varón, puede dedicarse a tres actividades únicas: la prostitución, la esclavitud o la maternidad (llevada a cabo en un segundo plano porque, jurídicamente, los hijos le pertenecen al padre). En la Edad Media se solidifica la imagen idealizada de la "buena madre" con el mítico y adorado personaje de la Virgen María, que por su abnegación, su generosidad, su bondad, su pureza, y su modestia representa la madre ideal. En el Renacimiento miles de mujeres son acusadas de brujería y condenadas a la hoguera por no atenerse a las normas sociales, con la excepción de "la buena madre cristiana". La maternidad pasa a ser ingrediente fundamental del orden social patriarcal, y la madre es valorada siempre y cuando sea fértil, obediente, silenciosa, piadosa y casta. En el siglo XVIII la Revolución Industrial establece una marcada distinción entre la esfera pública, que le pertenece al padre, y la privada, que le corresponde a la madre. En el período romántico se magnifica la exaltación del rol maternal con numerosas manifestaciones pictóricas y literarias que alaban las virtudes de las madres, mientras que el darwinismo del siglo XIX confirma la supuesta inferioridad biológica de la mujer, y ratifica que su función principal es la reproducción de la especie. En el siglo XX decrecen los discursos mistificadores, pero los avances científicos y tecnológicos imponen una maternidad científicamente estructurada de forma que, si la madre no sigue las pautas de los expertos, se la culpabilizará de cualquier desarreglo físico o psicológico en el hijo.

Thurer defiende el feminismo como fuerza promotora de cambio social con la esperanza de que la mujer que es a la vez madre sea considerada por sí misma, y no en

relación a los deseos o a las necesidades de su familia. Su aportación nos parece valiosa porque evidencia la influencia social y cultural en la experiencia de la maternidad. Según la autora, el concepto de "la buena madre" se reinventa según las necesidades sociales del momento. Hoy en día, por ejemplo, consideramos natural que los niños exploren y se muevan libremente y nos parecería una aberración amarrarle la ropa a un recién nacido para impedir cualquier movimiento; sin embargo, esta práctica se utilizó comúnmente en toda Europa durante al menos dos mil años. Similarmente, hasta hace pocos años, cualquier madre con los medios adecuados contrataba a una nodriza o ama de cría para amamantar a su hijo sin preocuparse de las consecuencias psicológicas. No obstante, en la actualidad, los expertos en psicología y en pediatría insisten en la importancia de que sea la madre la que amamante por favorecer la lactancia el desarrollo del vínculo emocional materno-filial.

Por su parte, la francesa Elizabeth Badinter analiza las prácticas maternales europeas desde el siglo XVII al XX en: *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel XVII-XX siecle* (1980). La autora reafirma que el amor maternal no es innato sino que se adquiere, en según que casos, a través del tiempo. Apoyándose en el hecho de que durante siglos las mujeres urbanas europeas de todas las clases sociales no tenían ningún problema en enviar a sus bebés recién nacidos a vivir al campo con sus nodrizas, aún sabiendo que el 50 por ciento de ellos morían en los primeros años de vida, Badinter cuestiona que las madres sintieran, de forma instintiva, cualquier apego o estima por el hijo. Los altos índices de mortalidad infantil de todos los países europeos, y la escasa devoción o indiferencia de las madres, indican que el instinto maternal no está inscrito en

la naturaleza femenina sino que varía considerablemente. Si bien Badinter admite que el amor maternal se desarrolla a medida que la madre pasa tiempo con el hijo, no es homogéneo en todas las madres, y muchas cumplen con sus responsabilidades no por instinto o por naturaleza, sino por obligación social, moral, o religiosa. Los textos que analizamos en este estudio corroboran que el instinto maternal difiere de mujer a mujer, y que no todas tienen la misma capacidad de entrega hacia sus hijos.

Respecto a la situación específica de España es relevante mencionar que la situación legal o social de la mujer no cambia hasta muy recientemente y durante siglos se mantienen los valores tradicionales patrocinados por la Iglesia católica. Helen Graham y Richard Cleminson (1995) afirman que no será hasta la llegada de la segunda República en que se inaugure un período de modernización política, económica, social y cultural. La Constitución de 1931 le otorga a la mujer los mismos derechos que al varón y le permite votar (a partir de los 23 años), divorciarse, actuar como testigo o como tutora, firmar un contrato, o administrar propiedades. De todas formas, debido a que aún no se identifica con las nuevas expectativas sociales, carece de organizaciones que defiendan sus derechos, y tiene una educación inferior, no cambia la situación de la gran mayoría de mujeres. Según los autores, ya que gran parte de la población vive en zonas rurales y debido a la influencia de la Iglesia se mantienen las actitudes tradicionales y los cambios jurídicos no alteran el tejido social.

Aurora G. Morcillo (2008) señala que, aunque en la segunda República se declara el carácter secular del Estado, se reconoce el matrimonio civil y los derechos de los hijos ilegítimos, y se apoya el desarrollo profesional y educacional de la mujer, el estallido de

la guerra civil supone un regreso a los valores culturales tradicionales. En las primeras décadas del siglo XX los anarquistas habían inaugurado escuelas mixtas (prohibidas anteriormente por la doctrina católica) y se había creado el Instituto de Reformas Sociales para regular las condiciones laborales, para reducir a ocho las horas de trabajo femenino nocturno, y para reglamentar que el trabajo de la mujer se pagara como el del hombre. A partir de 1920, sin embargo, la situación internacional favorece un retorno a la domesticidad, a la eliminación de puestos de trabajo femeninos, y a la adopción de políticas pronatalistas. Cuando estalla la guerra en 1936, el país está dividido en dos zonas. En una zona destaca la labor de la Agrupación de Mujeres Antifascistas (de tendencia republicana y socialista) y la de Mujeres Libres[19] (de tendencia anarquista), y en la zona insurgente la única organización permitida es la Sección Femenina de la Falange Española (defensora de los valores tradicionales y de la dependencia económica y legal de la mujer).

Al finalizar la guerra, la dictadura franquista pone fin a las reformas educativas e impone el retorno a la separación de roles entre hombres (en el ámbito público) y mujeres (en el privado). Según Morcillo, la educación de la mujer no se concibe para promover su desarrollo personal, su sentido identitario, o su autosatisfacción sino que sirve para prepararla a ser una buena madre y esposa que pueda educar, en el futuro, a los hijos de la patria. Para fortalecer su discurso cultural el aparato ideológico franquista se alía con elementos conservadores de la Iglesia Católica y se fusionan tres conceptos en uno: el

[19]El grupo de Mujeres Libres de tendencias libertarias reúne en Cataluña a unas veinte mil afiliadas que luchan sobre todo por el derecho a la educación de la mujer para lograr la igualdad. Entre las militantes del grupo destacan Lucía Sánchez, Mercedes Comaposada, y Amparo Poch.

patriotismo, el catolicismo, y la identidad nacional. Durante los primeros años de la dictadura franquista (desde 1939 hasta principios de 1960) la Iglesia católica y el Estado se respaldan mutuamente con diversas leyes ya que el catolicismo es la religión oficial del Estado. Durante la dictadura se cancela la libertad de culto, se obliga la enseñanza de la doctrina eclesiástica en las escuelas, se impone un curriculum diferente para niños y niñas, y se prohíbe el divorcio, el aborto, y la venta de anticonceptivos. Los argumentos deterministas biológicos de Freud, Simmel, y Nietzsche quedan firmemente arraigados en intelectuales españoles como Gregorio Marañón y José Ortega y Gasset que proclaman la irracionalidad de la mujer frente a la racionalidad del varón, y defienden los valores tradicionales de la vivencia maternal como la abnegación, el autosacrificio, la sumisión, y la obediencia. Además, sostienen que la maternidad es una actividad incompatible con cualquier otra actividad con la excepción de las tareas domésticas.

El gobierno franquista implementa una política pro-natalista para estimular el crecimiento de la población. La familia ideal mantiene una estructura jerarquizada en la que la autoridad recae en manos del *pater familias* o cabeza de familia, y la maternidad pasa a ser la obligación patriótica de la mujer que debe permanecer en una posición de obediencia y de dependencia del esposo. Para evitar la participación femenina en el mercado laboral, el Estado exige que una mujer cuente con un permiso oficial de su marido antes de firmar un contrato, y le proscribe su acceso a los empleos considerados poco apropiados como, por ejemplo, en el orden público o en el ámbito jurídico. Para afianzar la separación de roles se impone el Servicio Social obligatorio en el que se instruye a las chicas actividades "propias" de su sexo como la costura, la cocina, y la

puericultura, mientras que a los varones se les asigna el Servicio Militar obligatorio en el que se les enseña a luchar por la patria. En los documentos de identidad de las madres españolas destaca una profesión en exclusiva: "sus labores", y se resucitan los tratados educativos del siglo XVI de Juan Luis Vives y de Fray Luis de León *La instrucción de la mujer cristiana* y *La perfecta casada,* los cuales enfatizan el valor de la virginidad y de la pureza en la mujer acorde al modelo de la Virgen María a la que idealizan doblemente: por su virginidad y por su maternidad abnegada.

Helen Graham (1995) sostiene que, a pesar de los esfuerzos del régimen por regular la actividad de las mujeres a través de la Sección Femenina, su situación no es homogénea pues factores como la clase social, el estatus marital, la edad, el lugar de residencia, o las circunstancias familiares influyen en la forma de vivir su rol o de forjar su identidad. Desde las instituciones el ideal de feminidad se relaciona con la pasividad, con la pureza, y con la sumisión de la mujer-madre que debe sacrificarse por el bien de la familia para alcanzar la redención. Sin embargo, la miseria de la posguerra y de los años de autarquía obliga a muchas mujeres de estratos bajos a emigrar a centros urbanos para trabajar como operarias textiles, criadas, costureras, o prostitutas. A pesar de las apariencias de moralidad y de puritanismo del sistema, la mujer que lo necesita puede ejercer de prostituta hasta 1956, año en que los burdeles o "casas de tolerancia" (189) son proscritos. Según Graham, para estas mujeres de bajos recursos el ideal de feminidad propuesto desde las instituciones no es más que un mito pues se ven obligadas a abandonar a sus familias para trabajar, lo cual evidencia la contradicción entre los discursos ideológicos y la escasez material de la España autárquica. La Sección Femenina

logra movilizar, en su mayor parte, a mujeres de clase media o alta que ofrecen gratuitamente sus servicios en hospitales, escuelas, orfanatos, asilos, o centros de caridad. De esta forma se les permite participar en la vida pública sin darles acceso a puestos de gran relevancia o responsabilidad. Sin embargo, el hecho de que algunas de estas jóvenes defensoras de los valores tradicionales sean solteras y autosuficientes demuestra, de nuevo, las paradojas y contradicciones del sistema.

Durante el segundo período franquista (de 1960 a 1975) se da una proyección social más avanzada para la mujer. La sociedad española experimenta una transformación económica durante la planificación del desarrollo de los años 60, y empieza a reclamar la igualdad educacional y la incorporación de la mujer al mercado laboral (aunque sin abandonar su función maternal). A partir de 1975, tras la muerte del dictador, se instituye la secularización de la sociedad y se propone un nuevo discurso que respalda la igualdad de los sexos. Rosa Montero (1995) menciona la increíble velocidad con la que se trasforma la sociedad tras la caída del franquismo. La nueva Constitución declara explícitamente que el hombre y la mujer son iguales ante la ley, autoriza la venta de anticonceptivos (desde 1978), promueve la educación mixta, y legaliza el divorcio (desde 1981) y el aborto de forma limitada (desde 1985). Sin embargo según Montero, la familia sigue siendo lo más importante para muchos españoles (83%), en segundo lugar el trabajo (64%), y en tercer lugar los amigos (44%).

Además, ya que históricamente la mujer española ha permanecido en una posición de dependencia del esposo, dedicada en exclusiva a las actividades del ámbito doméstico, apenas existen modelos de mujeres en cargos públicos, políticos o de liderazgo. A pesar

de los cambios políticos, económicos y sociales de las últimas décadas, las circunstancias del país durante los cuarenta años de la dictadura producen un atraso cultural, político y social considerable. Nos resulta altamente significativo, por ejemplo, que aunque muchos proclaman que la nueva Constitución es de las más progresistas de Europa, nadie ha cuestionado que el artículo 57 discrimine a la mujer al apartarla del orden sucesorio de la Corona en favor del hombre.

Discursos sociológicos

Desde el ámbito de la sociología, ya a finales de los años 40 Philip Wylie acusa a las mujeres dedicadas en exclusiva a las actividades del ámbito doméstico de dominar, de oprimir, y de incapacitar emocionalmente a sus hijos varones, convirtiéndolos en hombres débiles, dependientes, e incapaces de defenderse por sí mismos en un texto de gran repercusión social: *Generation of Vipers* (1946)[20]. Wylie utiliza, con gran cinismo, el término *momism* para describir la dependencia que tiene el hijo de una madre obsesionada por proteger, por cuidar, y por controlar todos los aspectos de su desarrollo y de su personalidad. Según el autor, la comercialización de los electrodomésticos y la reducción del número de hijos por familia ocasionan que las amas de casa cuenten con un exceso de tiempo y de energía, y que se dediquen a dirigir de forma obsesiva todas las actividades de la vida del hijo y del esposo a los que llegan a dominar completamente. Son mujeres excesivamente dominantes y castradoras que abusan de su poder y que, con sus múltiples demandas, producen un declive de masculinidad en el país. Algo similar propone Hans Sebald quien inculpa a las madres que, incapaces de emanciparse, utilizan

[20] *Generation of Vipers* (1946) que significa *Generación de víboras,* es un best seller de la época.

a los hijos para lograr el reconocimiento y la satisfacción que deberían buscar de otra forma en *Momism: The Silent Disease of America* (1976). Sebald afirma que las madres reprimen a menudo sus muestras de afecto para controlar a sus hijos y para crear en ellos una dependencia emocional que les impida la separación, lo que les hace sentir eternamente necesitadas y adoradas. Esta necesidad de aprobación neurótica sólo puede ser paliada si la madre trabaja fuera del hogar y logra desarrollar otra identidad que le permita sentirse valorada. Aunque, a nuestro parecer, ambos autores exageran y ostentan unas dosis de misoginia considerable, contamos en la literatura española con ejemplos muy significativos de mujeres obsesionadas por procrear o de madres excesivamente involucradas en la vida de unas hijas a las que llegan a anular completamente[21].

Por su parte, Jessie Bernard compara cómo se estructura el cuidado de los hijos de forma que las responsabilidades son compartidas colectivamente en diversos pueblos de Oriente y Latinoamérica, con la forma cultural de ejercer la maternidad en las sociedades desarrolladas del siglo XX, en *The Future of Motherhood* (1974)[22]. Su conclusión es que los países occidentales han elegido los peores elementos de cada cultura para construir un sistema que deshumaniza a la madre porque le priva de su participación en el mundo exterior, y le responsabiliza a solas del destino del hijo. Bernard, tras analizar los diarios personales de varias mujeres deduce que el afecto materno decrece cuanto más aumenta su aislamiento, y cuanto más le pesa la responsabilidad absoluta del cuidado del hijo, y

[21] Ver, por ejemplo, *Yerma* (1934) de Federico García Lorca, *Fortunata y Jacinta* (1886) de Benito Pérez Galdós o *La tía Tula* (1921) de Miguel de Unamuno cuyas protagonistas viven obsesionadas por la procreación o por los hijos. Como ejemplo de madre obcecada por controlar todos los movimientos de sus hijas destaca *La casa de Bernarda Alba* (1936) de García Lorca.

[22] Bernard investiga diversas tribus de la India, de Okinawa, de Kenia y de México.

afirma que, en general, las madres "aman a sus hijos pero odian la maternidad" (14). Al igual que Rich y Chodorow, la autora propone una reestructuración del sistema de forma que ambos sexos participen en las actividades "femeninas" y las "masculinas" porque "la procreación es algo demasiado importante para dejarlo sólo en manos de las mujeres" (365).

No obstante, en la última década del siglo XX decrece la hostilidad hacia la figura materna así como las representaciones de madres tiranas u opresivas. La mujer se concibe ahora como un sujeto con identidad propia al margen de las actividades que, si decide ser madre, realiza. A su vez, se denuncia que los discursos hegemónicos sobre el tema se han construido desde la óptica homogénea de las madres blancas, casadas, heterosexuales, y de clase media sin considerar otras perspectivas. Entre las aportaciones novedosas de esta década destaca la de Ellen Lewin quien en *Lesbian Mothers: Accounts of Gender in American Culture* (1993) compara las experiencias de las madres solteras heterosexuales con las de las madres homosexuales, para concluir que las diferencias son mínimas, y los problemas, con respecto a los hijos, parecidos. Aunque en las novelas que analizamos a continuación no incluimos ninguna que refleje la experiencia de estas mujeres, consideramos que la reflexión de Lewin es relevante porque documenta los numerosos casos de varones que se dedican, en los últimos años y con gran éxito, a la crianza de los hijos, tanto si son homosexuales que deciden adoptar, como si son heterosexuales divorciados que reclaman la custodia de los hijos. La labor encomiable de estos padres de familia evidencia que los roles de género no son inmutables o "instintivos" sino social y artificialmente construidos.

En *The Cultural Contradictions of Motherhood* (1996) Sharon Hays examina los discursos culturales sobre el rol maternal, las sugerencias de tres prestigiosos pediatras (el Dr. Spock, el Dr. Brazelton y la Dra. Leach), y las opiniones de treinta y ocho madres de niños pequeños de diversas clases sociales, razas, y culturas, y concluye que, a pesar de las diferencias circunstanciales, todos los criterios defienden la ideología de la maternidad intensiva[23] lo cual significa que a la madre, y no al padre, se le exige invertir enormes cantidades de dinero, de energía, y de tiempo en el cuidado del hijo. La ideología de la maternidad intensiva es perniciosa porque exacerba los dilemas de las madres que trabajan fuera del hogar, las condena a la doble jornada laboral (en el ámbito profesional por el día y en el doméstico en la noche), y fomenta la rivalidad entre las mujeres. Según Hays, en la sociedad actual en la que se valora la autorrealización y la autosuperación, y en la que muchas madres trabajan fuera del hogar, la imagen de la madre entregada en exclusiva a atender a la familia está desfasada. No obstante, tal como veremos en tres de las novelas analizadas, el hecho de que son las propias mujeres las que se adscriben a esta forma de ejercer el rol indica que son ellas las que fomentan los valores desfasados[24]. Susan Maushart subraya los efectos negativos raramente mencionados como el dolor de la lactancia, los desequilibrios hormonales, la falta de sueño, la ausencia de deseo sexual, el aumento de peso, o el deterioro físico del cuerpo en *The Mask of Motherhood: How Becoming a Mother Changes Everything and Why We*

---

[23] Según Hays la ideología de la maternidad intensiva, es decir, la creencia de que la madre es la responsable exclusiva del crecimiento y desarrollo de los hijos, se exagera en el momento en que muchas mujeres empiezan a entrar en el mercado laboral.

[24] En *El último patriarca, Todo un carácter,* y *Una victoria de diferente,* las madres prescinden completamente del padre y se responsabilizan a solas del cuidado de los hijos.

Pretend it Doesn't (1999). La autora denuncia la complicidad de las mujeres que exageran los momentos satisfactorios en lugar de reconocer las dificultades, e insiste en que raramente la mujer está preparada para el esfuerzo constante que exige el cuidado del hijo.

El interés académico por el tema prosigue con la llegada del nuevo siglo. Barbara Katz Rothman denuncia en *Recreating Motherhood* (2000) que las nuevas tecnologías reproductivas desvalorizan la relación que la madre establece con su propio cuerpo y con su hijo durante el embarazo, y convierten a los hijos en objetos de consumo. En nuestra sociedad consumista podemos contratar a una madre de alquiler para producir al hijo deseado, o producir un hijo en una clínica de fertilización *in vitro*, lo cual mercantiliza o degrada el acto de engendrar. Técnicas de diagnóstico prenatal como la amniocentesis inducen a la mujer a abortar a los hijos que no son genéticamente "aceptables" y a elegir sólo los que cuentan con la genética o con el físico "adecuado" lo que es, desde un punto de vista ético, cuestionable. Dichas clínicas aseguran hoy en día a sus clientes no sólo el que sus hijos nazcan sin enfermedades hereditarias, sino el poder elegir su sexo, el color de su pelo o de su piel, e incluso su capacidad intelectual. La fertilización artificial modifica hoy en día la definición tradicional de la maternidad y de la paternidad. Un hijo engendrado, por ejemplo, con una fertilización artificial y con donación de óvulo y de esperma puede llegar a tener hasta cinco progenitores diferentes (la madre biológica, la gestacional, y la adoptiva, el padre biológico y el adoptivo) lo que acarrea, a nuestro parecer, complicadas ramificaciones morales y legales[25].

[25] Destaca el caso Buzzanca vs. Buzzanca (California) en el que una pareja infértil contrata a una

La presión de los medios es analizada por *S*usan J. Douglas y Meredith W. Michaels en: *The Mommy Myth: The Idealization of Motherhood and How It Has Undermined Women* (2004). Las autoras documentan cómo los medios de comunicación reinventan el mito de la "buena madre" siempre perfecta, feliz y satisfecha, que por su dedicación y por su esfuerzo es capaz de producir hijos felices, perfectos y satisfechos. La televisión, el cine, y las revistas populares presentan la maternidad desde la óptica de las artistas famosas y adineradas que nada tiene que ver con la maternidad imperfecta de las madres reales que luchan, día a día, por cumplir con sus responsabilidades en una carrera a contra-reloj. Las madres ordinarias no suelen contar con un séquito de ayuda doméstica, ni con servicios sociales efectivos, y las que trabajan fuera del hogar enfrentan graves dificultades a la hora de compatibilizar las responsabilidades laborales con las familiares. La exaltación, desde los medios de comunicación, de las maternidades prototípicas de las celebridades, produce una idea muy distorsionada y causa el resentimiento de las madres comunes ya que, por mucho que se sacrifiquen y se esfuercen, no estarán nunca a la altura de esas otras madres maravillosas de las revistas y de los medios. En el texto *Una victoria diferente* veremos que, en efecto, a las jóvenes adolescentes se les da a entender hoy en día que si no logran ser madres no podrán sentirse satisfechas, mientras que si lo son, sus vidas resultarán extraordinarias[26].

---

mujer para gestar a un infante con esperma y óvulo donado. Justo antes de nacer la niña, el padre adoptivo solicita el divorcio y declara que el matrimonio no ha tenido hijos (a pesar de los doscientos mil dólares gastados en los tratamientos de fertilidad). Cuando nace el bebé, ya que no guarda relación genética o gestacional con los padres, no puede probarse su paternidad y la niña es declarada huérfana por la justicia.

[26] Desde el ámbito de la informática, Ariel Gore, crea el portal www.hipmama.com y publica *The Essential Hip Mamma: Writing From the Cutting Edge of Parenting* (2004) para demoler la

En Francia, Elisabeth Badinter publica *Le Conflit, La Femme et la Mere* (2010)[27] texto en el que sostiene que, en nombre de la defensa del planeta, la mujer de hoy en día está perdiendo la independencia y la libertad por las que lucharon sus antepasadas. El ecofeminismo conjuga el ecologismo con el feminismo para imponer costumbres arcaicas como son la lactancia materna, el parto natural, o los pañales de tela lavable, en lugar de patrocinar las ventajas de la leche artificial, de los alimentos pre-cocinados, de la anestesia epidural durante el parto, o de los pañales desechables. El propugnar una maternidad ecologista para evitar el deterioro del medio ambiente ha generado un retorno a la domesticidad femenina, una devaluación de las actividades de la esfera profesional, y un enorme retroceso en la lucha por la igualdad. Según la autora, a la mujer de hoy se la ha liberado de la dominación masculina para imponerle una tiranía aún peor: la de los hijos. La aportación de Badinter nos parece acertada porque si insistimos en establecer un vínculo idealizado entre mujer-naturaleza para frenar la explotación y la dominación de ambas se pueden rearticular las dicotomías del pasado que oponían razón/emoción, cultura/naturaleza, hombre/mujer, etc. en lugar de superar las diferencias y universalizar los valores. Además, el vincular la fertilidad de la tierra con la fecundidad de la mujer es señalar tan sólo uno de los aspectos que las caracteriza a ambas. También se podría instituir un paralelismo entre la capacidad aniquiladora de la naturaleza y la del varón, y

---

imagen idealizada de "la buena madre" y para relatar su experiencia como madre soltera. Gore describe con gran pragmatismo los momentos de satisfacción y los de frustración, y aconseja a las lectoras que confíen en las otras madres de su comunidad para construir entre todas una red de apoyo. A su vez, co-escribe con su hija Maia Swift: *Whatever, Mom: Hip Mama's Guide to Raising a Teennager* (2004), para ofrecer sugerencias prácticas a los padres de las adolescentes.

[27] *Le Conflit, La Femme et la Mere* es un best-seller que causa un intenso debate en los círculos intelectuales franceses.

hacer hincapié en el poder devastador de un tsunami, de un huracán, o de un terremoto. Las actividades de crianza que sólo la madre biológica puede realizar son muy pocas y de muy corta duración. El período de lactancia, por ejemplo, es muy corto en la vida del hijo. Además, para los que defienden las ventajas de la leche materna sobre la artificial, las bombas o extractores de leche permiten, hoy en día, que el padre u otra persona distinta de la madre biológica alimenten al bebé. No obstante, consideramos necesario respetar las preferencias de cada mujer a la hora de vivir su maternidad acorde a sus deseos subjetivos sin temor a ser culpabilizada o demonizada por ello.

En España, Jacqueline Cruz y de Bárbara Zecchi editan *La mujer en la España actual. ¿Evolución o involución?* (2004). Esta colección de ensayos denuncia que, en la actualidad, la escasísima presencia femenina en ciertos ámbitos profesionales o en los puestos de liderazgo sugiere una involución en la situación de la mujer en comparación, por ejemplo, con los avances de la Transición. Las autoras sostienen que la alarma producida por el drástico descenso de la natalidad ha fomentado un discurso pronatalista que idealiza la experiencia maternal desde el cine, la publicidad, y los medio de comunicación. Tras un cuarto de siglo de avances democráticos, la gran cantidad de mujeres dedicadas en exclusiva a las tareas domésticas, el alto índice de desempleo femenino, el alarmante aumento de violencia contra la mujer, y los muchos estereotipos sexuales de la publicidad o de los medios indican que, tras la aparente modernidad, se esconde la interiorización de unos valores estereotipados que limitan el desarrollo de la mujer española. Para profundizar en el tema analizamos en este estudio varias narrativas contemporáneas que corroboran que, a pesar de los cambios jurídicos de los últimos años,

los roles de género están condicionados por influencias históricas, sociales, y culturales firmemente arraigadas en el inconsciente colectivo[28]

Discursos filosóficos y religiosos

Desde una óptica filosófica, cabe destacar la aportación de Anna Caballé quien en *Una breve historia de la misoginia* (2006) presenta un enfoque interdisciplinar con los discursos que descalifican o estigmatizan a la mujer (y a la madre) a lo largo de los siglos. A grandes rasgos, se vislumbran dos tendencias en la producción discursiva. Por un lado, se la demoniza y se la asocia con el mal, la oscuridad, la imperfección, la suciedad, el engaño y la enfermedad. Por otro, se la silencia y se la condena al ámbito doméstico donde debe dedicarse a dos actividades exclusivas: la maternidad y las tareas domésticas. Para ilustrar la misoginia cultural a lo largo del tiempo, Caballé presenta las reflexiones de pensadores tan celebrados como Platón, Aristóteles, Sócrates, don Juan Manuel, el Arcipreste de Talavera, Lope de Vega, Juan Luis Vives, Calderón de la Barca, Quevedo, Gracián, Fernández de Moratín, y Camilo José Cela, entre otros.

Las editoras Ángeles de la Concha y Raquel Osborne recopilan una antología titulada: *Las mujeres y los niños primero: discursos de la maternidad* (2004). El título refiere la estrategia de infantilizar a la mujer (al colocarla en el mismo plano del niño) para evidenciar su estatus inferior y descalificarla del espacio público en el que suceden las cosas trascendentes. Tras la aparente cortesía que supone el cederle el paso a la mujer se esconde, pues, el deseo oculto de mantenerla al margen. El texto hace hincapié en la duplicidad de los discursos que, por un lado, glorifican la capacidad reproductora de la

[28] Ver los capítulos sobre *Todo un carácter* y *Una victoria diferente.*

mujer, pero por otro, utilizan esa misma cualidad para mantenerla excluida del mundo social, y para subordinarla: "La Filosofía, en tanto que productora de discursos tan a menudo -aunque no siempre- opresores, no ha dudado en contribuir a la histórica subordinación de las mujeres, definiéndolas como objetos -que no sujetos-, como medios y no fines en sí mismas" (8). Los discursos del elogio son analizados por Alicia Puleo quien sostiene que la exaltación de la función materna exacerba la bipolarización de los sexos porque, por ser la mujer la única capaz de dar a luz, se la considera sólo por su capacidad biológica y se le niega cualquier otra identidad. A su vez, los discursos del desprecio se basan en el temor que produce el cuerpo femenino, el cual se asocia con la sexualidad, y por tanto, se opone al espíritu. La asociación mujer-naturaleza es ya patente en la filosofía platónica: "la figura de la Madre-Naturaleza parece un fondo despreciado y negado sobre el que ha ido constituyéndose la Filosofía como Razón y Cultura" (30). Incluso los discursos feministas reflejan duplicidad al alternar posturas de rechazo[29] y de exaltación[30]. La autora reivindica la superación de los discursos tanto mistificadores como despectivos y propone desarrollar "otra definición del ser humano menos dualista que reúna Naturaleza y Cultura para ambos sexos" (35).

Los discursos religiosos y el culto a la Virgen María de la tradición Católica son analizados por Cristina Molina, quien afirma que la superioridad de María no deriva de su naturaleza divina o de sus acciones destacadas, sino de ser la madre del dios encarnado. El que no sea una diosa, es decir, una de las personas de la Trinidad, se

---

[29] Por ejemplo, Simone de Beauvoir o Shulamith Firestone.

[30] Por ejemplo, las feministas francesas o eco-feministas como Mary Daly.

traduce en que no tiene autoridad: “María es algo en la medida en que es Hija del Padre, Madre del Hijo o Esposa del Espíritu Santo, relaciones *vicarias* que expresan ya su falta de poder” (46). Todos las experiencias de la Virgen le vienen por vía de su maternidad, y ya que su destino es cuidar de los demás, todas las mujeres son llamadas “a ser siempre las madres buenas, misericordiosas, pacificadoras, sin asomos de ira ni de egoísmos” (46). Por otro lado está Eva la mujer que con su desobediencia tienta a Adán, induce la caída, y provoca el conocimiento carnal. Para contrarrestar la fuerza femenina de la carne, la Iglesia propone la virtud de la castidad: “Ellas expresan la naturaleza carnal y corrupta por la caída, mientras que lo masculino expresa la naturaleza espiritual, redimida. Luchar por la castidad en la nueva naturaleza es luchar contra las mujeres y contra ‘lo femenino’. La santidad sería una masculinización espiritual” (52). Es decir, la mujer se concibe o como un ser dócil que debe olvidarse de sí misma para servir y obedecer a los demás, o como un ser corrupto que incita al pecado, pero no se enfatiza que ella también ha sido creada a imagen y semejanza de su creador. Molina denuncia que la Iglesia no exige en igual medida a los varones que practiquen las virtudes de humildad, de pureza y de obediencia que tanto aconseja a las mujeres. Por nuestra parte corroboramos la docilidad y sumisión del colectivo femenino ya que durante siglos acepta realizar todas las actividades del ámbito doméstico sin reclamar compensación alguna por el mero hecho de mantener una conexión biológica con el hijo. A nadie le sorprende, en cambio, que en caso de acudir a terceras personas para realizar las actividades de crianza (ya sea en la guardería o con una canguro) resulte obligado el compensar con un salario por módico que sea.

Sara Ruddick aborda la cuestión desde una perspectiva ética, moral y, a su vez, práctica en *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace* (1995). Ruddick define la maternidad como una actividad que se realiza de forma práctica para lograr los siguientes requisitos: preservar la vida del hijo, fomentar su crecimiento y asegurar su integración social. Ya que es algo que uno hace en la práctica y no algo que uno es, se separa la actividad práctica de la identidad maternal y se abre la labor a cualquier persona, hombre o mujer, que desee realizarla. No obstante, no siempre se logran estos tres requisitos ya sea por problemas emocionales, intelectuales, económicos, o físicos. Además, la dedicación, el entusiasmo, y la integridad con que llevan a cabo su labor difiere de mujer a mujer, de hombre a hombre y de cultura a cultura. De ello deducimos que la maternidad va más allá del ámbito de lo privado pues requiere la integración del hijo en el espacio social. La responsabilidad final es educar a sus hijos para que, como adultos, funcionen en sociedad y se comporten dentro de unos parámetros de normalidad. Los problemas surgen cuando hay discrepancias entre lo que la madre (o el padre) considera un comportamiento normal y lo que socialmente se acepta por normalidad. En este caso deberá decidir si prefiere atenerse a los dictámenes sociales y cambiar la forma en que está educando al hijo, o mantener su propio sistema de valores, lo que puede resultar peligroso dada la tendencia general de inculpar a la madre de los problemas de los hijos. La filósofa aconseja a quien realiza la actividad que no sacrifique su autoridad y que no acepte un sistema de valores que no es el suyo porque este acto de sumisión cancela su libertad[31]. Según Ruddick, la labor predispone al individuo a resolver los conflictos

[31] Ruddick utiliza el concepto de autenticidad introducido por la filosofía existencialista para

diarios de forma no violenta y a fomentar valores sociales fundamentales como la solidaridad, la paz, la concordia, y la empatía por lo que propone construir un sistema de valores ético-moral derivado de la misma[32].

Discursos literarios

Los aspectos negativos de la experiencia maternal han sido denunciados desde la literatura con claros testimonios de mujeres insatisfechas en su rol maternal, o de mujeres frustradas en sus deseos de realización personal que buscan alternativas más satisfactorias en otros campos[33]. La ensayista francesa Simone de Beauvoir afirma en *El segundo sexo* (1949) que las características consideradas "femeninas" no son producto de la biología sino que son adquiridas culturalmente, niega la existencia del instinto maternal, rechaza que la relación madre-hijo sea satisfactoria en todo momento, y denuncia a las mujeres que invierten excesivamente en su rol maternal a costa de desarrollar otros aspectos de su personalidad porque, al hacerlo, dificultan la separación emocional del hijo. Según la autora, la maternidad es un engaño idealizado que infantiliza a la mujer porque le impide fomentar su sentido de identidad y su autonomía[34]. De Beauvoir abarca los problemas de dependencia, resentimiento, o ambivalencia que puede generar una hija con respecto a su

---

referir un sistema de valores subjetivo. Ya que no existen los valores morales objetivos, es necesario que cada individuo establezca su propio sistema subjetivamente.

[32] Otras autoras que analizan la ética del cuidado son Carol Gilligan, Mary Field Belenky, Blythe McVicker Clinchy, Nancy Rule Goldberger, Jill Mattuck Tarule y Nel Noddings.

[33] En la literatura americana, a principios de siglo XX, Margaret Sanger evidencia las precarias circunstancias de las madres de familia numerosa en *Motherhood in Bondage* (1920).

[34] De Beauvoir describe el aspecto cultural de la feminidad al afirmar que "una mujer no nace, sino que se convierte en mujer".

madre. Para superar el tedio de la vida doméstica muchas madres viven a través de sus hijas y pretenden controlar todas sus decisiones y movimientos, lo que despierta la hostilidad y el rechazo de las hijas. Su visión ejercerá una influencia inmensa en las corrientes feministas de Europa y sobre todo de los Estados Unidos[35].

Betty Friedan mantiene el tono negativo en *The Feminine Mystique* (1963), texto que corrobora el desencanto, la frustración, y el aburrimiento que sufren en silencio las amas de casa, y la ansiedad que sienten sus hijas ante la perspectiva de terminar con la misma suerte. Según la autora, para lograr respeto social y adquirir estatus, la madre debe expandir su limitada existencia, reducir el número de hijos y entrar en el mercado laboral, pues el recibir un salario es la forma más tangible de apreciación de la labor[36]. La escritora Jane Lazarre narra en *The Mother Knot* (1976) las dificultades de compaginar la maternidad con la creación literaria, y las contradicciones que existen entre la concepción social idealizada y sublime de la maternidad y la realidad. En el texto *Narrating Mothers: Theorizing Maternal Subjectivities* (1991) Brenda O. Daly y Maureen T. Reddy denuncian que la literatura ha sido teorizada como actividad esencialmente masculina, es decir, se relaciona con la virilidad (la pluma como metáfora del falo[37]), mientras que la maternidad ha sido conceptualizada la actividad central femenina. Como consecuencia, el corpus literario ofrece una perspectiva androcéntrica de la realidad. La presión social ha

---

[35] Entre las autoras influenciadas por Simone de Beauvoir destacan: Betty Friedan, Kate Millet, Yvette Roudy, Elisabeth Badinter, Shulamith Firestone y Juliet Mitchell.

[36] Friedan menciona que la sensación de insatisfacción y de alienación de las amas de casa de los años 50 y 60 es un problema que ha sido ignorado y del que nadie habla por lo que lo denomina "the problem that has no name" o "el problema que no tiene nombre" (15).

[37] Metáfora planteada inicialmente por Susan Gubar y Sandra M. Gilbert en *The Madwoman in the Attic* (1979). El texto se centra en la literatura anglosajona del siglo XIX.

obligado a muchas mujeres a tener que elegir entre la creación literaria y la procreación como si una y otra fueran del todo incompatibles.

Por su parte, Marianne Hirsch analiza las representaciones literarias del personaje de la madre en *The Mother/Daughter Plot: Narrative, Psychoanalysis, Feminism* (1989), y concluye que la subjetividad de la madre no ha sido considerada hasta recientemente debido, en parte, a la preponderancia que se le ha dado a la narración edípica sobre la perspectiva de Yocasta[38]. Según Hirsch, la novela de autoría femenina del siglo XIX hace desaparecer la voz materna de la trama, lo que privilegia el desarrollo de la perspectiva de la hija como protagonista del relato. Ya que, para la hija, la madre es la representante del orden social patriarcal (por su alianza con el padre), la rechaza y se alía con sus hermanas para establecer con ellas un nuevo orden familiar. En tres de los textos analizados veremos que aún cuando la voz materna adquiere relevancia, ésta sigue estando narrada por la hija.

En España, el tema de la maternidad ha sido ignorado por la literatura hasta muy recientemente. En *Libro de las madres* (2009), Laura Freixas menciona el contraste inaudito entre la cantidad de literatura dedicada, por ejemplo, al erotismo y la inexistencia de descripciones del embarazo o del parto. Según la autora, "de todas las combinaciones posibles entre padres e hijos, la más frecuente en literatura es el dúo padre-hijo (en su sentido literal y también simbólico: el jefe militar, el maestro…)" (16). La figura materna permanece ausente o es descrita desde fuera: "Son muy escasas en la literatura las madres (madres reales y/o personaje de madre) que se expresan sobre la

[38] En la mitología griega, Yocasta, esposa de Laio y madre de Edipo se casa, sin saberlo, con su propio hijo al quedarse viuda, y tiene con él cuatro hijos: Antígona, Eteocles, Polinices e Ismene.

maternidad en primera persona" (17). Además, las pocas madres que aparecen en la literatura escrita por varones (es decir, casi toda antes del siglo XX) se dividen en dos categorías exclusivas: la madre angelical o la diabólica. Por nuestra parte corroboramos esta dicotomía mencionando dos ejemplos clásicos de la literatura española: la novela *La tía Tula* (1921) de Miguel de Unamuno como prototipo de maternidad abnegada y la obra teatral *La casa de Bernarda Alba* (1936) de Federico García Lorca como arquetipo de madre castradora u opresiva. Aunque a partir del siglo XX algunas escritoras abordan el tema de la maternidad desde una perspectiva femenina, corroboramos en los textos que analizamos a continuación que, al estar narrados por las hijas, tampoco se incluyen referencias del embarazo o del parto. Tan sólo *Una victoria diferente,* al ser descrito por la madre, narra la sensación de riqueza y de creatividad que representa para algunas mujeres el período del embarazo.

Por su parte, Anna Caballé (2006) denuncia la tendencia de los críticos de ignorar la producción literaria de autoría femenina del corpus. La autora documenta la cantidad de críticos, profesores, y escritores que, a la hora de elegir las novelas canónicas de la literatura española, eliminan sistemáticamente de las listas los textos escritos por mujeres. De esta forma se suprimen las representaciones literarias de las experiencias de la mujer. Carmen de Urioste (2004) menciona que, a partir de los años 90, existe un boom de narrativa femenina que permite una resignificación del lenguaje y del sujeto femenino. Las protagonistas de estos textos utilizan la escritura como medio de introspección para crear una genealogía femenina, alterar los discursos androcéntricos, y reflejar un nuevo universo que desplaza al logocentrismo de la tradición patriarcal. Según Raquel Medina

(2004), algo similar sucede a partir de los 80 en el ámbito poético ya que, debido a la capacidad transgresora del género, se le facilita a la poetisa el articular, con gran subjetividad, una visión de la realidad y del lenguaje especialmente femenina. Por otro lado, Mercedes Bengoechea[39](2004) analiza, desde la perspectiva filial, la insignificancia de la figura materna en los discursos poéticos y lingüísticos de finales del siglo XX, y la incapacidad de la hija de identificarse con una madre subvalorada a la que considera responsable de su situación de inferioridad. Según la autora, "se trata de una madre minúscula, cuando no evanescente, que queda representada por una informe masa líquida inasible e incomprensible, sin identidad, y que trataría de fusionarse con su hija, arrastrándola a la ciénaga inmunda en que habita" (94). Ángeles de la Concha (2004) corrobora que son las propias madres las que mantienen, con su complicidad, un sistema social que las silencia, y propone la creación de nuevos discursos literarios en los que se libere a la madre del rol socializador que el sistema patriarcal les impone.

En la literatura catalana tampoco abundan las narraciones que reflejen, en primera persona, la experiencia de las mujeres hasta muy recientemente. La producción literaria de autoría femenina es prácticamente inexistente hasta el siglo XIX en que Caterina Albert, la primera autora de teatro de la literatura catalana moderna, escandaliza al público de la época con su monólogo *La infanticida* (1898). El monólogo narra con gran subjetividad y desde la perspectiva de la protagonista, Nela, sus amoríos con Reiner (que pertenece a otra clase social), su terror a ser descubierta por su padre (representante de la

[39] La autora corrobora que, aunque la mayor parte de las investigaciones lingüísticas sobre el tema se desarrollan en los Estados Unidos, ni las estrategias comunicativas de las madres ni la lírica femenina se diferencian de las españolas.

autoridad y del orden social), su embarazo no deseado, su soledad y desesperación en el momento del parto (debido a una ausencia doble, la del amante y la de la madre), el infanticidio de la hija recién nacida y, finalmente, el enloquecimiento de Nela que termina encerrada en un manicomio. Francesca Batrina (1997) afirma que la obra rompe los esquemas patriarcales por lo que, aunque es premiada en los Juegos Florales de Olot por su calidad artística, provoca conmoción y rechazo entre los críticos por su temática, y la autora se ve obligada a refugiarse de por siempre en el pseudónimo Víctor Catalá[40]. Su obra canónica *Solitud* (1905) posee un argumento similar con una protagonista, Mila, que sufre un desequilibrio emocional tras casarse con un hombre insensible y abúlico, Matías, al que debe seguir a una montaña solitaria. A pesar del abandono, de la soledad y de la violencia de su entorno, Mila es capaz de superar las emociones negativas, de desarrollar su subjetividad, y finalmente de autoafirmarse. En ambos textos, la figura materna está ausente, y las protagonistas deben vencer las circunstancias opresivas sin su apoyo. Sin embargo, Nela sucumbe a la locura mientras que Mila logra la emancipación. De ello podemos deducir que la personalidad y la voluntad de cada una ejercen una importancia crucial en su propio desarrollo emocional y que, al margen de la presencia o de la ausencia materna, intervienen otros factores. Es decir, a diferencia del trabajo profesional que depende en su mayor parte de los esfuerzos particulares de cada individuo, en la función maternal influyen muchos otros factores que escapan del control materno, como pueden ser la voluntad, la predisposición, o la personalidad del hijo, por lo que hay que evitar cualquier juicio y considerar las múltiples influencias o variables.

[40] Batrina documenta que *La infanticida* sólo se ha puesto en escena en tres ocasiones: en 1967, en 1993, y en 1997.

Al terminar la guerra civil se desmantelan las instituciones culturales catalanas y muchos de los intelectuales parten al exilio. Los que se quedan pierden definitivamente la voz debido al firme control que los dirigentes franquistas ejercen sobre los medios de comunicación. La doble censura gubernamental y eclesiástica afecta de una forma u otra la producción literaria. Respecto a la literatura femenina del exilio, destaca la obra de Mercé Rodoreda que adquiere con el tiempo relevancia internacional[41]. Sus protagonistas suelen ser mujeres de clase obrera o media que sufren conflictos internos, soledad o angustia pero que, tras un proceso de maduración, logran superarlos[42]. Neus Carbonell (1994) indica que en *La plaza del Diamante* (1965), la novela catalana con más éxito de ventas del siglo XX, el tema central es la búsqueda de la identidad de la protagonista, Natalia, originada por la pérdida prematura de la figura materna. El vacío que representa la muerte materna le provoca confusión y angustia, le impiden relacionarse con el sexo opuesto, y la empujan a aceptar un matrimonio desigual. Como consecuencia, sufre una crisis de identidad que logra superar tras dos metamorfosis en principio dolorosas pero finalmente liberadoras.

Asunción Gómez (2008) apunta que la narrativa de Rodoreda "nos presenta todo un repertorio de maternidades conflictivas en las que el abandono, el sufrimiento, la alienación, el autosacrificio y la muerte (real o metafórica) son el común denominador de las relaciones madre-hijo" (35). Según Gómez, las protagonistas "no se sienten realizadas como madres, sino más bien abrumadas por el peso de las expectativas que la sociedad

---

[41] La novela de Rodoreda *La plaza del Diamante* (1965) ha sido traducida a veinte lenguas.

[42] Sobre todo en *La plaza del Diamante,* en *Aloma,* y en *La calle de las Camelias.*

deposita en la maternidad" (45). Sin embargo, es importante recalcar que es precisamente la vivencia maternal o conyugal insatisfactoria lo que permite a las protagonistas madurar y, en según que casos, autoafirmarse. Aunque al inicio sucumben a los mecanismos de opresión de los personajes masculinos, se desprenden de la indefensión inicial, adquieren el control de las circunstancias, y adoptan una nueva actitud mucho más esperanzadora y positiva. Es decir, la experiencia negativa (maternal o conyugal) funciona como catalizador que permite la transformación final de la heroína. Es por este motivo que diversos críticos clasifican estas obras canónicas de la literatura catalana, *Solitud* y *La plaza del Diamante,* en la categoría del Bildungsroman femenino (Epps 24).

En los años 70 destaca la narrativa de Montserrat Roig, muy comprometida con la lucha antifranquista, quien establece conexiones entre la literatura y la memoria colectiva en su trilogía: *Ramona, adeu*[43] (1972) *El temps de les cireres*[44] (1977) y *L'hora violeta* (1980). Akiko Tsuchiya (1998) sostiene que Roig recupera en sus textos la historia de los personajes oprimidos, marginados, o excluidos de la sociedad franquista. Al narrar desde diversas perspectivas la experiencia personal de una saga de mujeres de un barrio típicamente barcelonés en el marco histórico de la posguerra, las libera de su posición de marginalidad, re-produce una realidad nueva, y desmantela el mito de una feminidad unificada y homogénea propuesto desde las instituciones. No obstante, Montserrat Lunati Maruny (2007) indica que no será hasta muy recientemente que las escritoras catalanas logren insertar en la historia colectiva el personajes materno o una genealogía

[43] Traducidos al castellano bajo los títulos *Ramona, adiós, Tiempo de cerezas,* y *La hora violeta.*

[44] El texto es galardonado con el prestigioso premio Sant Jordi.

femenina bajo parámetros no patriarcales. La autora menciona la proliferación de textos recientes en los que las hijas "extrañan a una madre ausente o desean a una madre diferente de la que tienen (o que creen tener)" (196). Lunati sostiene que las novelas *Una madre como tú* (2002) de María Mercé Roca, *Un calor tan cercano* (1997) de Maruja Torres, *Sangre* (2000) de Mercedes Abad, *La mitad del alma* (2004) de Carme Riera, *Todo un carácter* (2001) de Imma Monsó, o *País íntimo* (2005) de María Barbal pretenden recuperar la perspectiva materna al presentarla como protagonista de la historia, así como eliminar las tensiones que caracterizan las relaciones madre-hija en el sistema patriarcal. Ya que la institución de la maternidad exige la procreación como requisito obligatorio a todas las mujeres, se funden dos conceptos en uno, la maternidad y la feminidad. De esta forma se niega la existencia de la madre como sujeto independiente al margen de su identidad materna. Algunos de estos textos los analizaremos en profundidad en los siguientes capítulos de este estudio.

Discursos económicos o laborales

La economista Nancy Folbre ha desafiado los postulados ortodoxos de las ciencias económicas, una disciplina desarrollada casi exclusivamente por hombres, al afirmar que el sistema financiero, el gobierno, y las instituciones se aprovechan del trabajo gratuito de las madres y de las mujeres en general en *The Invisible Heart: Economics and Family Values* (2001). Algo similar realiza Ann Crittenden en un texto de gran repercusión mediática titulado *The Price of Motherhood: Why the Most Important Job in the World Is Still the Least Valued*[45] (2004), en el que calcula el valor tangible del

[45] *The Price of Motherhood* (2004) alcanza grandes éxitos de venta y, según el diario Chicago

trabajo de las madres y en el que sostiene que, aunque desde las instituciones se alaba su labor, en términos reales se las minusvalora y marginaliza. Los economistas sostienen que dos terceras partes de la riqueza es producida por el trabajo del ser humano, a lo cual denominan el capital humano y que difiere del capital natural (o recursos naturales). El factor trabajo o capital humano es el más importante de los factores de producción, y podemos definirlo como el esfuerzo físico e intelectual que aporta el ser humano en la actividad productiva. Acorde a esta teoría, las madres que cuidan, protegen, y educan, día tras día, de sus hijos son las mayores productoras de capital humano del sistema económico. Sin embargo, una madre dedicada a cuidar de sus hijos y a hacer de ellos ciudadanos de provecho no tiene derecho a una remuneración salarial, a un seguro médico, o a una pensión de jubilación, y se la condena a depender del salario de su pareja. La idea de que el tiempo pasado cuidando de los hijos es tiempo perdido ha permeado el sistema social hasta tal punto que incluso los hijos consideran que el padre, por trabajar fuera del hogar, es el que produce, mientras que el trabajo que realiza la madre les resulta invisible. Por otro lado, las madres que trabajan fuera del hogar son recriminadas o incluso despedidas si no pueden cumplir horas extraordinarias por tener que atender a los hijos, ganan menos que sus compañeros de trabajo sin hijos por la misma labor, y mantienen una doble jornada laboral: por el día como profesionales y por la noche como madres. A pesar de que el sistema capitalista se sostiene sobre el trabajo

---

Tribune, está entre los diez libros más significativos de temas feministas desde la publicación de *The Feminine Mystique* (1964) de Betty Friedan.

gratuito de las madres y de las mujeres en general[46], si éstas trabajan en el ámbito profesional se las penaliza en cuanto tienen un hijo[47], y si lo hacen en el ámbito doméstico se las excluye del sistema socioeconómico.

A pesar de los avances del colectivo femenino, el ínfimo estatus de las madres de todo el mundo representa un grave obstáculo en el camino hacia la igualdad. Para lograr que los esfuerzos de las madres sean valorados, la autora propone salarios o subsidios para las todas las mujeres que trabajan en el hogar. A su vez, para las madres que trabajan en el ámbito profesional demanda: derecho a un año de baja por maternidad con paga completa, horarios laborales flexibles, trabajo a tiempo parcial y con derecho a seguro médico y a pensión de jubilación, programas sociales de ayuda a las familias, y guarderías gratuitas a partir de los tres años. Sus reflexiones nos parecen relevantes porque defiende el valor de la educación para que los nuevos padres de familia aprendan a valorar y a compartir todas las responsabilidades. Esto se hace similarmente necesario en el caso de España porque, aunque trabajen fuera del hogar, las mujeres continúan realizando hoy en día la mayor parte del trabajo familiar y doméstico y, como consecuencia, tienen menos tiempo para dedicar a su profesión y sus sueldos son más bajos que los de los varones.

Arlie Russell Hochschild demuestra la cantidad desproporcionada de tareas domésticas que tienen las madres que trabajan en el ámbito profesional al llegar a casa

---

[46] La socióloga Jesse Bernard es la primera en indicar hace ya treinta años que el trabajo gratuito que realizan las madres (y las mujeres en general) sirve de infraestructura base sobre la que se asienta todo el sistema socioeconómico.

[47] "The mommy tax" es la pérdida de salario, de categoría, o de años de antigüedad en la empresa de una mujer que pide la baja por maternidad.

en: *The Second Shift: Working Parents and The Revolution at Home* (1989). Hochschild menciona que, en las familias en las que ambos padres trabajan, son las madres y no los padres, las que realizan la mayor parte de tareas domésticas y el trabajo emocional de la crianza de los hijos en un segundo turno de trabajo[48]. En *The Time Bind: When Work Becomes Home and Home Becomes Work* (1997) la autora concluye que estas madres, para liberarse de las responsabilidades familiares, y de las demandas emocionales de su pareja y de sus hijos, optan por pasar largas horas en su lugar de trabajo aún cuando económicamente no lo necesitan. Tras un análisis exhaustivo de varias empresas con horarios flexibles para las madres, la autora demuestra que éstas, conscientes de lo que les espera al llegar a casa, eligen pasar más horas en el ámbito laboral porque en su lugar de trabajo establecen amistades con otros adultos, participan en proyectos estimulantes que si funcionan son reconocidos por sus superiores, reciben una remuneración económica por sus esfuerzos y, al finalizar, se sienten respetadas, valoradas y realizadas. Al llegar a casa, por el contrario, se encuentran con niños que protestan porque están cansados o hambrientos, con adolescentes que se rebelan, con montones de ropa sucia, y con un desorden considerable. Cuando al fin logran organizar la casa, alimentan a la familia sin que nadie reconozca su esfuerzo, y recogen la cocina sin colaboración porque todos están demasiado cansados o resienten que pasen tantas horas fuera del hogar. A diferencia del trabajo profesional, la labor doméstica es interminable, carece de horarios fijos, está peor estructurada, concede poco respeto, y sus beneficios son menos perceptibles, inmediatos, o tangibles. Según la autora, la escasa participación física y

[48] Hochschild amalgama el concepto de "the second shift" para describir el segundo turno de trabajo de las madres que laboran en el ámbito público y en el privado.

emocional de los padres en la crianza de los hijos fomenta que, en la actualidad, las madres prefieran pasar más horas en su trabajo alejadas del hogar, y los grandes perdedores de esta realidad son siempre los hijos.

No obstante, si bien es cierto que la maternidad no es, para muchas mujeres, la única identidad, tampoco lo es, exclusivamente, el trabajo profesional. En *When Work doesn't Work Anymore: Women, Work, and Identity* (1998) Elizabeth Perle McKenna demuestra que, a pesar del gran éxito alcanzado por muchas mujeres ejecutivas en los últimos treinta años y a pesar del poder, del estatus, y de los elevados salarios de estas profesionales, muchas de ellas están abandonando hoy los prestigiosos puestos de trabajo. El movimiento feminista facilita la entrada de la mujer en el mercado laboral y le obliga a adoptar valores masculinos como la competitividad, la agresividad o las jerarquías y organizaciones rígidas. Como consecuencia la mujer trasforma sus valores, empieza a basar su autoestima en su profesión, en su estatus, y en su salario, y el trabajo pasa a cubrir todas sus necesidades financieras, intelectuales, y emocionales. Sin embargo, este modelo funciona para los varones porque tienen en casa una esposa dedicada a organizar las actividades sociales, familiares, y domésticas, pero es imposible para las mujeres porque deben rendir competitivamente en el ámbito profesional y, a la vez, atender con docilidad a los hijos y al hogar. Por este motivo, a medida que avanzan en su carrera muchas de estas mujeres sucumben a una crisis de identidad y optan por abandonar.

Miriam Peskowitz denuncia que los medios de comunicación establecer unos estándares imposibles que intimidan y debilitan a las madres reales en *The Truth Behind the Mommy Wars: Who Decides What Makes a Good Mother* (2005). Según la autora, las

imágenes estereotipadas de los medios, y los valores culturales occidentales que fomentan la competitividad, la rivalidad, y el antagonismo confrontan, por ejemplo, a las madres que trabajan fuera del hogar con las que no lo hacen, y ambos grupos compiten por adjudicarse el premio a la maternidad ideal. No obstante, la realidad es que, por mucho que se esfuercen, todas ellas carecen de los sistemas de apoyo que necesitan para ejercer su rol satisfactoriamente. La autora propone a las madres que desarrollen lazos solidarios, que defiendan con confianza su decisión de trabajar en el ámbito público o en el privado, y que se unan para exigir los servicios que merecen: derecho a baja por maternidad y por paternidad, horarios de trabajo flexibles, opción de jornada a tiempo parcial, guarderías públicas de calidad, y subsidios para las que trabajan en el hogar.

Algo similar afirman Joan Blades y Kristin Rowe-Finkbeiner en *The Motherhood Manifesto: What America's Moms Want and What To Do About It* (2006). Según las autoras, los políticos, tanto liberales como conservadores, se proclaman defensores de los valores familiares para manipular a las masas y ganar votos, pero no hacen nada para asegurar el bienestar de las familias. En los últimos años muchas mujeres han entrado en el mercado laboral, sin embargo, las estructuras laborales no han establecido las medidas necesarias para poder conciliar la vida laboral con la privada. Si bien el tener hijos es una decisión personal, el bienestar de éstos es una responsabilidad social porque ellos serán, el día de mañana, los que saquen adelante al país[49]. Laura Pacheco y John de Graaf llevan

[49] Reclaman, por ejemplo, horarios flexibles de trabajo o trabajo a tiempo parcial, derecho a baja por maternidad y por paternidad, eliminación de diferencias salariales, derecho a seguro médico, colegios subvencionados de calidad, etc.

el texto al cine en un documental que ilustra la precaria situación de varias madres[50].

El profesor Neil Gilbert[51] denuncia que la exaltación de los valores culturales del capitalismo, del materialismo, y del feminismo degeneran en una valoración excesiva de las actividades profesionales en: *A Mother's Work: How Feminism, The Market, and Policy Shape Family Life* (2008). En el pasado cada nuevo hijo garantizaba el progreso económico familiar ya que aportaba nuevas manos para ayudar a sus padres en el campo o en la granja. En la actualidad, en cambio, un hijo no sólo no genera ningún beneficio económico sino que representa una carga considerable (según Gilbert el costo total de criar a un hijo hoy en día es de $153.600). Además, los beneficios psicológicos que se derivan del cuidar diariamente de los hijos son mucho menos tangibles que, por ejemplo, el recibir un depósito bancario cada mes. Como consecuencia, se ha disparado el número de mujeres que rechazan la maternidad o se contentan con el hijo único, lo que generará unas consecuencias sociales negativas. El Estado y el sistema económico exige que la mujer dedique la mayor parte de sus energías a la profesión, aún a costa de descuidar a sus familiares, por lo que el autor propone una reconsideración de las prioridades de forma que el quedarse en casa cuidando del hijo (sobre todo durante su infancia) o de las personas de edad, sea una opción tan respetable como cualquier otra. Además, una madre o un padre no tiene que renunciar completamente a su carrera profesional porque las

---

[50] Los portales de Internet www.literarymama.com y www.mothersmovement.org ofrecen blogs, artículos, consejos, y secciones de poesía y de ficción para las madres. A su vez, May Friedman y Shana L. Calixte recopilan diversos blogs escritos por madres en *Mothering and Blogging: The Radical Act of the MommyBlog* (2009). La ciber-maternidad o cybermothering es el término utilizado para referir la gran cantidad de información sobre las distintas vivencias maternales que hay actualmente en la red.

[51] Profesor de la Universidad de California en Berkeley.

actividades de crianza son temporales y siempre se puede reincorporar, o debería poder reincorporarse en el momento adecuado, a su profesión. Gilbert rechaza el materialismo y el consumismo generalizado y defiende un nuevo sistema de valores más altruista que respete la labor de las personas dedicadas al cuidado de los otros, que permita el trabajo a tiempo parcial, y que obligue a los padres a colaborar imponiéndoles, por ejemplo, la baja por paternidad obligatoria[52].

Respecto a la situación específica de España, los estudios documentan que tras cuarenta años de encierro forzoso en el hogar durante la dictadura, muchas mujeres han optado en la actualidad por el empleo profesional. No obstante, Anna López Puig (2004) sostiene que la respuesta de los poderes políticos a la hora de crear servicios públicos no ha sido suficiente, por lo que éstas enfrentan graves dificultades a la hora de compatibilizar el empleo con el cuidado familiar. A diferencia de otros países de la U.E. no existen guarderías que funcionen con fondos públicos para los menores de dos años y las pocas privadas que hay son muy caras, por lo que muchas madres deben depender de parientes cercanos o incluso de vecinos para atender a sus hijos mientras ellas trabajan. Además, si bien las mujeres se han incorporado rápidamente al ámbito laboral, los varones no se han sumado con la misma presteza al doméstico, por lo que las mujeres profesionales tienen que lidiar con la doble o triple jornada de trabajo. Dada la escasez de servicios públicos, la mujer española se ve obligada a retrasar o limitar el número de hijos lo que, a largo plazo, afectará gravemente a toda la estructura económica del país.

Según un estudio de Anna Mercadé (2004), en España, la tasa de empleo de la

[52] Gilbert menciona el éxito del gobierno sueco a partir de 1995 al obligar a los padres y no sólo las madres a tomar la baja por paternidad y poder seguir cobrando el 80 % de su sueldo.

mujer está muy por debajo de la media europea con un 40%, mientras que en Europa es de un 53 %, y existe una gran diferencia entre los países nórdicos y los del Sur. Los países nórdicos son los primeros en otorgar a la mujer el derecho al voto, a los derechos constitucionales, a la participación en altos cargos del Estado, y los pioneros en desarrollar políticas sociales avanzadas que han quedado firmemente arraigadas en el colectivo. Por ello, Dinamarca cuenta con un 71,6% de participación laboral femenina y Suecia con un 74%. El buen aprovechamiento de más del 50% de la población, es decir de las mujeres, es fundamental para el crecimiento económico de los países europeos. Por ello, la escasa participación de las mujeres del Sur de Europa en la producción de bienes y servicios ha sido una de las preocupaciones recurrentes abordadas en las reuniones de la UE. De hecho, en el tratado de Lisboa (2000) el informe de la Comisión sobre la ocupación defiende la necesidad de "aumentar en 10 puntos el nivel de participación laboral de las mujeres y reducir considerablemente el paro femenino" (Mercadé 61).

La autor documenta que, aunque en España las mujeres representan más del 52% de los estudiantes universitarios, obtienen mejores calificaciones, y cuentan con un menor índice de fracaso escolar, no cuentan con las mismas oportunidades en el mercado laboral, se ven obligadas a renunciar a su profesión en cuanto dan a luz, o se plantean seriamente no tener hijos. Además, las mujeres padecen el doble de desempleo que los hombres, están en mayor número en la economía sumergida, tienen más problemas a la hora de encontrar trabajo acorde a su formación, y cobran entre un 15% y un 30% menos por la misma labor. Ya que los horarios escolares no coinciden con los laborales, muchas

mujeres se ven obligadas a tener que elegir entre la profesión o la familia[53], o tienen que dedicarse a los pocos trabajos que resultan compatibles con los horarios del hijo, casi siempre en la docencia o en el funcionariado. Es decir, a pesar de los avances, la maternidad es hoy en día el mayor obstáculo a la hora de integrar a la mujer en el mercado de trabajo por dos motivos: por la falta de servicios sociales, y por la discrepancia que hay entre los horarios escolares y los laborales.

Un país en el que la mitad de su población, es decir las mujeres, no puede participar en la creación de bienes y servicios y fomentar así el crecimiento económico, no cuenta con grandes perspectivas de futuro. Un país en el que su población disminuye y envejece aceleradamente, tampoco. La crisis económica actual, es mucho más aguda en España (y en Cataluña) que en los países nórdicos. El índice de natalidad, es el más bajo de Europa. Si las mujeres se siguen viendo obligadas a reducir drásticamente el número de hijos, a renunciar a la maternidad al entrar en el mercado laboral, o a tener que elegir entre el tener un hijo o el tener una carrera las consecuencias van a ser sin duda graves[54]. No obstante, al margen de las consecuencias económicas negativas, es necesario insistir en la raíz del problema que es, a nuestro parecer, de origen sociocultural. Tras veinte siglos de tradición, es imposible erradicar con diversos decretos jurídicos el mito de que el ámbito público es incompatible con el privado. Hasta que no concienciemos, a través de la educación, a las nuevas generaciones de los nuevos valores socioculturales no

[53] Según Anna Mercadé más del 30% de mujeres tienen que abandonar la profesión al dar a luz.

[54] En 1994, el gobierno español informa que, de persistir las actuales tendencias demográficas, en el año 2020 el número de jóvenes será la mitad del actual, mientras que el de mayores de 65 años aumentará a más del 20% lo que generará la quiebra de la Seguridad Social al no poder pagar a tantos pensionistas.

lograremos erradicar los muchos estereotipos sexuales que impiden el progreso. Aludiendo a una encuesta llevada a cabo en 1996 por la Generalitat de Cataluña, Ana María Díez Gutiérrez (2004) indica que, al cuestionar a las alumnas sobre su futuro, éstas "manifiestan en un porcentaje muy alto que su objetivo en la vida sigue siendo el matrimonio y los hijos; raras son las ocasiones en las que dan prioridad a un objetivo profesional" (110), y acusa a los centros educativos de utilizar textos que reproducen los roles tradicionales y que ocasionan "una canalización de las y los estudiantes hacia profesiones "femeninas" o "masculinas", sin que se les estimule a abarcar todo el espectro laboral" (115).

Por nuestra parte corroboramos que, la integración de la mujer en el mercado laboral no va a resultar factible hasta que hayamos integrado del todo al varón en la esfera doméstica lo que exige sin duda un cambio de mentalidad. Sólo a través de la educación podremos persuadir a los jóvenes de que las obligaciones del padre van mucho más allá del tener que cocinar esporádicamente o del recoger al niño en el colegio para llevarlo al entrenamiento de fútbol. Entre los derechos paternales se incluye el quedarse en casa a cuidar de los hijos, o el poder obtener la custodia compartida en caso de divorcio. Sólo así podremos hablar con el tiempo, de un verdadero cambio de valores.

En conclusión, desde que Adrienne Rich introduce, hace ya más de treinta años, el tema de la maternidad en los estudios académicos, y distingue entre la maternidad como experiencia personal o como institución controlada por intereses ajenos, numerosas teóricas se han dedicado, desde diversos ámbitos, a investigar el tema. Aunque, en un principio, los discursos han reflejado una concepción muy estereotipada de la vivencia

exagerando los aspectos positivos y pasando por alto la escasa valoración social del rol, el mucho esfuerzo que exige, y las nulas compensaciones materiales, en los últimos tiempos, las distintas visiones y puntos de vista han preferido abarcar la experiencia desde una perspectiva más realista, individual, y sobre todo, flexible. El interés que el tema de la maternidad ha suscitado en el mundo académico explica que exista una asociación internacional dedicada a investigar cualquier tópico relacionado con la experiencia: *The Association for Research on Mothering*, fundada por Andrea O'Reilly en 1998. La académica canadiense ha diseñado el primer curso universitario para analizar, desde distintas perspectivas teóricas, culturas, y disciplinas los postulados, y ha fundado la primera editorial dedicada a publicar textos sobre las distintas experiencias e identidades de las madres, Demeter Press, en el año 2004.[55]

Hemos mencionado también la proliferación de textos y de artículos publicados desde distintos ámbitos académicos en Cataluña en las últimas décadas sobre el tema de la maternidad. Las conclusiones coinciden, en su mayor parte, con las de las académicas norteamericanas. Desde la psicología se justifican los beneficios de que la madre trabaje fuera del hogar, aunque sea a tiempo parcial, y de que desarrolle un sentido de identidad sólido y un sentimiento de autorrealización y de bienestar al margen de su labor maternal. A su vez, se menciona la necesidad de desarrollar las capacidades de liderazgo de las mujeres para hacerlas visibles en cargos directivos o en puestos de responsabilidad, por

[55] Entre los textos editados por Andrea O' Reilly destacamos: *Redefining Motherhood: Changing Identities and Patterns* (1998), *Mothers and Daughters: Connection, Empowerment and Transformation* (2000), *Mother Outlaws: Theories and Practices of Empowered Mothering* (2003), *From Motherhood to Mothering* (2004), *Mother Matters: Mothering as Discourse and Practice* (2004), *Motherhood: Power and Opresion* (2005), *Maternal Theory: Essential Readings* (2007), y *Feminist Mothering* (2008).

ejemplo, del mundo empresarial. Desde la sociología y la pedagogía se propugna el valor de la educación para construir poco a poco unos roles de género más igualitarios y menos estereotipados. Los estudios políticos, jurídicos y económicos señalan, por encima de todo, los retos que quedan aún para que hombres y mujeres puedan llegar a conciliar la vida familiar con la laboral, así como la necesidad de eliminar las diferencias salariales entre unos y otros. Si bien en la actualidad la participación laboral de las mujeres jóvenes ha sido posible gracias a la colaboración de las personas de las generaciones anteriores que no se habían integrado al ámbito profesional y que asumían el cuidado de los nietos, esto no va a ser eternamente posible ya que muchas de las jóvenes de hoy están optando por entrar en el marcado laboral. Por ello, las instituciones catalanas deberán ampliar los servicios sociales y aplicar las medidas necesarias para que se respeten las regulaciones. Por último, creemos oportuno referir que la mayor parte de los estudios corroboran que los avances de los últimos años han sido considerables lo que resulta sin duda esperanzador y positivo[56].

[56] Desde una óptica práctica, mencionar la labor del Mouvement Mondial des Meres (MMM) con sede en París que desde 1947 lucha por asegurar la protección de las madres e hijos de todo el mundo, por erradicar el tráfico y la esclavitud de mujeres y niños, por fomentar las perspectivas de paz e impulsar el progreso social y económico de los países en vías de desarrollo, y por defender el derecho de las madres a conciliar su vida familiar con la laboral. La organización que no está afiliada a ningún gobierno, partido político, o credo religioso ofrece talleres y conferencias para apoyar a las madres de todos los continentes sea cual sea su color de piel, su cultura, su religión, o su situación económica o social, y para sensibilizar a la opinión pública a que se escuche su voz.

CAPITULO II

La maternidad al servicio del patriarcado en *El último patriarca* (2008)[57] de Najat El Hachmi

Como ya hemos visto en el capítulo introductorio, Adrienne Rich ha definido el patriarcado como un sistema político, social, cultural, y judicial que atribuye la autoridad y el control al padre, ya sea a través de las tradiciones, de las leyes, del lenguaje, de la educación, o de la división de esferas, en el que los hijos y la madre permanecen en una situación de dependencia o de sumisión con respecto al padre, hasta que éste transfiere su su estatus al hijo varón al alcanzar éste la edad adulta[58] (57). El origen del sistema se remonta al derecho romano. Según la *patria potestas* o patria potestad el varón patriarca de la familia tiene poder de vida y de muerte sobre todos los que dependen de él, es decir sobre sus hijos, sus esclavos, sus sirvientes, o sus esposas. Dicho sistema establece que el varón debe participar en los espacios públicos y controlar los bienes materiales de la familia, mientras que la mujer debe dedicarse a una actividad exclusiva: la maternidad, llevada a cabo en el ámbito privado del hogar y dentro del marco del matrimonio heterosexual. Bajo el patriarcado, se inculpa o se desconfía de la mujer que, por ser estéril o por cualquier otro motivo, no cumple con sus funciones reproductoras, mientras que se idealiza, se exalta, y se mistifica a la mujer que sacrifica sus propias necesidades para

[57] Najat el Hachmi (Marruecos, 1979) emigra a Cataluña en 1987 y estudia filología árabe en la Universidad de Barcelona. En el 2007 recibe el premio Ramón Llull por la novela *El último Patriarca.* Con anterioridad escribe *Jo també soc catalana* (2004) ensayo en el que reflexiona sobre la integración de los emigrantes en la cultura catalana. En la actualidad es funcionaria municipal en Granollers y colabora asiduamente en diversos medios de comunicación.

[58] Según Rich, la familia patriarcal es también patrilocal, patrinomial y patrilineal ya que a los hijos que no cuenten con el apellido paterno se les declarará bastardos o "ilegítimos" (58).

dedicarse exclusivamente al cuidado de los hijos y del hogar. La "buena madre" es responsable de socializar a los hijos y de transmitirles los valores para que se mantengan sujetos a la autoridad paterna, y de organizar a la familia en torno a la división de roles, es decir, a las hijas, ya que biológicamente están equipadas para la reproducción, se las educará para el trabajo maternal, y a los varones para el trabajo profesional.

Esta concepción patriarcal de la maternidad queda ejemplificada en el texto *El último patriarca* (2008) de Najat El Hachmi en el que se responsabiliza a la madre del relato de desarrollar las cualidades "femeninas" de su hija, de prepararla para su rol biológico y de que transmita los mismos valores a las futuras generaciones. Madre e hija se convierten así en cómplices como representantes y transmisoras del sistema social. Si su hija no se adapta a dichos valores o desarrolla problemas de cualquier índole, se culpabilizará a la madre por no haberla sabido "educar" correctamente. Por este motivo se dedica a una maternidad intensiva[59] y concentra todas sus energías, todo su tiempo, y todos sus recursos en atender obsesivamente todos los detalles de crianza de la hija. No obstante, veremos a continuación en nuestro análisis que la hija resiente la actitud de su progenitora y rechaza su complicidad. En *El último patriarca* (2008) se evidencian las dificultades de una hija por identificarse con una madre servil y abnegada, así como el rencor que desarrolla hacia un padre prepotente insensible a sus necesidades. El texto, que es la segunda novela publicada por Hachmi, ha sido muy bien recibido por el público catalán y ha sido galardonado con el premio Ramón Llull 2007. Sin embargo, a pesar de su calidad no consideramos suficiente la atención recibida por la crítica americana.

[59] El concepto de maternidad intensiva, es decir de la madre dedicada en exclusiva al cuidado familiar, es introducido por Sharon Hays en *The Cultural Contradictions of Motherhood* (1996).

El texto refleja una experiencia maternal anacrónica. La acción se enmarca en el contexto de la democracia, momento en el que las instituciones catalanas promueven un discurso emancipatorio para liberar a la mujer de los papeles que tradicionalmente se le habían asignado, acelerar su integración en el ámbito público y mejorar la situación económica del país. Sin embargo, ya que se trata de una familia de inmigrantes musulmanes, éstos importan las tradiciones culturales de su país de origen y reubican a la mujer en la esfera de las actividades que "por naturaleza" le son propias, contradiciendo lo propuesto por los discursos jurídico-políticos de la Cataluña actual. Es decir, la vivencia maternal resulta problemática porque está ubicada en un contexto social que no es el culturalmente aceptado por la mayoría de los ciudadanos. La incongruencia anacrónica evidencia el carácter artificial de los discursos que, desde las instituciones, regulan la experiencia, así como la necesidad de considerar cada maternidad desde una perspectiva individual y exclusiva. La apertura a unos modelos maternales más condicionados por la subjetividad de la mujer, y no manipulados por los discursos del momento hará posible una vivencia más satisfactoria para la madre, para el hijo, y para todos los personajes involucrados.

En las culturas patriarcales se impone durante siglos una ideología de maternidad intensiva, es decir, de la madre dedicada, en exclusiva, al cuidado del hogar y de los hijos. Sharon Hays[60], sostiene que la maternidad intensiva se apoya en las siguientes creencias: (1) un hijo tiene necesidades constantes que sólo puede saciar su madre biológica, (2) una madre debe dejar que los "expertos" (suelen ser varones sin ninguna

[60] *The Cultural Contradictions of Motherhood* (1996).

experiencia práctica en la materia) regulen su función maternal, (3) una madre debe invertir todo su tiempo y energía en el hijo, y, (4) para una madre, su identidad maternal es mucho más importante que cualquier otra identidad. Este credo es pernicioso porque impone unos estándares imposibles, inculpa a las madres que, por diversas circunstancias, no están a la altura, obliga a las mujeres permanecer en una situación de rivalidad constante para adjudicarse el premio a la maternidad ideal, las excluye de las actividades del ámbito público, e impide la participación de los padres en las actividades de crianza.

Bajo el patriarcado, la madre es minusvalorada, silenciada, o infantilizada porque sistemáticamente se le otorga toda la autoridad y todos los derechos al padre. Aunque sólo la mujer es capaz de dar a luz, el sistema social exige que el hijo sea reconocido por un padre o será considerado bastardo o ilegítimo (Rich 58). John Stoltenberg afirma que si una mujer da a luz sin pertenecer, por vía matrimonial, a un varón será condenada y humillada socialmente y sus hijos serán entidades jurídicamente inexistentes (92). En cambio, una mujer vinculada a un varón como esposa legítima que da a luz, cuida a unos niños que legalmente le pertenecen a su consorte a pesar de haber sido ella la que ha engendrado la nueva vida[61]. Refiriéndose a los emigrantes, Goyatri Chakravorty Spivak utiliza el término subalterno para definir a un sujeto que, por pertenecer a una clase social inferior, carece de voz. Dada la desvaloración del sujeto femenino bajo el patriarcado es particularmente preocupante la situación de la mujer emigrante, doblemente subalterna al tener que someterse al hombre pobre que es su pareja, y tener que convertirse en la subalterna del subalterno. La mujer emigrante no puede expresarse porque no hay

[61] Aunque en la Cataluña actual esta ley se ha modificado, en la tradición islámica la legislación otorga sólo al varón el derecho de reconocer a los hijos y darles un apellido.

institución que la escuche o que legitime sus palabras. Tampoco puede ser representada porque, al no hablar ella, nadie puede hablar por ella, y se convierte pues en el último eslabón de la cadena de explotación (271).

Nancy Chodorow sostiene que los roles de género (y la supremacía del varón) vienen determinados por factores sociales y no biológicos que se imponen a través de la relación con la madre, por ser ella la que generalmente cuida al recién nacido. Ya que el hijo varón percibe que su madre es de otro sexo, tiende a distanciarse de ella, pero la hija, al ser del mismo sexo, se identifica y permanece dependiente de ella. De esta forma se inician las desigualdades que finalizan posicionado al varón en la esfera pública (laboral) mientras que la mujer debe permanecer en la esfera privada (doméstica) (109-110). John Stoltenberg, no obstante, mantiene que los roles de género del sistema social patriarcal se transmiten y se aprenden a través de la relación padre-hijo. El patriarcado espiritualiza, idealiza, justifica y legaliza el derecho del varón de someter a la mujer. El erotismo fálico ejemplifica ese derecho del hombre a poseer el cuerpo de la mujer, aunque se tiende a oscurecer la violencia con que se establecen las estructuras de dominación (61).

Paula J. Caplan documenta la frecuencia con que los profesionales inculpan a las madres de los problemas del hijo, aún cuando el hijo vive con sus dos progenitores y pasa la misma cantidad de tiempo con ambos[62] (18). Las constantes acusaciones sirven para desacreditar a las madres y para mantenerlas en la misma posición de inferioridad que han mantenido durante siglos. De esta forma, y a pesar de ser ellas las que realizan casi todo el trabajo de crianza (tanto si trabajan fuera del hogar como si no), se mantiene el

[62] La autora documenta cientos de artículos publicados en *American Journal of Orthopsychiatry* que culpabilizan sistemáticamente a la madre de cualquier problema del hijo.

estatus quo y la autoridad familiar, social, y judicial, continúa en manos del padre. Las múltiples críticas debilitan a las madres y ellas mismas se inculpan de cualquier desarreglo en el hijo aún sin ser las causantes del problema. Incluso los hijos han sucumbido a la presión social y tienden a culpar a su madre de todos los problema que encuentran a lo largo de sus vidas (60). Janna Malamud Smith[63] concluye que es el miedo lo que empuja a la mujer a aferrarse, eternamente, a la maternidad intensiva. El temor primario de que algo grave le pueda suceder al hijo coloca a las madres en una situación vulnerable y las induce a estar constantemente preocupadas y sacrificadas. Ya que se las culpabilizará de cualquier problema del hijo, éstas optan por renunciar a sus necesidades individuales y las relegan a las del hijo. De esta forma se las mantiene controladas a través de la historia.

Hemos visto, además, en el capítulo anterior, cómo durante la dictadura franquista se fomenta la ideología de la maternidad intensiva con numerosos decretos y leyes que prohíben a la mujer su participación en el ámbito público. En la democracia se producen una serie de cambios políticos, sociales y culturales y se alteran los valores tradicionales. Tras cuarenta años de dictadura, el desarrollo económico, la secularización del país y la apertura a Europa originan actitudes más abiertas en relación a la familia, al matrimonio, o al papel de la mujer. Esta nueva mujer es más independiente, tiene un mayor nivel cultural, disfruta de los beneficios de un trabajo remunerado, practica una sexualidad más libre al tener acceso a los anticonceptivos, tiene menos hijos, y adquiere más relevancia pública, en los partidos políticos, o en las carteras ministeriales. Desde el punto de vista

[63] *A Potent Spell: Mother Love and The Power of Fear* (2003).

demográfico, los efectos de una mayor incidencia de planificación familiar y la difusión de las técnicas contraceptivas producen el descenso de las tasas de fecundidad. El menor número de hijos facilita la incorporación de la mujer al mercado laboral. Por otro lado, la llegada reciente de inmigrantes musulmanes, con sus tradiciones conservadoras supone una actitud contraria que contrasta con los nuevos valores sociales. Generalmente, la primera generación de inmigrantes suelen ser grupos que no llegan a integrarse en la nueva sociedad o que mantienen sus tradiciones muy arraigadas en el núcleo familiar. Las segundas generaciones, sin embargo, se encuentran más integradas en la colectividad y asimilan con más rapidez los nuevos valores. En *El último patriarca* (2008) se narra el choque ideológico que estalla entre un padre inmigrante, musulmán y muy conservador llamado Mimoun, y la hija de éste, nacida y criada en la sociedad pluralista, secularizada, y democrática de la Cataluña actual. La conciencia de libertad que se despierta en la protagonista al convivir con las costumbres occidentales engendra su rechazo a los valores tradicionales de sus progenitores y propicia el desarrollo de una identidad propia.

La novela relata, a través de los ojos de la hija del patriarca Mimoun, la historia de la familia Driouch, desde sus orígenes en un remoto pueblo de Marruecos, hasta su llegada a Cataluña donde se produce la confrontación cultural. Hachmi establece ya en la segunda oración de la primera página el tono crítico que mantendrá su discurso ante la problemática de la desvalorización del sexo femenino en las culturas patriarcales: "Era el afortunado, Mimoun, por haber nacido después de tanta mujer" (11), y nos anticipa en este mismo capítulo la resolución final del conflicto: "Con él se acabaría para siempre la condena del patriarcado" (14). De esta forma, y postergando a un segundo plano el

desarrollo de la trama o la caracterización de los personajes, la autora expone ya en la introducción, el propósito fundamental del relato y no habremos de leer entre líneas para discernirlo. Hachmi declara explícitamente su deseo de desmantelar el orden social patriarcal lo que llevará a cabo presentando una realidad extrema y unos sucesos hiperbólicos, aunque verosímiles. Utilizando diversas estrategias narrativas como el uso del humor, la parodia, y la ironía, su relato ridiculiza las tradiciones que soportan un sistema de valores desfasado. Para corroborar la posibilidad de acceder a nuevas formas sociales nos anticipa el final feliz en las primeras páginas: "El hecho es que Mimoun marca la finalización abrupta de esta línea sucesoria. Ningún otro hijo suyo se identificará con la autoridad que lo precedía ni intentará reproducir los mismos esquemas discriminatorios y dictatoriales" (7). De este modo, la autora evidencia desde un principio que la intención crítica de su discurso adquiere supremacía sobre cualquier otro elemento formal.

El relato se centra en los problemas que la protagonista-narradora tiene con su padre, Mimoun, personaje que abusa de su poder para someter a las mujeres de su círculo social, pero también refiere su incapacidad por identificarse con una madre pasiva y sumisa, que acepta, sin cuestionamiento, los sufrimientos y las humillaciones. "Madre" carece de identidad, deseos, o intereses propios, y se caracteriza por la abnegación, el sufrimiento, y la entrega al cuidado familiar. En ningún momento se detiene a considerar sus propias necesidades, y cada episodio narrativo relata un nuevo abuso por parte de su dictatorial esposo que la considera simplemente "alguien a quien domesticar" (51). La pasividad, o tal vez resignación, con la que "madre" acepta las vejaciones, el silencio que

se le impone, el vacío emocional que sufre, la falta de afecto y de reconocimiento, y su reclusión forzada en el hogar (Mimoun le prohíbe salir sola a la calle) deslegitima un modelo maternal opresivo en favor de alternativas más satisfactorias. Las desiguales fuerzas de poder que sostienen la estructura familiar del relato plantean dos cuestiones de difícil respuesta. En primer lugar habremos de investigar qué es lo que se esconde tras esa necesidad de Mimoun de someter o controlar a las mujeres de su entorno. En segundo lugar es fundamental vislumbrar qué es lo que obliga a "madre" a aceptar y a reproducir, con su complicidad, un sistema social que la silencia, la margina, y la infantiliza.

A pesar de que "madre" cumple a la perfección con el rol que culturalmente le ha sido asignado, es silenciada por su marido y minusvalorada por todos. Su vacío interior y su falta de asertividad la convierten en un ente espectral, mudo, y solitario que deambula apenas palpable por una casa que más que un hogar es, para ella, una tumba. El personaje que, significativamente, ni siquiera tiene nombre propio, confirma lo que, según Adrienne Rich, la "institución de la maternidad" (13) le exige a la mujer: su martirio y su constante sacrificio. Sin embargo, su realidad cotidiana nada tiene que ver con lo que se pregona desde las instituciones patriarcales acerca de la vivencia maternal, a pesar de su constante entrega y de sus muchos esfuerzos. En este caso, su paciencia, su bondad, su sumisión, y su abnegación no aportan ni alegría, ni bienestar, ni satisfacción, ni gozo, sino todo lo contrario. Aunque la novela no es narrada desde el punto de vista materno sino desde el de la hija-protagonista, podemos deducir por sus observaciones que el mito de la madre perfecta, entregada por completo a las necesidades familiares, no fructifica en una familia dichosa sino en una familia disfuncional, desunida, e infeliz. "Madre"

acepta su papel sin cuestionamientos: trabaja día y noche sin ayudas, descansos, o relevos atendiendo a los hijos y realizando todas las tareas domésticas los siete días de la semana, aún cuando está enferma, triste o deprimida, y no cobra ningún sueldo por su trabajo, lo que le obliga a depender económicamente de su esposo. De todos formas, a pesar de realizar su rol concienzudamente, no despierta ni la admiración ni la identificación de su hija (ni la del lector) sino todo lo contrario. Si madre despierta alguna emoción en su hija es lástima, o incluso desprecio, por lo que ésta rechazará el modelo maternal, y no cesará de rebelarse contra lo que su madre representa.

Por su parte, el gran patriarca Mimoun es un déspota absoluto desde su más tierna infancia. Su necesidad constante de ser el centro de atención lo lleva al fratricidio de su hermano recién nacido. A medida que crece utiliza la violencia física y la agresividad verbal para imponer su voluntad, y maltrata, agrede, o insulta a cualquiera que le lleve la contraria, llegando incluso a golpearse a sí mismo para llamar la atención de su familia (sobre todo la de su madre a la que manipula constantemente). Al crecer, el patriarca centrará sus embestidas físicas contra su esposa y posteriormente, y en mayor grado, contra su hija, de la que detesta su espíritu de rebeldía y a la que nunca llegará a dominar. Además de utilizar la violencia para intimidar y someter a las mujeres de su entorno, el patriarca Mimoun se vale del código del honor y de la honra, y de interpretaciones maniqueístas de la religión musulmana, para adueñarse del trabajo de su mujer (y de su cuerpo), y para controlar todos sus movimientos (y los de su hija). El silencio de "madre" es producto del miedo a las agresiones físicas y verbales de su marido, y resultado de su chantaje emocional (entre otras cosas Mimoun acusa a "madre" de haberle sido infiel con

su hermano, de vestirse provocativamente, de mirar o hablar con otros hombres, y de salir a la calle sola). El discurso manipulador de Mimoun sostiene que su honor depende del comportamiento sexual de las mujeres de su familia (en su caso de su esposa y de su hija). Mientras que él mantiene relaciones extramaritales con múltiples amantes, "madre" debe permanecer fiel y sexualmente disponible, debe vivir recluida en el espacio casero (únicamente puede salir el sábado por la tarde y acompañada de su esposo), y carece de poder adquisitivo (al no trabajar fuera del hogar), lo que la incapacita para tomar decisiones familiares importantes, corroborando la desigualdad de la relación.

El texto evidencia que las mujeres son, desde que nacen, propiedad de un varón (de su padre durante la infancia), y éste puede entregar a su hija a otro varón a cambio de una dote o de un precio previamente acordado: "El abuelo había pedido dinero en préstamo para comprar un hermoso saco de azúcar, galletas, cacahuetes, menta, y verduras de todo tipo, y había hecho degollar unos cuantos pollos. Envió un emisario para que comunicase al abuelo segundo que iban a pedir la mano de una de sus hijas" (64). Con esta generosa oferta los dos abuelos discuten cual de las hijas es la más apropiada para "entregar" en matrimonio a Mimoun, y cuando finalmente se ponen de acuerdo cierran el trato con un estrechón de manos. En ningún momento se considera la opinión de la interesada (la novia) o de la madre de la novia (esposa del abuelo). Posteriormente Mimoun hará lo mismo con su hija, la protagonista-narradora, que deberá esperar a que sea su novio el que vaya a pedir su mano al gran patriarca, y que sea éste el que decida por ella aceptando o rechazando la cantidad ofrecida. Así pues, la mujer es, desde su nacimiento, propiedad del varón y éste puede comerciar con ella y entregársela a otro

hombre, o quedársela como sirvienta, lo fundamental, según la voz narradora, es mantenerla "del todo domesticada" (120) para que los roles de género puedan seguir siendo transmitidos de padres a hijos. Ya que las mujeres del relato son propiedad primero del padre y luego del esposo, y pasan de la casa de uno a la del otro, no pueden aprender a vivir con independencia, ni a solucionar los problemas cotidianos sin consultar con la autoridad masculina correspondiente. Con el tiempo desarrollan un sentimiento de subordinación y de inseguridad que las obliga a permanecer eternamente dependientes. Su reclusión forzosa les impide desarrollar sus capacidades o enfrentarse a situaciones adultas normales como el ir al banco, al supermercado, o al colegio de sus hijos, circunstancias en las que dependen de los demás: "ella sólo limpiaba y limpiaba y no sabía cómo ir al médico sin padre, cómo habría de comparar sin padre, cómo había de vivir sin padre" (192). Esta dependencia física y emocional es producto de su baja autoestima, y de haber internalizado plenamente las leyes patriarcales que culpabilizan a la mujer de cualquier problema familiar, mientras que le otorgan todos los derechos jurídicos al varón. En la novela, la labor de "madre" es concebir y cuidar a unos hijos que Mimoun deja bien claro que le pertenecen a él. A pesar de que la maternidad es la única función que se le permite a "madre" se le niega cualquier autoridad o derecho al respecto, lo que acrecienta aún más sus sentimientos de inferioridad, impotencia e indecisión.

Sin embargo, el relato demuestra que las principales defensoras de los valores sociales son las propias mujeres. Desde un principio Hachmi denuncia la complicidad y la culpabilidad de los personajes femeninos (sobre todo de las madres pero también de las

hermanas), que por temor, por falta de modelos identitarios, o por haber internalizado inconscientemente los valores, son las principales responsables de mantener vivas las tradiciones y de transmitirlas de generación en generación. Los hombres participan a su modo, sobre todo transmitiendo la violencia cíclicamente de padres a hijos, pero la perpetuación del sistema recae en manos femeninas. Desde el primer capítulo queda claro que es el abuelo, el padre de Mimoun, el único personaje que se atreve a contradecir y a recriminar el comportamiento de su hijo cada vez que éste actúa despóticamente, mientras que la abuela no sólo soporta en silencio sus abusos e insultos, sino que los justifica utilizando argumentos insostenibles. Para ella el comportamiento violento de su hijo, el pequeño Mimoun, se debe a infinidad de motivos: a la bofetada que le da su abuelo siendo aún pequeño, a los *djins* o espíritus que lo poseen, a los "sustos" que lleva dentro, o a que está sencillamente "enfermo", pero nunca lo hace responsable de su conducta errónea o le recrimina su carácter explosivo. De forma similar, las hermanas lo sobreprotegen y lo amparan obstinadamente sin dejarle ver las dolorosas consecuencias de sus actos. A pesar del carácter despótico y autoritario de Mimoun, las mujeres de su entorno lo malcrían constantemente con besos y caricias injustificadas, y atienden cada uno de sus caprichos situándolo en el centro del universo familiar. La propia narradora denuncia explícitamente la responsabilidad de las mujeres como precursoras del sistema: "Así era como Mimoun conseguía siempre que las mujeres de su vida le fuesen convirtiendo en patriarca" (103).

La protagonista-narradora trata de complacer a su madre en todo momento ya que desea su aprobación, su respeto, y su cariño, pero en ocasiones, no puede evitar cierto

resentimiento ante la actitud de su progenitora. Por un lado, no entiende su dependencia porque le resulta incomprensible que una persona se relacione con otra que la agrede, la maltrata, y la humilla sistemáticamente. Por otro lado, no entiende que sea su madre, precisamente, la que le impone los valores y tradiciones, y la que le increpa a comportarse "femeninamente". Recordemos que es ella la que controla todos sus movimientos, la que le prohíbe salir con chicos, y la que insiste, constantemente, en que aprenda a fregar y a limpiar la casa para ser "una buena esposa y una buena mujer" (260). Sin embargo, esto se debe a que "madre" es consciente de que, tanto ella como su hija, van a ser inculpadas y socialmente condenadas si la hija no acepta los parámetros preestablecidos, y se comporta con la misma libertad de movimientos que, por ejemplo, sus hermanos varones. "Madre" sabe que, en la medida en que su hija se atenga y se someta a las normas patriarcales, se valorará su labor maternal y se exaltará su triunfo. Aunque, a los ojos de su hija, "madre" mantiene una actitud de complicidad inexplicable con el sistema social la realidad es que, por su baja autoestima, por la poca valoración social que como madre recibe, por su escasa educación, y por temor a ser culpabilizada no halla alternativa posible, y sucumbe a los parámetros opresivos. Por eso la protagonista, consciente de esta realidad, logra superar el resentimiento inicial y decide solidarizarse con su madre y, en su nombre, vengarse del padre.

En cuanto a la presión social, es relevante recordar que la narración de Hachmi menciona una serie de "normas no escritas" (290) que sirven para regular a la mujer en su función de madre y de esposa, que se transmiten de generación en generación, y que, a menudo, se relacionan con preceptos religiosos y con un determinismo inalterable.

Ninguno de los personajes se plantea, en ningún momento, su capacidad por alterar esas normas o leyes "no escritas" impuestas por un Dios todopoderoso. "Madre", por ejemplo, acepta, con resignación, su situación opresiva, y Mimoun sostiene, desde su nacimiento, que su destino es ser un gran patriarca porque Dios lo ha dispuesto así. Estas leyes "no escritas" exigen el control del cuerpo de la mujer. La amenaza de la sexualidad femenina es uno de los elementos fundamentales sobre los que se construye la visión crítica de Hachmi. Las costumbres sociales imponen la segregación de los sexos para evitar las tentaciones (tienen zonas reservadas para hombres y para mujeres) y se relacionan, en gran medida, con enseñanzas religiosas que no siempre pueden atribuirse a inspiración divina. Para mantener la virtud, la mujer debe reprimir su sexualidad. A la protagonista, por ejemplo, se le prohíbe dormir boca abajo para evitar la excitación sexual "porque eso es de putas" (290). Esta necesidad de controlar la sexualidad femenina responde al temor de Mimoun de no ser el verdadero padre de sus hijos, por lo que para asegurarse demanda a "madre" constantes evidencias y la acusa de haberle sido infiel con su hermano. A pesar de que "madre" ha sido siempre fiel, y dada su falta de asertividad, no es capaz de defenderse y sucumbe ante las acusaciones falsas lo que no sucede en el caso de la hija que es siempre consciente de la condición de artificio de un sistema de valores obsesionado por controlar su cuerpo y su sexualidad: "No podía entrar en ningún local y tomar algo, pues una norma no escrita se ve que decía que eso era de putas. Yo empezaba a estar harta, de la palabra, y de que todas las mujeres del mundo fuésemos lo mismo" (290). Por este motivo cuando siendo aún soltera quiebra las reglas y pierde la virginidad, aunque afirma no sentir "ningún efecto espectacular" (308) es consciente de que con su

acto transgresor “empezaba a tejer el camino hacia la derrota del patriarcado” (308). La protagonista discierne que el adquirir el control de su cuerpo es el primer paso para romper los patrones de dominación y poder lograr, en un futuro, la libertad. Al final del relato, la protagonista utilizará precisamente su sexualidad para rebelarse contra el sistema, y para establecer su venganza seduciendo al hermano de su padre.

A pesar de la presión social por reprimir los deseos, la fuerza de los instintos, está latente en el trasfondo e irrumpe intermitentemente con relaciones a veces incestuosa y siempre clandestina. En el relato, los hombres mayores sodomizan a los más jóvenes (el hermano de la abuela viola a Mimoun en una boda cuando es un niño), los primos y primas mantienen relaciones sexuales en las fiestas familiares (aunque no siempre llegan a consumarlas plenamente), e incluso la narradora participa en juegos sexuales con sus amigas (Marta, Laia y ella se masturban mutuamente antes de merendar pan con Nocilla). El patriarca Mimoun llega incluso a excitarse cuando ve a su hija con pantalones apretados, e inculpa a todas las mujeres que lo provocan en lugar de responsabilizarse de sus actos y de recriminarse su falta de autocontrol: “Por eso era una puta, por provocar su deseo y que él no pudiera evitarlo” (288). Además, el relato evidencia la importancia que se le otorga a la virginidad femenina. Al desvirgar a una mujer, el varón deja su marca que testifica que ha poseído ese cuerpo. La trascendencia otorgada a la virginidad de la mujer genera una verdadera obsesión por la sodomía entre los varones musulmanes. Ya que una recién casada debe demostrar su virginidad dejando una mancha de sangre en la tela de la sábana tras la noche de bodas, la sodomía se convierte en un hábito rutinario entre las parejas. Fatma, la joven más liberada del pueblo, goza de la protección de su

madre para poder hacer escapadas a la parte trasera de la casa con la condición de "no dejarse hacer nada por delante" (37). El propio Mimoun, obsesionado por sodomizar al mayor número de mujeres cristianas, trata de convencer a sus amantes alegando que es un precepto religioso: "es una costumbre musulmana, piensa que todas las generaciones de mi familia lo han hecho y es lo primero que aprenden del sexo las mujeres. Lo dice nuestra religión, que lo tenemos que hacer, es tan sagrado como el Corán o como rezar cinco veces al día" (94). Este interés desmedido por la sodomía, al igual que las muchas manifestaciones sexuales irreprimibles surgen, precisamente, como consecuencia de la represión sexual, de la segregación de sexos, y de la obsesión por la virginidad femenina. Es decir, las actitudes represivas que pretenden controlar la fuerza de los instintos, generan, en realidad, mayor deseo. Por eso Mimoun, consciente de la represión que sufre la comunidad musulmana, "esconde a su mujer de todas las miradas que no fueran cristianas" porque sabe que "uno de aquí [cristiano] no te mirará nunca con esos ojos" (247).

El desequilibrio del sistema produce un doble estándar que, por un lado, acusa de indecente a la mujer que adopta actitudes más liberadoras, y por otro, al varón que hace lo mismo y se adapta a los valores occidentales se le considera original y moderno. La consecuencia de este doble estándar es que muchas mujeres (como "madre") se aferren a los valores tradicionales y rechacen cualquier actitud que las pueda relacionar con las costumbres "modernas" de la sociedad catalana. En diversas ocasiones, las vecinas de madre, conscientes del abandono y de los abusos que sufre a manos de Mimoun, y ya que éste se ha ido a vivir con una de sus amantes, le aconsejan que lo denuncie a la justicia.

Sin embargo, “madre“, con la inseguridad que la caracteriza se niega a denunciarlo y rechaza el auxilio de los servicios sociales. “Madre“, por ser, al igual que la abuela, de otra generación continúa aferrada al sistema social desfasado mientras que otras mujeres del relato, sobre todo las más jóvenes, adoptan actitudes diferentes. La vecina Soumisha, por ejemplo, puede salir y entrar del hogar cuando quiere, puede ir a comprar al mercado sin su esposo, puede visitar a otras mujeres, y puede viajar sola a su país. También puede trabajar algunas horas cada día ya que le queda tiempo libre porque “no se mataba demasiado” (217) haciendo las tareas del hogar, quizá por eso, la protagonista, nos dice de ella: “Soumisha era diferente, pero no más lista que madre, quizá más feliz” (217).

Sin embargo, Nayereh Tohidi y Jane H. Bayes sostienen que la religión islámica considera a la mujer el símbolo de la comunidad y del honor familiar, es decir, bastante más que una simple posesión del esposo. El problema estriba en que, aunque el Corán reconoce la capacidad moral y racional de la mujer, la define según sus funciones reproductoras, desaconseja su participación en el ámbito público o político y, si necesita trabajar fuera del hogar, su trabajo debe considerarse secundario a su actividad maternal. Ya que tiene sus propias cualidades, la mujer es complementaria al varón, pero no igual, y no se le permite ser representante del poder religioso (como ayatolá) o interpretar los textos Sagrados, tarea reservada a élites intelectuales masculinas (18). Erika Friedl afirma que los textos religiosos emanan, en teoría, de la inspiración divina por lo que su mensaje es inalterable, sin embargo, en la práctica, los textos deben ser traducidos, interpretados, y explicados a unos fieles que suelen ser analfabetos. La interpretación es siempre un proceso político ya que está sujeta a la selección de un párrafo o significado sobre otros,

y a los intereses particulares de los que controlan y diseminan la información (146). Ya que el Islam se desarrolla en culturas patriarcales y sólo los hombres pueden interpretar los textos, varios pasajes del Corán se utilizan para demostrar la presunta inferioridad de la mujer, y exigir su sumisión. Por ejemplo, ante una herencia, una mujer debe heredar la mitad de lo que herede un varón, en un juicio el testimonio masculino vale el doble que el femenino, el hombre puede mantener hasta cuatro esposas (siempre que trate a todas por igual) mientras que la mujer sólo puede tener un esposo, y los hijos del matrimonio le pertenecen, jurídicamente y en caso de divorcio, al esposo, a pesar de ser la madre la que realiza todas las actividades de crianza por lo que muchas mujeres soportan matrimonios desgraciados para no separarse de sus hijos. Es decir, la tradición islámica mantiene dos discursos que funcionan por separado. Por un lado, el discurso oficial sostiene la dignidad de la mujer, pero por otro, la subordina a la autoridad del esposo, la valora sólo por su capacidad reproductora, le impone costumbres opresivas como el uso del velo obligatorio o burka, la poligamia, o la ablación del clítoris, y en los contextos más conservadores le niega el derecho a la educación, a conducir, o a elegir consorte.

Esta tendencia a distorsionar las enseñanzas religiosas se evidencian en el texto cuando Mimoun utiliza el Corán para defender sus intereses y satisfacer sus deseos, a menudo de carácter sexual, a pesar de no estar, en absoluto, interesado por llevar una vida espiritual. Para sodomizar a sus amantes, por ejemplo, proclama que es un derecho sagrado, en cambio, cuando su hija decide cubrirse la cabeza con un pañuelo blanco en señal de modestia, se lo prohíbe y llega incluso a golpearla brutalmente para arrebatárselo. Mimoun ridiculiza el interés de su hija por expresar valores religiosos

(simbolizados por el pañuelo blanco), pues lo único que en realidad le interesa es imponer su voluntad. Además, achaca la libertad de la sociedad catalana, a la falta de valores porque para él, el honor femenino se relaciona con la sumisión, la obediencia, y el silencio, es decir, responde a intereses patriarcales más que espitituales.

A pesar de todo, si la religión tiene un efecto en la cultura, también la cultura tiene su efecto en el la religión. La hija de Mimoun, a pesar de continuar siendo musulmana, adquiere, al crecer en Cataluña, unos derechos civiles y unas libertades políticas que, por ser mujer, nunca tendría en su país de origen. Su participación en la sociedad democrática catalana, junto con la influencia de los medios de comunicación y literarios, moldean su experiencia y le permiten adoptar unos valores diferentes a los de sus padres, sobre todo, en lo referente a los roles de género. Para liberarse de las tradiciones opresivas, la protagonista decide quebrantar esas "normas no escritas" (290) que se imponen social y culturalmente, y hacer lo opuesto de lo que, por su condición femenina, se espera de ella. En primer lugar, pierde la virginidad antes de casarse. En segundo lugar, una vez casada y ya que está descontenta, se divorcia de su esposo y se niega a regresar a la residencia paterna para poder tomar, de una vez por todas, sus propias decisiones. El día en que decide abandonar a su esposo, decide también separarse de sus padres, y opta por vivir sola en un apartamento para sentirse, finalmente, libre: "Y yo que a partir de entonces me sentaría como quisiera, cocinaría sólo si me apetecía, limpiaría sólo si me daba la gana, trabajaría lo que quisiera y estudiaría lo que quisiera. Sólo eso. Aquel día no hice nada más, pero eso era la libertad. Decidir, decidir, y decidir" (330). Al rechazar la tradición de ir de casa del padre a la del esposo y viceversa, la

protagonista rompe los patrones de dependencia y adquiere la independencia necesaria para establecer una identidad propia.

Para ilustrar el deseo de la narradora de liberarse del orden social patriarcal, se introducen numerosas alusiones intertextuales que irrumpen el relato con comentarios auto-reflexivos. En su afán de dialogar con otros textos Hachmi introduce en su ficción las voces de las protagonistas de dos obras canónicas de la literatura catalana: la de Mila, de Víctor Catalá, y la de Colometa, de Mercé Rodoreda. Estas narrativas presentan unos personajes femeninos que por su soledad, por su vulnerabilidad, y por su falta de identidad expresan una visión muy negativa de la experiencia matrimonial o de la maternal. Sus textos relatan, en primera persona y con gran subjetividad, la sensación de frustración y de alienación de las protagonistas, así como el proceso de maduración y de liberación que experimentan. Para lograrlo, deberán despojarse de la pasividad y de la docilidad inicial y desarrollar el dinamismo necesario para controlar sus respectivas situaciones. Es decir, se trata de autobiografías muy similares ya que están basadas en las metamorfosis, dolorosas pero efectivas, de sus protagonistas. En el caso de Colometa la transformación queda simbolizada con el cambio de nombre: de "Natalia" (que es su nombre original) pasa a ser "Colometa" (nombre que le impone el marido), para terminar siendo la "Señora Natalia" (nombre que adquiere al abandonar al esposo y cambiar de identidad). En el caso de Mila el desarrollo identitario se simboliza por dos momentos cumbres: en el primer capítulo, el de la ascensión a la montaña, marcado por la soledad y el miedo, y en el último capítulo, el del descenso, tras haber vencido el determinismo, haber superado la frustración emocional y sexual, y haber logrado la autoafirmación.

En *El último patriarca* se incorporan las voces de Mila y de Colometa para enriquecer el texto y para establecer una secuencia discursiva. Hachmi establece un paralelismo entre "madre" y Mila: "Hasta que padre dijo a Mila sin Ánima, vamos, y la cogió por el brazo" (183), y entre "madre" y Colometa: "A veces madre parecía Colometa en vez de Mila" (203), y utiliza la semejanza epistemológica de los discursos para constatar la maduración del personaje materno: "No podía creerme lo que oía, pero era madre quien hablaba, era Mila quien se había hartado de limpiar capillas y reliquias, era la Colometa que huía de todo para encontrarse" (226-227). Es decir, "madre", Mila, y Colometa, se convierten en el texto de Hachmi en un mismo personaje con tres nombres diferentes. En los párrafos finales la narradora afirma la intención de que su relato resuelva el conflicto aludido originalmente por Mila y por Colometa, "Yo no era Mercé Rodoreda pero debía acabar con el orden [patriarcal] que hacía tanto tiempo que me perseguía… No soy la Rodoreda, me decía a mí misma, pero mi misión va más allá de todo esto" (336). Estas tres heroínas se decantarán por un matrimonio o por una maternidad precipitada, desigual, u opresiva, lo que les causará, en principio, dolor, pero posteriormente, aprendizaje y crecimiento interior. Es decir, es la experiencia matrimonial o maternal negativa lo que genera la metamorfosis final. El mensaje central de los tres textos es el mismo: cualquier mujer, al margen de su clase social, de sus capacidades, o de sus circunstancias puede aprender, madurar, superarse y finalmente, triunfar (en el caso de Hachmi la victoria definitiva lo adquiere la hija).

Para adquirir, finalmente, el triunfo la heroína de *El último patriarca* se propone desmantelar esas "normas no escritas" (290) que se relacionan, en mayor o menor grado,

con el control del cuerpo y de los actos de la mujer. Por eso, cuando su tío paterno viene a visitarla a su piso de soltera, decide seducirlo, por ser él, precisamente, el mismo individuo que Mimoun había utilizado para injuriar a "madre", inventando un falso romance entre ellos. El placer que siente al dejarse sodomizar por su tío, sabiendo que la escena está siendo grabada por el videoportero que su padre está viendo, casualmente, desde abajo, le otorgan a la protagonista un triunfo explicito, provocador, y vengativo. Si en un principio era Mimoun el que violaba brutalmente a sus amantes y el que subyugaba a "madre" con sus múltiples injurias y acusaciones, al final del relato es la hija la que, en un acto transgresor, usurpa el poder patriarcal, y adquiere el dominio y el protagonismo. Por eso, el placer que siente no es meramente fisiológico sino psíquico, pues corrobora la inversión de poderes y, sobre todo, la impotencia de Mimoun: "Fue allí mismo, en aquel mismo instante, cuando llamaron al timbre y en el videoportero apareció la cara de padre. Un padre que ya no volvería a ser patriarca, no conmigo, porque lo que había visto no podría contarlo, que ni él hubiera imaginado nunca una traición tan honda, y aún menos viniendo de una hija tan amada" (337). La llegada inesperada del padre, y el hecho de que presencie el encuentro sexual fortuito sin poder intervenir o detenerlo, confirman su pérdida de autoridad. Si bien ha sido capaz de dominar y de subyugar a las mujeres de su entorno durante largo tiempo, no va a poder seguir haciéndolo con las nuevas generaciones, lo que ratifica, definitivamente, el fin del orden social que representa.

En conclusión, el texto de Hachmi responde dos cuestiones planteadas con anterioridad. Por un lado, demuestra que lo que obliga a Mimoun a recluir forzosamente a "madre" en el ámbito doméstico y a vigilar todos sus movimientos es el temor oculto de

no ser, en realidad, el verdadero padre de sus hijos. Su conducta manipuladora, disfrazada de paternalismo, parte de la imposibilidad de asegurarse el control de su herencia genética y genealógica. Este temor oculto explicaría el motivo por el cual los discursos patriarcales insisten en regular o en reprimir la sexualidad femenina durante siglos, o en imponerle, a la mujer, la virginidad. Ya que la procreación es la única dimensión que Mimoun no puede controlar, se ve obligado a utilizar todo tipo de estrategias e incluso la violencia para resguardar la continuidad de sus caracteres hereditarios. Por otro lado, el relato evidencia que si "madre" acepta y reproduce, con su complicidad, un sistema social que la silencia, la marginaliza, y la infantiliza es por su baja autoestima, por su inseguridad, y por su desconocimiento de otras formas de vida. Ya que, al igual que las demás mujeres del pueblo marroquí, ha pasado de las manos de su padre a las de su esposo sin haber aprendido a funcionar por sí misma en situaciones de la vida cotidiana, se ve obligada a permanecer en una relación desigual para poder sobrevivir. Su escasa funcionalidad social, su ignorancia en las cuestiones financieras, y su pavor a sentirse desprotegida la inducen a mantener la dependencia y a identificarse con la figura de la que depende, a pesar de los malos tratos. De esta forma se mantienen ambos emocionalmente conectados a través de una serie de relaciones de dominio y de sumisión que no enriquecen a nadie.

CAPITULO III

Conflicto emocionales e identitarios entre madre-hija en *Todo un carácter* (2001) de Imma Monsó[64]

En este capítulo nos proponemos analizar la importancia de la figura de la madre en el desarrollo de la subjetividad y de la identidad de la hija. El desarrollo de los procesos psicológicos del sujeto se ha estudiado desde diversos ámbitos, pero siempre considerando las distintas etapas de desarrollo desde la perspectiva del niño y de lo que se requiere para que éste llegue a ser un adulto normal. Casi toda la literatura dedicada al tema de la individuación del sujeto otorga el protagonismo al hijo quien debe establecer su emancipación con respecto a una madre que él no ha elegido. La experiencia de la madre casi nunca ha quedado registrada lo que nos ha proporcionado una versión de los hechos unidimensional. Aunque en la literatura catalana contemporánea varias escritoras se han propuesto recuperar la perspectiva de la madre, sigue siendo mucho más común que las autoras se expresen como hijas que como madres.

Marianne Hirsch (1989) tras analizar las representaciones literarias de la figura materna y de las relaciones materno-filiales, concluye que en numerosos textos, incluso en los de autoría femenina, el personaje materno permanece en los márgenes de la narración debido, en parte, a la centralidad que se le ha dado a la narración de Edipo

[64] Imma Monsó (Lérida, 1959) recibe el premio Ribera d'Ebre en 1996 por el libro de relatos *Si és no és*; en 1997 el premio Tigre Juan por la novela *Nunca se sabe*; en 1998 el premio Prudenci Bertrana y el Caball Verd por la novela *Com unes vacances*; en 2003 el premio Com Radio y el premio Ciutat de Barcelona por *Millor que no m'ho expliquis;* en 2007 el premio M. Angels Anglada, el premio Salambó, y el premio Internacional Terenci Moix por la novela *Un home de paraula*. Sus obras han sido traducidas a diversas lenguas además del castellano. La autora escribe para diversos medios de comunicación.

sobre la perspectiva de Yocasta[65]. Como hemos visto en el texto de Hachmi del capítulo anterior, la hija rechaza los valores que la madre, como portadora del orden social, representa, o la inculpa de su situación de inferioridad bajo el sistema patriarcal, lo que privilegia el desarrollo de la perspectiva de la hija como protagonista del relato. En la novela *Todo un carácter* (2001) de Imma Monsó veremos que, aún cuando la experiencia maternal se coloca en el centro de la narración, ésta sigue estando descrita desde la óptica de la hija.

En su tercera novela, *Todo un carácter,* Imma Monsó nos introduce en un universo literario poblado casi exclusivamente por personajes femeninos, y nos presenta una concepción, en apariencia, "novedosa" de la maternidad, aunque no por eso exenta de conflictos. El texto se ubica en el espacio de la Cataluña actual, y describe con gran subjetividad, introspección, y sentido del humor, la personalidad arrolladora de una madre emancipada y económicamente autosuficiente desde la perspectiva, a ratos deslumbrada, a ratos intimidada, de su hija. La voz narrativa de la hija analiza la compleja relación psicológica que existe entre ella y su madre con el propósito de descubrir y establecer su propia identidad. Diversos estudios psicoanalistas demuestran que el nacimiento de una conciencia independiente es siempre más complejo para una hija que para un hijo ya que, al ser las mujeres las que tradicionalmente se han encargado del cuidado de los hijos, se les ha dificultado a las niñas el proceso de desconexión emocional de la madre necesario para lograr la individualización. Este proceso es aún más dificultoso para nuestra protagonista debido al vacío emocional que representa la

[65] En la mitología griega, Yocasta, esposa de Laio y madre de Edipo se casa, sin saberlo, con su hijo al quedarse viuda y tiene con él cuatro hijos: Antígona, Eteocles, Polinices e Ismene.

figura del padre, el cual abandona a la familia para emigrar a América, y a la ausencia total de caracteres masculinos con los que poder identificarse, lo que exagerará todavía más los vínculos afectivos y la dependencia emocional de la figura materna. Aunque el modelo familiar monoparental del relato aparenta ser, en principio, una forma liberadora y autónoma de vivir la experiencia, los conflictos emocionales e identitarios que surgen entre la madre y la hija, sugieren un análisis profundo del tema.

El psicoanálisis freudiano sostiene que durante la etapa edípica, la niña pequeña debe rechazar la identificación libidinosa con su madre en favor del padre, separarse emocionalmente de ella, y lograr, así, la heterosexualidad. Esto sucede en el momento en que descubre que, al igual que su madre, carece de falo. Surgen entonces los sentimientos hostiles hacia ésta, por no haberla dotada de falo, y para compensar la carencia sustituye al falo por un hijo del padre al que ahora tomará como objeto de deseo. El resultado final es que la niña establece su heterosexualidad y acepta la función que como mujer le corresponde: la maternidad. Dorothy Dinnerstein (1976) y Jessica Benjamin (1988) afirman que el hijo, al ser de un sexo diferente de la madre, mantiene una identidad separada, mientras que la hija, al ser del mismo sexo, se mantiene en una relación de continuidad que le dificulta la separación emocional, lo que genera un desequilibrio entre los sexos, y engendra la matrofobia de la hija. Adrienne Rich (1976) comparte esta visión y menciona el terror de la hija a convertirse en su propia madre y no en una identidad individual. Janine Chasseguet-Smirgel (1976) apuntala que la identificación de la niña (y la del niño) con la masculinidad del padre surge como consecuencia de la necesidad que tiene de liberarse del control, de la omnipotencia, y de la dependencia de la madre. Es

decir, la identificación con la masculinidad del padre simboliza la independencia y la libertad, que es lo que, en realidad, desea la niña. Luce Irigaray[66] (1981) señala que, ya que la madre representa regresión y dependencia, la hija debe rechazarla pero el proceso es tan confuso y doloroso que ambas permanecen mentalmente encadenadas sin llegar a separarse o a definirse. Madre e hija permanecen así, en un estado de parálisis psicológica que les impide actuar, y es la madre la que tiene que hacerse visible como sujeto con identidad propia, y permitir que la hija reconozca a la mujer que hay más allá de la labor que como madre realiza.

Es decir, los psicoanalistas concuerdan en que el desarrollo identitario de la hija es siempre arduo y complicado, pero se facilita si la madre mantiene una identidad sólida y consistente al margen de su labor maternal. Nancy Chodorow apunta que un recién nacido es absolutamente dependiente del cuidado materno (ya que suele ser la madre la que lo cuida) por lo que, en un principio, no se percibe como una entidad independiente. En los primeros meses de vida, el bebé empieza a percibir la separación entre él y su madre porque sus necesidades no pueden ser siempre saciadas de inmediato, lo que genera en el hijo frustración y ansiedad. Es precisamente esa ansiedad lo que posibilita el desarrollo gradual del ego y de la conciencia de ser una entidad separada. Al final del primer año de vida el niño ha desarrollado un sentido de identidad individual (Chodorow menciona que esto sucede aunque el cuidado del niño sea realizado por una o varias personas distintas de la madre biológica). Ya que la unidad simbiótica del hijo con la

[66] Irigaray revisa la complejidad de la relación madre-hija bajo el patriarcado en: "And The One Doesn't Stir without the Other" y concluye que, ya que la Ley del Padre marginaliza a la madre es necesario establecer una genealogía materna para que la hija pueda reconocerse en relación a ésta en lugar de rechazarla.

madre (en la que todas sus necesidades son inmediatamente gratificadas) no puede ser eternamente posible, éste empieza a desear apartarse de esa madre omnipotente, e independizarse. Sin embargo, el período pre-edípico de conexión y de dependencia de la madre es mucho más corto para los niños que para las niñas porque la madre al ser del mismo sexo no reconoce a la hija como una entidad totalmente diferente (en cambio el hijo es siempre percibido como opuesto al ser del sexo contrario), y como consecuencia, a la hija le cuesta mucho más reconocerse a sí misma como una entidad separada de la madre (92-97).

Acorde a Chodorow, la ambivalencia que siente la hija ante la omnipresencia de la madre la empuja a acercarse a la figura paterna. En la fase edípica la hija alterna entre la identificación paterna y la materna, lo que se reitera cuando llega la adolescencia. Para superar la crisis edípica la adolescente emplea diversas estrategias como, por ejemplo, criticar a menudo a su madre, idealizar a la madre de una de sus amigas o a una maestra, o intentar parecerse lo menos posible a la madre, pero aún cuando ha resuelto el complejo de Edipo en favor del padre (y de los hombres en general) mantiene una conexión triangular con ambos progenitores, pues no logra superar su relación pre-edípica con la madre, lo que le dificulta desarrollar una identidad separada. Es decir, a la hija, al ser del mismo sexo que su madre, se le alarga la relación de continuidad de la etapa pre-edípica, lo que no sucede en el caso del hijo, el cual adquiere rápidamente la autonomía (71-73). Además, las niñas que crecen en ambientes familiares en los que no pueden establecer una relación íntima con otras mujeres distintas de la madre, o que no cuentan con una figura paterna con la que poder identificarse, tienen más dificultades a la hora de

establecer su identidad. Por ello, Chodorow propone una reorganización del sistema de forma que el cuidado de los hijos y del hogar sean responsabilidades compartidas equitativamente por todos (211-219).

Las reflexiones de Chodorow nos sirven para considerar, desde la perspectiva de la hija, la problemática de la relación madre-hija en *Todo un carácter.* El hijo argumental describe la intensa pero ambigua relación que hay entre la protagonista, joven sensible, insegura y vulnerable, y su omnipotente y enérgica madre. Desde un principio la narradora deja bien claro que su progenitora no es una madre común y corriente, sino que se trata de un ser excepcional e insólito, de índole casi sobrenatural, lo que evidencia, sin duda, su admiración. En los párrafos iniciales, la hija nos presenta a una madre de "una franqueza y una sinceridad siempre persuasivas" (7), que "desprecia el acto de fingir" (7), mantiene "opiniones siempre vehementes" (7), y es, desde muy joven, emocionalmente independiente y económicamente autosuficiente: "Julia Ares tuvo arrestos para ponerle a su marido, que era un cantamañanas, las maletas en la puerta, y luego se las arregló sola, con una cría de meses y otra de seis años" (9). Las vejaciones y carencias de la posguerra y una vida llena de contrariedades y de obstáculos la convierten en una mujer segura de sí misma, que es además y según su hija, generosa, solidaria, dinámica, activa, talentosa y creativa. A su vez, es altamente eficiente (mantiene su casa impoluta), luce siempre estupendamente: "nuestra madre, además de conservar la belleza sensual y rotunda de siempre, daba la impresión de rejuvenecer en lugar de envejecer… su cuerpo era todo voluptuosidad italiana, todo labios carnosos, ojos radiantes y formas curvilíneas" (45), y su radiante personalidad desprende una "indiscutible simpatía" (72), un "encanto

ingenioso" (63), y un envidiable sentido del humor: "cualquier historia mejoraba mucho si la explicaba ella de viva voz. Con su tono expeditivo, espontáneo, chispeante, a menudo brutal, conseguía espléndidas narraciones orales" (66).

Esta personalidad arrolladora, fuerte, y segura de la figura materna provoca en la hija una sucesión de sentimientos contradictorios y confusos que oscilan entre la admiración y el aborrecimiento, la idolatría y el resentimiento, la complicidad y la enemistad, y entre el amor y el odio, pero no genera jamás indiferencia. Poco a poco se evidencia que, para salvaguardar la relación, es la madre la que debe distanciarse y facilitar las experiencias necesarias que le permitan a la hija desmantelar los vínculos, restringir la dependencia, y delimitar dónde acaba una y dónde empieza la otra. A su vez, la hija deberá reprimir la súper-identificación que siente con su madre, interiorizar su fortaleza, reproducir su solidez de carácter, y lograr finalmente la emancipación.

No podemos pasar por alto la problemática de la ausencia absoluta de personajes masculinos con los que la hija podría identificarse, y sobre todo, de referente paterno. El relato evidencia la forma en que la madre fomenta el distanciamiento del padre, lo que es particularmente dañino dada la profunda identificación y dependencia materno-filial. Desde su nacimiento ni ella ni su hermana tienen acceso o relación alguna con el padre, ni siquiera por correo o por teléfono, ya que la madre insiste en que "sólo la necesitábamos a ella y punto" (167). La vaga imagen mental que las hermanas se forman de su progenitor se forma con las explicaciones remotas de una madre hostil que se queja de "haber tenido el disgusto de haberse visto obligada a ponerle las maletas en la puerta por ser un cantamañanas" (168) y que "a menudo manifestaba una clara aversión ante la

idea de que él pudiera volver a dar señales de vida" (169). Si bien la madre podría haber concluido su relación de pareja dejando que las hijas decidieran si mantener o no el vínculo emocional con el padre, les impone una separación forzosa. El referente paterno se convierte, pues, en un tema tabú para las hermanas que, dada la imposibilidad de formarse una idea concisa y viable del mismo, interiorizan una visión paterna indefinida e irresoluta que nunca, ni siquiera en su madurez, llegan a resolver.

Aunque la madre suaviza la hostilidad que reiteradamente había expresado hacia su antigua pareja, al descubrir que está a punto de fallecer en un hospital de Barcelona (en lugar de haber emigrado a América), mantiene el distanciamiento entre padre e hijas, sin considerar otras alternativas: "Es un fresco, pero tenéis derecho a saber que está enfermo y quizá deberíais ir a visitarle, aunque si estuviera en vuestro lugar me lo pensaría dos veces" (166). Ante este discurso negativo las hijas eligen no entrar en contacto con un progenitor al que ni conocen ni recuerdan, lo que es pernicioso por dos motivos. En primer lugar, porque alarga la dependencia excesiva de la figura materna, y en segundo lugar, le obstaculiza a la protagonista la posibilidad de desarrollar vínculos, no necesariamente sexuales, pero por lo menos fraternales, con otros hombres. A lo largo del texto y a pesar de que la narradora cuenta con veintinueve años no menciona jamás una amistad, una complicidad, o una alianza, en el pasado o en la actualidad, con un hombre, en parte porque vive obsesionada por la problemática relación que tiene con su madre, pero también porque es incapaz de identificarse o de confraternizar con ellos. El desapego que, como adulta, siente hacia cualquier hombre, es equivalente al desapego y vacío que ha caracterizado, a lo largo de su vida, la relación paterna. En el caso de Gloria

la hermana mayor, el hecho de que se case con un ciudadano americano y se vaya a vivir a América, precisamente el mismo continente en el que se supone que, tras emigrar, vive su padre, simboliza un intento de acercamiento aunque sea a nivel inconsciente por la figura paterna.

Dos acontecimientos significativos provocarán la rebeldía de la protagonista y abrirán el camino hacia la autoafirmación. En primer lugar, la llegada de Gloria, la hija mayor, que vive con su propia familia en el extranjero y regresa a Barcelona a pasar las Navidades, suscitará una serie de confrontaciones familiares, en principio desagradables, pero finalmente liberadoras. En segundo lugar, la depresión que sufre la narradora al descubrir que los valores de su madre se han reproducido involuntariamente en ella, facilita el distanciamiento emocional y producirá, a la larga, la toma de conciencia de una identidad propia. La tristeza depresiva de la hija y el sentido del humor con el que, irónicamente, responde la madre funcionan como catalizadores que quebrantan definitivamente las diferencias que las separan, y generan un cambio de actitud. En el momento en que las necesidades económicas decrecen, y motivada por la depresión y el rechazo de su hija, la madre renueva su olvidado interés por la pintura y pasa largas horas en su estudio dedicada a la creación artística. Al re-descubrir esta actividad largamente olvidada, le otorga a la hija un nuevo espacio y el tiempo que necesita para recuperarse y madurar. La distancia espacial y emocional que ahora las separa facilita la transformación de la hija. Desde esta nueva perspectiva, ésta asimila que su necesidad de autoafirmación no resulta incompatible con el amor hacia su madre, y se estabiliza un nuevo tipo de relación.

El texto ilustra las reflexiones teóricas de Chodorow porque la protagonista ha sido criada a solas por una madre con la que ha establecido fuertes vínculos emocionales. Durante la etapa edípica, al carecer la hija de una figura paterna con la que poder identificarse para liberarse del control y de la omnipotencia de la madre (el padre abandona a la familia después del nacimiento de la protagonista), no logra establecer la separación y continúa la dependencia emocional, lo que genera sentimientos conflictivos. Esta crisis psicológica no llega nunca a resolverse por lo que la protagonista arrastra el conflicto internamente hasta llegar a la madurez. Es altamente significativo que tenga ya veintinueve años, que lleve cinco licenciada, y que continúe viviendo con su madre a pesar de tener los medios económicos y la edad suficiente para independizarse. La admiración e identificación de la hija con su progenitora se evidencian constantemente a lo largo del texto, sin embargo, ya que la madre simboliza regresión y dependencia le es imposible establecer una relación igualitaria, satisfactoria, y saludable, con ella. Por otro lado, la desaparición del padre y la ausencia de abuelos, hermanos, o hermanas (su única hermana vive ahora en el extranjero) con los que poder establecer relaciones alternativas, magnifica la intensidad del vínculo materno-filial, difumina los márgenes de identidad de ambas, y engendra el resentimiento, el descontento, y por último, la depresión de la hija.

Para dilucidar la problemática, Monsó juega con el simbolismo de los nombres de las hermanas. Ya que la protagonista representa una clonación de la madre tiene su mismo nombre: Julia, a pesar de ser la menor y de que, generalmente, el nombre se trasmite a la hija mayor. En cambio la mayor, que ha logrado la emancipación y vive en los Estados Unido alejada de la influencia materna, se llama, significativamente, Gloria.

Montserrat Lunati Maruny ha interpretado varios significados en el nombre de la madre, Julia Ares. Según la mitología griega, Ares como hijo inmortal de Zeus y de Hera, se autoproclama dios de la guerra. Por ello, una primera lectura podría indicar que se trata de una madre belicosa, castradora, y dominante que la hija debe rechazar. Sin embargo, una relectura profunda indicaría que se trata de una mujer increíblemente luchadora, que se separa de su marido irresponsable en una época, el franquismo de finales de los años cincuenta, en que una mujer separada no tiene estatus legal, y que debe de trabajar en el ámbito público en un momento en que las instituciones no ofrecen mecanismos de apoyo a una mujer en estas circunstancias. Además, ha sobrevivido los efectos devastadores de la guerra y de la posguerra, ha perdido a su hermano en la confrontación bélica, su padre está exiliado, y se encuentra irremediablemente en el bando de los perdedores, lo que dificulta aún más su supervivencia. Desde esta perspectiva, las connotaciones del apellido son muy positivas pues da a entender que Julia es, en realidad y tal como indica el título, *Todo un carácter* (64-65).

Sin embargo, es pertinente señalar que si bien Gloria, la hermana mayor, ha logrado desarrollar una identidad sólida, ha sido porque se ha marchado a otro continente para liberarse de la influencia materna. Recordemos que Gloria se ha casado con un demógrafo que trabaja en las Naciones Unidas de Nueva York y la distancia oceánica que las separa, tras el enlace matrimonial, favorece su emancipación. En el caso de la protagonista el distanciamiento físico no es posible ya que madre e hija comparten casa, por lo que para afirmar su personalidad individual ésta adoptará una actitud muy crítica, y se opondrá sistemáticamente a todas las sugerencias de su madre para contraponer su

autoridad. Entre las múltiples amonestaciones, la hija le reprocha a su progenitora su inquietud excesiva por la higiene, su dificultad de vivir en el presente, su excesiva actividad, y su incapacidad de delegar, de disfrutar de los pequeños placeres y de recibir atenciones. El conflicto se agudiza cuando llega Gloria, la hermana mayor, a pasar las Navidades con la familia, y se evidencia la disparidad psicológica de las dos hermanas. La mayor muestra una actitud segura, firme, decidida, y tranquila, y nada de lo que pueda decir o hacer su madre la incomodan excesivamente. La protagonista, por el contrario, se caracteriza por la inseguridad, la vulnerabilidad, y por la animadversión y se molesta por cualquier comentario materno. Gloria nos dice de ella: "Eres tú, no yo, la que ha tenido siempre una relación tensa con mamá y la que ha sufrido por esas tensiones, eres tú la que te has dejado interpretar sin decir ni pío, sin contestar, sin hacer más que refunfuñar, sin establecer diálogo alguno" (157).

Para contrarrestar su inseguridad, y sin ser plenamente consciente de ello, la protagonista comienza a reproducir el comportamiento asertivo de la madre, imitando en primer lugar, su forma de hablar, sus frases, sus expresiones, y su tono; y posteriormente, sus gestos y movimientos. Por ejemplo, ya que es incapaz de posar con confianza cuando van a tomar la foto familiar, observa y copia la posición de los pies de su madre porque "ella ponía siempre los pies de la misma manera y comprendí que era eso lo que le daba seguridad" (159). El hecho de que elija los pies como fuente de seguridad no es fortuito pues tiene varios significados simbólicos (incluso en la fotografía de la portada divisamos un primer plano de una mujer joven dándose un masaje en un pie). Los pies representan la estabilidad, el equilibrio, la permanencia y la capacidad del individuo de dejar huella.

Al tenerlos firmes sobre la tierra, ofrecen la posibilidad de avanzar con cada nuevo paso, de iniciar un nuevo camino, o de cambiar el rumbo. Desde una perspectiva psicoanalítica, los pies representan la potencia del falo o la fortaleza y el vigor sexual. Si bien hasta aquí la protagonista ha seguido los pasos de su madre, ahora le toca decidir su propio camino, caminar por sí misma, dejar su marca individual con seguridad y con firmeza.

Por este motivo, su actitud plagiadora funciona sólo temporalmente ya que, a la larga, la narradora comprende que entorpece su proceso de maduración, lo que motiva su aflicción: "La visión del mundo de mi madre se había reproducido en mí y era, por tanto, una copia. En la copia todo se estropea y la naturalidad desaparece, incluso cuando es, como en este caso, involuntaria" (178). La protagonista, sufre entonces una crisis de identidad que le impide mantener relaciones sociales satisfactorias, por lo que interrumpe todo contacto afectivo con sus amistades y se aísla, deprimida, en su casa. Su reclusión voluntaria, su pasividad, y su desaliento vital incitarán a la madre a cambiar de actitud y a tomar las medidas necesarias para propiciar la separación emocional de la hija.

Sin embargo, el texto corrobora que, en un principio, es la propia madre la que dificulta la separación emocional de la hija por dos motivos. En primer lugar, elige responsabilizarse ella sola de la crianza de las hijas excluyendo, completamente, al padre: "A papá lo ausentó de casa días después de mi nacimiento. Mi hermana tenía seis años y se encontraba en cama con fiebre. Yo estaba en una incubadora en el hospital. Papá cogió las maletas que mamá había dejado en la puerta y se fue a América, versión oficial" (8). En segundo lugar, la madre presenta un discurso contradictorio que coloca a la hija en una situación imposible ya que, por un lado, le exige su separación y por otro, la

condena: “una hija casada debía vivir junto a la madre… si no vivía cerca de la madre la hija era una ingrata” (14) Si la hija casada no vivía con su madre… mi madre vaticinaba que la hija, pese a ser una ingrata, regresaría tarde o temprano, porque en el fondo era una buena hija” (14-15). La actitud manipuladora y ambigua de la madre refleja el doble estándar cultural que promueve la independencia y la autonomía del hijo mientras que, a la hija, se le exige la proximidad eternamente. Según la propia madre: “los hijos solían vivir lejos de las madres, pero eso no importaba, ya que eran hijos varones y por consiguiente se portaban como ángeles” (14), Este doble discurso se registra, a través del tiempo, en el inconsciente colectivo, con numeroso proverbios y dichos populares que indican que, socialmente, se considera aceptable e incluso deseable que una hija, aún siendo adulta, permanezca en una relación de semi-dependencia materna, lo que sin duda, generará el resentimiento de muchas hijas[67]. Es decir, en el texto es la madre la que se aferra a su hija e, involuntariamente, entorpece el proceso de emancipación.

A medida que avanza el relato se agudizan los conflictos. La actitud depresiva de la protagonista es recibida con resentimiento e incomprensión por su progenitora. Ya hemos mencionado en la introducción la ambivalencia, la ansiedad o la frustración que en ocasiones sienten las madres ante las actitudes negativas de los hijos. El hilo argumental demuestra que la madre ha puesto las necesidades de las hijas por encima de las propias, ya que ha abandonado, poco a poco, la pintura para atender las responsabilidades familiares (además de trabajar en una empresa como vendedora de seguros). Si bien, la hija, menciona su inusitado talento artístico y “la cualidad y la fuerza de su obra“ (213),

[67] Destaca, por ejemplo, el dicho popular: “Un hijo es tu hijo hasta que se casa, pero una hija lo es para toda la vida”.

ya al principio de la novela, la madre se ve obligada a ceder el espacio donde pinta a sus hijas porque: "las hijas habían de disponer de la mejor habitación de la casa para estudiar" (27), y porque "yo [la hija] necesitaba la mejor iluminación posible para estudiar, mientras que ella [la madre] para su pintura y sus cuatro cosillas, no necesitaba ni luz ni nada, sólo un cuarto oscuro y húmedo" (28). Este sacrificio genera sentimientos de amor y odio que coexisten en la psique de la madre y que se manifiestan, a un nivel consciente, en una sucesión de juicios críticos y de opiniones negativas que emite, intermitentemente, contra la hija. Es lo que ésta denomina "el discurso helicoidal de mamá" o "las frases flecha" que "me tenían a mí [a la hija] como blanco" (104), y que sirven para "señalar de vez en cuando algún aspecto positivo [de la hija] cuya única función era resaltar y hacer más vistosos los aspectos negativos"(103). La agresividad verbal de la madre corrobora su disconformidad y ambivalencia ante las constantes demandas y las muchas renuncias que se le exigen, y no desaparecerá hasta que logre desplazar el foco de atención, y le reste centralidad a los problemas de su descendiente para ocuparse de sí misma.

Ya que, a pesar de haber cargado con todas las responsabilidades y de haber invertido grandes cantidades de energía, tiempo, y recursos en su hija, no logra hacerla feliz, la madre rechaza su identidad maternal, y redescubre, sin habérselo propuesto, sus otras identidades pre-maternales. A partir de este momento, será ella la que se distancie para ir recuperando, poco a poco, su olvidada afición por la pintura. Al canalizar sus energías creativas hacia esta actividad, no sólo le otorga a su hija un nuevo espacio desde el que poder reconsiderar su silencio, sino que le está manifestando la existencia de una

identidad antes oculta o reprimida. En cada uno de sus cuadros se manifiesta la identidad de la mujer que hay detrás de la función que, como madre, realiza, lo que le facilitará a la hija el abarcar la relación materno-filial desde una perspectiva más paritaria y equilibrada. El reconocimiento del perfil artístico de la mujer-madre genera la admiración, el respeto, y la recapacitación de la hija que intuye, premonitoriamente, la posibilidad de instituir vínculos solidarios con la mujer que es, también, su madre.

> Llevaba tiempo pensando que había llegado el momento de quitar importancia a unas palabras que ella misma deseaba que fueran efímeras como una vivificadora ráfaga de viento helado o como un breve chaparrón. Pensaba que había llegado el momento de decir "¡Anda ya, mamá!', con tranquilidad, sin acritud, con ganas de contemporizar. En esta ocasión estuve a punto de decirlo, y sabía que tarde o temprano lo diría, y que a partir de ahí comenzaríamos a hablar ella y yo, y que ese día sería el inicio de una nueva relación, el inicio de todo. Sería el día en que a una de sus frases flecha podría responder sin blindarme y convertir la flecha en lo que ella misma quería que fuera, en una bola de nieve inofensiva, sacudirme luego el abrigo y la bufanda y decirle "¡mira cómo me has puesto!". Decírselo con indulgencia, con franqueza, con una sonrisa (sé que sólo pretendías jugar un poco), pero decirlo, y conseguir arrancarle así la risa, como mi hermana hizo con el cencerro suizo, como mi hermana conseguía siempre con toda naturalidad.

> Y sentía que este día, que iba a inaugurar una nueva etapa de complicidad acaso definitiva, iba aproximándose. (223)

Es a través de la pintura que se expresa la subjetividad materna. La relación que hay entre maternidad y creación ha sido abordada desde diversas perspectivas. El psicoanálisis tradicional decretaba que el impulso creativo de la niña se canalizaba hacia la maternidad, es decir, en cuanto ésta tuviera un hijo, dejaría de sentir la necesidad de crear obras de arte. Versiones posteriores, refiriéndose en concreto a la creación literaria, postulan que la experiencia de ser madre puede fomentar un tipo de creatividad especialmente femenina, que subvierte el sentido literal del lenguaje y amplía los significados[68]. Si extrapolamos la teoría a la creación plástica, vemos en el relato que los motivos de los cuadros de la madre no reflejan una visión específicamente "femenina" o "maternal" de la realidad, sino que representan un acercamiento objetivo a la misma. Se trata de retratos temáticos de personajes que conoció en épocas más duras, que como "le resultaban incomprensibles por la razón que fuera" (68) "intentaba investigarlos a través de la aguda perspicacia que la pintura le permitía alcanzar" (69). Es decir, con su arte pretende conocer, en profundidad, al personaje que retrata por lo que mantiene siempre un realismo objetivo, asexual, y racional que complace enormemente a las hijas: "Por eso cuando nos confesó que de vez en cuando pintaba… Mi hermana y yo veíamos en nuestra imaginación las primeras creaciones: puestas de sol con dos enamorados a contraluz, rosales de postal rodeados de mariposas. Pero no ocurrió nada parecido. Desde el principio hubo en sus cuadros una singularidad salvaje" (67).

---

[68] Ver, por ejemplo, Helenne Cixous, Julia Kristeva, o Luce Irigaray.

El reconocimiento, por parte de la hija, del talento materno surge por su forma des-sentimentalizada de plasmar la realidad más allá de su condición de mujer o de su experiencia maternal. Sin embargo, es relevante mencionar que, a pesar de que tanto la madre como la hija comparten la afición por las artes plásticas, la primea lo hace desde una perspectiva empírica como sujeto agente, es decir, abordando su propia capacidad autoexpresiva y creadora, mientras que la segunda lo hace desde una óptica teórica mucho más formal e impersonal, es decir, se limita a proyectar una colección de diapositivas de arte en su habitación. Lo cual no significa que la vivencia maternal de la una sea condición *sine qua non* de su creatividad, sino que el precario desarrollo identitario de la otra le coarta cualquier impulso creativo.

A medida que aumenta la creación artística de la madre, decrece la matrofobia de la hija, que llega incluso a convencerla para que exponga su obra públicamente. Será el reconocimiento de las actividades que la madre realiza al margen de su rol maternal, lo que le permitirá a ésta re-identificarse. En un momento de máxima admiración filial la hija descubre, estremecida, un retrato de su exnovio que la madre ha realizado con una perfección inusitada a pesar de haber visto al individuo en cuestión en sólo dos ocasiones. Conmovida, le confiesa su admiración, no por los muchos sacrificios, recursos, energía y tiempo que como madre ha invertido en ella; ya hemos mencionado que el autosacrificio y la abnegación que la institución de la maternidad exige en el contexto social patriarcal son valores que la hija rechaza, sino por el dinamismo y el esmero del retrato de su exnovio. A través de la creación plástica la madre encuentra la forma de desarrollar su talento y de autoafirmarse, lo que genera el elogio y el respeto de la hija, que se abre, al

fin, al diálogo. Ocupada en su actividad creadora, la madre le concede a la hija un espacio desde el que poder reconsiderar su silencio, su hostilidad, y su rechazo, y desde el que poder diferenciarse como mujer en búsqueda de sus propios valores. A su vez, le afirma explícitamente su nueva disposición anímica de vivir independientemente de su hija: "he de admitir que me siento muy bien sola. Es decir, me veo perfectamente capaz de vivir sola e incluso sospecho que es mi estado ideal" (196). Este cambio de actitud materno permite que la hija supere la sobre-identificación, consolide su autonomía, y logre, al final del relato, emanciparse.

> Y entonces me di cuenta de dos cosas importantes que, a causa de mi estado de postración de las últimas semanas, me habían pasado inadvertidas: mamá salía a menudo, incluso por la noche, y cuando estaba en casa se encerraba largas horas en el estudio donde, aparentemente, había vuelto a pintar. Ya no me preparaba platos suculentos ni se quejaba por pasarse el día ejerciendo de criada. Ya no me ponía, al llegar, ejemplos de hijas modélicas que se habían quedado a cuidar de su madre, tampoco de hija ingratas… Porque aparecieron ante mí, uno tras otro, todos los aspectos de su comportamiento que yo había pasado por alto últimamente. Aspectos que revelaban que estaba cambiando. Aspectos que revelaban que estaba intentando, tal vez, abandonarme. Abandonarme ella, que me necesitaba tanto. (189)

La reconciliación entre madre-hija es posible cuando ambas logran desenmascarar los mitos que entorpecen la relación. La mistificación, desde las instituciones y desde la

cultura popular, de la experiencia maternal produce en el inconsciente colectivo una visión muy irreal de la misma porque indica, por ejemplo, que una mujer no puede sentirse realizada sin hijos, que la maternidad cubre todos los impulsos creativos de una mujer, que las necesidades afectivas de una hija sólo pueden ser saciadas por su madre biológica, que la función maternal se realiza instintivamente y sin ningún esfuerzo adicional, y que una madre es absolutamente responsable de todos los problemas de los hijos sin tener en cuenta las diversas influencias o circunstancias. En el texto, a medida que ambos personajes desenmascaran estas ficciones se les permite abarcar su relación desde una perspectiva nueva: "Toda nuestra relación se había basado en la convicción, por parte de cada una de las dos, de ser indispensable para la otra… Ella porque alimentaba con sus comentarios ese tópico romántico y rural según el cual para una madre siempre es mejor tener una hija cerca para lo que sea menester. Yo, porque creía que ella me necesitaba y, víctima también del tópico, no podía imaginarme que podía ser ella la que deseaba respirar sin mí" (204).

Tras la depresión de la hija, la madre logra superar el resentimiento inicial al desarrollar, con gran éxito y satisfacción, sus otras identidades. Esto le permite responder al malestar de su hija sin culpabilizarse y sin responsabilizarse. Cuando le propone a su hija merendar juntas, ésta la ataca con una larga diatriba explicando su angustia, su desasosiego, su desinterés por la vida y por las relaciones sociales, a lo que la madre contesta, sin ofenderse y para alivianar la gravedad de la situación, con una comicidad desconcertante. Este súbito sentido del humor les permite suavizar las categorías de "madre" y de "hija" que las mantenía encadenadas en una relación de dependencia,

desbloquear mentalmente las jerarquías, y desenmascarar las ficciones que entorpecían la relación.

> "Lo siento, no consigo tener ganas de vivir, me da lo mismo levantarme o quedarme en cama, me da lo mismo merendar o suicidarme". Entonces, en tono exasperado replicó: "Pues si te da lo mismo, casi mejor te suicidas y así me dejas la tarde libre para acompañar a Pili al bingo". Y, de pronto, algo se removió en mi interior… La miré a los ojos, no a la ceja, y vi el alma de campesina y la soledad de un volcán en erupción, y vi a la criatura indómita que había sobrevivido al miedo, al hambre, al horror y a la miseria, y le dirigí una sonrisa medio afectuosa, medio irónica, medio cómplice, y le dije (era así de fácil): "¡Anda ya mamá, por favor!"
>
> ¡Anda ya, mamá!
>
> ¡No fastidies! (226)

El sarcasmo inesperado con el que responde la matriarca le permite a la narradora percibir, una vez más, la condición humana de su madre que ya no es vista como tal sino como una campesina, como una criatura indómita, o como una sobreviviente del miedo, del hambre, del horror, y de la miseria. Al despojarla de su categoría maternal logra humanizarla, y consigue que su respuesta desconcertante y cruel ni le duela ni le ofenda, pues no es más que una forma indirecta y juguetona de expresar la necesidad de distanciarse. Por vía del humor se desmantelan las ficciones, se rompen las jerarquías que las distancian, la hija supera la vulnerabilidad y la inseguridad, y brota, definitivamente, la concordia y la complicidad entre ambas: "Y yo, por mi parte, con mi *¡anda ya mamá!,*

tanto tiempo postergado, transformé la flecha en bola de nieve. Se había abierto una puerta entre dos habitaciones, entre dos carros blindados" (228). Finalmente, madre e hija, logran establecer un vínculo armónico y solidario como dos entidades separadas.

En conclusión, *Todo un carácter* refleja, desde la perspectiva de la hija, que independizarse de la persona con la que ha mantenido una relación de intimidad, de confianza, y de proximidad resulta arduo y complicado, por lo que debe ser la madre la que fomente el distanciamiento necesario que permita el florecimiento de la personalidad innata de su hija. En la narración de Hachmí hemos visto que el rechazo de la hija por la madre es la única forma que tiene de liberarse de los parámetros sociales opresivos que se le imponen. Paradójicamente, en el texto de Monsó comprobamos que, aún cuando la figura materna representa un modelo de identificación positivo para su hija, su rechazo, aunque sea de forma temporal, es inevitable.

A su vez, desde la óptica de la madre el relato evidencia que ésta debe poder compaginar sus deseos de autorrealización personal con las actividades maternales pues, cuanto más capaz sea de desarrollar sus otras identidades, más facilitará la separación de su descendiente. Además cuanto más satisfecha y realizada se sienta como mujer más facilitará la felicidad y el bienestar de su hija. Por último, el texto sugiere que para desarrollar el sentido de identidad individual de la hija es aconsejable incluir al referente paterno (no necesariamente vinculado a la madre en una relación conyugal) o, por lo menos, a otros familiares cercanos con los que poder identificarse y quebrantar así los vínculos emocionales y la regresión constante hacia la figura materna. Si bien, en apariencia, el relato refleja un modelo familiar novedoso al presentar a una madre

autosuficiente que es capaz de sacar a su familia adelante por sí misma, el hecho de que se auto-adjudique todas las responsabilidades tanto domésticas como económicas, imponiéndose al hacerlo una sobrecarga de trabajo considerable, indica una regresión a unos valores muy convencionales. Al rechazar la participación paterna, la madre del relato está indicando, consciente o inconscientemente, que las actividades de crianza de los hijos son "por naturaleza" responsabilidades femeninas, aún cuando la mujer trabaja fuera del hogar y contribuye al sustento familiar. Es decir, está rearticulando unos argumentos biológicos desfasados, y lo que es peor, nadie en el relato parece cuestionar su decisión. Que el propio padre acepte su exclusión y no reclame, ni en sus últimos momentos de vida, su derecho a establecer una relación afectiva con sus hijas evidencia la asimilación absoluta de los valores patriarcales.

CAPITULO IV

La recuperación de la memoria histórica a través de la figura materna en *La mitad del alma* (2004) de Carme Riera[69]

Carme Riera es una de las escritoras catalanas más destacadas del momento tanto por el reconocimiento de la crítica, que no cesa de galardonarla con prestigiosos premios literarios, como por su popularidad y su éxito editorial. Su séptima novela, *La mitad del alma* (2004), ha sido premiada con el premio Sant Jordi y con el María Ángels Anglada[70]. En ella se aborda el tema de la maternidad desde una perspectiva muy esperanzadora y positiva, y se enfatiza la influencia de la madre en la construcción de la identidad y de la subjetividad de la protagonista. Además, el texto evidencia el carácter artificial de los discursos que desde las instituciones regulan la experiencia con una representación de la maternidad, en principio, poco ortodoxa que contradice la ideología del momento. No obstante, es precisamente la forma contracultural de vivir la experiencia lo que permite reivindicarla.

Hemos mencionado ya en la introducción que durante el período franquista se considera la maternidad la base de la identidad cultural femenina. Desde las instituciones se alaba la función social y patriótica que la mujer como madre realiza, y se impone el

---

[69] Carme Riera (Mallorca, 1948) es escritora y catedrática en la Universidad Autónoma de Barcelona. En 1980 recibe el premio Prudenci Bertrana por *Una primavera para Domenico Guarini*; en 1989 el premio Ramon Llull por *Joc de Miralls*; en 1994 el Josep Pla, el Lletra d'Or, el Joan Crexells y el premio Nacional de Narrativa por *En el último azul;* en 2001 recibe el premio Nacional de Literatura concedido por la Generalitad de Catalunya por *Por el cielo y más allá*; en 2003 recibe el premio Sant Jordi por *La mitad del alma*. En el 2000 recibe la Cruz de San Jorge; en 2002 el premio Ramon Llull y en 2005 la medalla de Oro del Consejo de Mallorca.

[70] La novela se publica en el 2003 en catalán bajo el título *La meitat de l'ánima* y es traducida al castellano al año siguiente por la misma autora.

paradigma identitario de la maternidad intensiva. Si bien durante el gobierno liberal de la República se defiende el acceso a la educación de la mujer, su derecho al voto, y su participación en el ámbito público, la llegada de la dictadura representa el retorno a la segregación de los sexos en las esferas pública y privada, la penalización del aborto y de la contracepción, la prohibición del divorcio y la instauración de bonos para las familias numerosas con el fin de favorecer las tasas de natalidad. Aurora Morcillo (2008) indica que durante el franquismo se propone una "feminización" de la mujer, por tanto, su educación no se concibe para promover su desarrollo intelectual o personal sino que sirve para prepararla a ser una buena madre y una buena esposa capaz de educar a los hijos de la patria. Para las niñas se implementan programas educativos distintos de los varones con diversas asignaturas sobre el trabajo doméstico y las tareas del hogar, en los que les enseñan valores "femeninos" como la abnegación, el autosacrificio, y la obediencia. Los discursos sociales sostienen que la maternidad es una actividad incompatible con cualquier otra, y para asegurar que la mujer cumpla con sus obligaciones biológicas el gobierno franquista dictamina varios decretos que dificultan su entrada en el mercado laboral (se le exige, por ejemplo, la autorización del cónyuge para obtener un puesto de trabajo remunerado). Es decir, la mujer debe permanecer en una situación de dependencia económica y jurídica del esposo (Morcillo 27-42).

Marina Núñez y M José Rebollo (2006) sostienen que durante la dictadura se lleva a cabo "un estricto control moral de la mujer, puesto que ésta es, por naturaleza, transgresora del orden masculino, pecadora… y una amplia actividad adoctrinadora de manos de un conjunto de instituciones asociadas bien al movimiento falangista (Sección

Femenina), bien al catolicismo (Acción Católica)" (176). Desde las instituciones se proclama que la maternidad es la satisfacción máxima a la que puede aspirar una mujer, y que en cuanto da a luz, ésta deja de experimentar cualquier otro deseo excepto el de estar a todas horas con su hijo. Esta mistificación de la función divide a las mujeres en dos grupos: por un lado, la "buena madre" idealizada y perfecta, y por otro la "mala madre" que es egocéntrica e insensible a las necesidades del hijo, y será, por tanto, culpabilizada o marginada. No obstante el paradigma de la madre, en apariencia bondadosa, que se dedica en cuerpo y alma a atender todas las necesidades del hijo, degenera en el prototipo de la madre castradora del psicoanálisis que por su presencia constante es capaz de provocar las neurosis del hijo. Suelen ser mujeres que no han desarrollado otras identidades al margen de la maternal, por lo que son incapaces de separarse de unos hijos de los que dependen emocionalmente, y a los que terminan por anular completamente. La madre castradora y fálica (para el hijo) o dominante y devoradora (para la hija) es peligrosa porque, incapaz de crearse un proyecto de vida propio se vuelca en el proyecto de un hijo al que controla y al que manipula concienzudamente, impidiendo así su funcionamiento autónomo.

En su ensayo *Stabat Mater* Julia Kristeva (1976) sostiene que la idealización de la "buena madre" abnegada y perfecta acorde al modelo de la Virgen María ha propiciado una identidad femenina falsa porque dificulta la participación de la mujer en el orden social (simbólico), lo que no sucedería si la madre mantuviese otros intereses al margen del cuidado del hijo. El reconocimiento de las necesidades autónomas de la madre y su participación en el orden socio-simbólico, es lo que permite a la hija aprender el concepto

de identidad (160-186). Simone de Beauvoir (1949) indica que, ya que la mujer se ve obligada a permanecer recluida en el ámbito de lo doméstico y a dedicarse a la maternidad intensiva, trata de compensar sus frustraciones a través de las experiencias de su hija lo que incita su rechazo y su rebelión (49). Adrienne Rich (1949) corrobora la imposibilidad de disfrutar del rol dentro de un sistema social que ignora las necesidades individuales de la mujer. La autora distingue entre el potencial reproductor de la mujer que es, sin duda, enriquecedor, y la maternidad como institución que a través de diversos mecanismos sociopolíticos logra que dicho potencial permanezca controlado por intereses masculinos (estableciendo, por ejemplo, una marcada distinción entre las actividades de la esfera pública y las de la privada). Esta segunda categoría se impone a la primera y desde las instituciones se regula la función de forma que resulta prácticamente imposible para la mujer el disfrutar de su potencial reproductor o de la relación materno-filial (13).

Tras la caída de la dictadura numerosas escritoras catalanas tratan de recuperar en sus textos la voz silenciada de las madres durante el franquismo, al presentarla como protagonista de su propia historia. María di Francesco (2008) indica que los textos de Riera recuperan la genealogía perdida de las mujeres. Partiendo del psicoanálisis, di Francesco afirma que la ficción de Riera recupera la figura ausente de la literatura: la de la mujer como madre-agente[71]. Esta reconceptualización de la mujer que se relaciona con la erotización de la figura materna y con la exaltación de su cuerpo durante el embarazo,

[71] Di Francesco se refiere sobre todo a los textos *Tiempo de espera* (1998), *Una primavera para Domenico Guarini* (1981), *Y pongo por testigo las gaviotas* (1977), y *Te dejo amor, en prenda, el mar* (1975).

llega a desplazar a la figura paterna como representante del poder y de la autoridad. Sus representaciones maternales "no sólo desafían la tradición patriarcal y heterosexual de la sociedad española sino que la desmantelan completamente al reconfigurar la agencia maternal como foco de resistencia ideológica y de transformación social" (14). Según di Francesco, si bien la mujer ha sido limitada por los discursos culturales y posicionada como objeto pasivo de la agencia masculina, los textos de Riera reflejan que ésta se puede limitar a sí misma tanto si pasa por alto el placer que implica la maternidad y destaca sólo las renuncias y los sacrificios que exige la vivencia, como si cree que al reivindicarla se van a abolir los adelantos logrados por el feminismo en las últimas décadas. Para Riera el embarazo es un acto transgresor y la maternidad una fuente de poder y de creatividad que no reduce a la mujer a la pasividad sino todo lo contrario. La mujer debe mirar en su interior, revisar los mitos culturales sobre la feminidad, y recuperar, primero, la agencia en lo maternal, es decir, reivindicar a la mujer como sujeto agente a través de la maternidad y, segundo, la genealogía perdida de la mujeres (7-71). En *La mitad del alma* la capacidad de agencia de la madre se presenta a través de los ojos de una hija que descubre fascinada la lista de actividades clandestinas que ésta ha llevado a cabo durante la dictadura franquista. Es decir, si no trasgresora por lo menos podemos definirla como una maternidad contestataria pues contradice los valores que en el momento se proclaman desde las instituciones.

Sandra J. Schumm (2010) menciona que, ya que durante el franquismo la mujer adquiere importancia simbólica (como madre) pero carece de autoridad real, se elimina a la figura materna de las representaciones literarias de autoría femenina porque las

escritoras no logran identificarse con un ícono idealizado imposible de imitar[72]. Según la autora, la gran cantidad de protagonistas huérfanas de madre o en conflicto con ésta de las narrativas escritas a partir de 1945, simboliza el deseo de las autoras de liberarse de las restricciones que se les impone, tanto de forma jurídica (eliminando sus derechos), como de forma personal (obligándolas a recluirse en el hogar y a silenciar sus verdaderos sentimientos). Para recuperar la voz de estas mujeres acalladas durante la dictadura, Riera presenta en *La mitad del alma* una protagonista que busca información sobre su difunta madre. El hecho de que Riera dedique el texto a su propia madre corrobora, según Schumm, su intención de salvaguardar la versión no sólo de su madre en particular sino de todas las mujeres durante este período histórico (139-54). Maryellen Bieder (2007) confirma que la novela pretende recuperar las voces de las madres que han sido borradas de los documentos oficiales, pero que se mantienen vivas en las historias orales de los personajes involucrados. Autor y lector se embarcan así en la producción de significado, no obstante, la imposibilidad de percibir un sentido único desestabiliza el argumento. La sucesión de versiones contradictorias o conflictivas con las que topa una y otra vez la protagonista indican que no es posible conocer más allá de las versiones generadas por las instituciones sociales (177). M. Cinta Ramblado Minero (2008) ratifica que, al finalizar la guerra civil, la experiencia de las madres republicanas debía de ser borrada para garantizar la implantación de la dictadura pues "la sociedad franquista no se cimentó solamente en el desarrollo de una concepción de la feminidad definida por la maternidad

[72] Entre las novelistas catalanas que publican a partir del 75 y que eliminan la voz materna de los relatos destacan Merce Rodoreda, Esther Tusquets, Ana María Moix, Montserrat Roig, Nuria Amat o María de la Pau Janer.

y el auto-sacrificio, sino también en la erradicación del Otro, es decir, de la ideología democrática y el proyecto republicano" (133). La autora confirma que "si bien la mujer española ha sufrido durante siglos los efectos de una ideología patriarcal muy arraigada y basada en los principios de la tradición judeo-cristiana, la mujer 'vencida' sufría exclusión y marginación por partida doble, como mujer y como disidente política" (130).

Por su parte, M. Antonia Camí-Vela (2000) menciona los temas recurrentes en la obra de Riera: el desdoblamiento de la identidad, el exilio, el rechazo, la búsqueda, y el viaje, pero destaca también el tema de la identidad femenina planteada como resultado de una transformación interna, y el interés de la autora por crear un lenguaje propiamente femenino, por fortalecer la genealogía materna, y por rescatar a la mujer del estado de marginación al que históricamente se ha visto sometida. En sus textos, la subjetividad de la mujer se plantea como un viaje en constante proceso de transformación, y la formación de su identidad, a diferencia de la del varón, se basa en la identificación con la figura materna (17-73). Es decir, podemos concluir que la crítica se ha mostrado unánime a la hora de destacar la intención de Riera de reivindicar la maternidad como una experiencia privilegiada y, tal como indica Neus Aguado (2000), de abordarla desde el placer y la satisfacción que genera en lugar de considerarla un servicio más o menos obligatorio al Estado patriarcal (291-298).

Algo similar indica Geraldine C. Nichols (2000) cuando señala la fascinación de la escritora por el mito del andrógino relatado en *El Banquete* de Platón[73]. Según el mito,

[73] El mito aparece en el prefacio de *Te deix, amor, la mar com a penyora* (1974), se repite en la novela *Una primavera per a Domenico Guarini* (1980), y de nuevo en el diario que escribe durante su segundo embarazo *Temps d'una espera* (1998).

en la antigüedad la humanidad se dividía en tres tipos de individuos: dos hombres unidos, dos mujeres unidas, y un hombre y una mujer unidos, y cada uno de estos seres posee dos cabezas, cuatro piernas, cuatro brazos y dos órganos sexuales. Estos individuos redondos, fuertes, y orgullos, pretenden escalar al cielo para retar a los dioses y, para castigarlos, Zeus decide dividirlos en dos mitades, sin embargo, el amor que los une es tan fuerte que deambulan por la tierra en busca de su otra mitad. El mito concluye con la amenaza de que si éstos mantienen su arrogancia volverán a ser cortados en dos, mientras que si son humildes y piadosos se les permitirá encontrar a su mitad perdida[74]. Según Nichols, el mito representa una llamada a la tolerancia, tema constante en la obra de Riera, pero también puede significar una descripción del embarazo y de la unión perfecta entre madre y embrión (23). Es decir, el primer gran amor de todo ser humano es el amor hacia la madre y todas las demás relaciones amorosas son meras reproducciones de esa relación primordial. Esta relectura del mito indicaría que nuestra auténtica mitad es, en realidad, el ser que nos ha engendrado, y la relación simbiótica entre madre-hijo durante el embarazo representaría el amor completo, perfecto y superior.

Acorde a esta interpretación, el título *La mitad del alma* evidencia la necesidad vital de la narradora-protagonista de encontrar su otra mitad, la materna, y de fusionarse metafóricamente con ella para reconquistar la felicidad. En su texto anterior, *Te dejo amor, en prenda, el mar* (1975) la búsqueda de la figura materna se ejemplifica de forma simbólica a través de la historia de amor entre la joven protagonista y una mujer mucho más mayor, su profesora de instituto. En *Una primavera para Doménico Guarini* (1981)

[74] Del mito deriva la expresión *media naranja* para describir a la pareja complementaria o ideal.

Clara, la heroína encuentra un reemplazo de su madre en la monja Assumpció, la cual le indica que le cuente el problema (está encinta de un hombre al que no ama) a la Virgen, en lugar de a Dios o a Jesús, patrocinando explícitamente la genealogía materna por encima de la paterna. El paradigma arquetípico materno-filial se proyecta también en la relación entre Clara y su amiga Marta que, por su optimismo y vitalidad, renueva la confianza de la protagonista que logra, al final del relato, aceptar el imprevisto embarazo. Aunque en un principio el embarazo representa un obstáculo, a la larga supone un renacer de la esperanza y de la ilusión de la protagonista que reivindica su maternidad acorde a sus necesidades y deseos, es decir, como madre soltera.

En *La mitad del alma* (2004) Carme Riera presenta una vivencia maternal que, al resultar compatible con otras actividades, contradice el paradigma propuesto desde las instituciones franquistas. A su vez, el texto rescata, o parece rescatar en un principio, la memoria de los que pedieron la voz al perder la guerra, con la intención de completar la totalidad de los sucesos que configuran la guerra civil y la posguerra española. La autora establece una conexión directa entre la memoria y la identidad, tanto a nivel colectivo (de toda la sociedad) como a nivel individual (de la protagonista), y sostiene la trascendencia de la memoria como elemento identitario sobre el que fundamentar el futuro. Siguiendo las premisas de la novela policial o detectivesca, Riera presenta, en el inicio, un enigma que la narradora debe resolver mientras se adentra en el mundo de los maquis antifranquistas exiliados, y en la realidad de una posguerra caracterizada por el miedo, la represión, la hipocresía y la imperiosa necesidad de librarse del hambre[75].

El texto comienza con las reflexiones de una mujer sin nombre y de mediana edad que nos increpa, como lectores, a ayudarle a descifrar la verdadera identidad de su difunta madre, personaje al que, como se evidencia gradualmente en la narración, desconoce. Cuando un misterioso desconocido le entrega la correspondencia epistolar secreta de su madre con un presunto amante se corrobora en primer lugar, la doble identidad del personaje materno, y en segundo lugar, se confirma la desconcertante posibilidad de que el padre de la narradora no sea, en realidad, su padre. Este doble descubrimiento incita a la aturdida protagonista a rastrear, a modo de detective, el pasado y los recuerdos con la esperanza de descifrar el misterio de su identidad. La búsqueda de la verdad se convierte en el objetivo primordial que mueve la acción y a los personajes, y la estrategia que mantiene la intriga hasta el final del relato. Con este propósito detectivesco la protagonista reclama nuestra complicidad, nos sumerge en un viaje por Barcelona, Mallorca, París, Aviñón, y Porbou, y nos seduce a colaborar con ella en la resolución del enigma. Sin embargo, ya que los personajes implicados están muertos, la narradora debe rastrear entre los diarios viejos y las cartas olvidadas, o conformarse con una sucesión de testimonios ambiguos e inverosímiles de los testigos sobrevivientes. A medida que avanza la narración se evidencia que la barrera entre lo real y lo irreal, la verdad y la ficción, el bien y el mal es siempre difusa y, a veces, se desvanece completamente. La cuestión de fondo que plantea, pues, el texto es hasta qué punto es posible la recuperación

[75] Al terminar la guerra civil, miles de ciudadanos del bando perdedor se refugian en las zonas rurales peninsulares y en el Sur de Francia, y continúan luchando clandestinamente contra la dictadura. Estos guerrilleros denominados maquis se escapan a los montes por miedo a la venganza del bando ganador. Estudios recientes de la guerra y de la posguerra señalan la realidad de los fusilamientos indiscriminados llevados a cabo sin juicio previo en cualquier carretera para terminar con los del bando enemigo.

de una voz largamente silenciada o ignorada en el contexto represivo de la dictadura franquista, la materna.

La madre de la narradora, Cecilia Balaguer, es hija de un diputado republicano que, tras perder la guerra civil, se exilia en París. Cuando Cecilia regresa a Barcelona, su ciudad natal, se casa con un próspero comerciante del bando opuesto, con el que tiene una hija (la protagonista-narradora del relato). A partir de entonces el matrimonio se relaciona con altas personalidades de la cúpula franquista lo que les otorga una posición solvente y le permite a Cecilia viajar regularmente a París para visitar a su padre exiliado. La indiferencia con que Cecilia trata a su marido sugiere que es desleal por naturaleza, lo que se insinúa de nuevo, cuando la hija descubre la correspondencia epistolar de Cecilia y un supuesto amante. El descubrimiento de las cartas revela que los viajes de su madre no son sólo a París sino a diversas localidades del Sur de Francia en las que, por un lado, colabora con la guerrilla antifranquista (traficando con obras de arte falsas para ayudarles económicamente), y por otro, se reúne con su misterioso amante (y, posiblemente, padre real de la protagonista).

La discrepancia que hay entre lo que Cecilia aparenta y lo que en realidad es, resulta tan contradictoria como los discursos socioculturales que desde las instituciones regulan la función materna y que, por un lado, exaltan la capacidad de la mujer de gestar nuevas vidas y, por otro, le niegan su participación social y la encierran en el ámbito doméstico para que descargue sus frustraciones en los hijos. A su vez, el personaje evidencia la doble vida que tuvieron que llevar muchos de los vencidos durante la posguerra ya que, en principio, Cecilia apoya a su marido franquista pero, además,

colabora con los maquis exiliados. Su inestabilidad emocional queda justificada por las experiencias traumáticas vividas en la infancia. A los once años un oficial nazi obliga a su padre (el abuelo de la narradora) a elegir entre ella (Cecilia) y su hermana Anna para llevar a la muerte a la no elegida. Como consecuencia, Anna, su hermana mayor, va a parar a la cámara de gas lo que le causa graves sentimientos de culpabilidad. Además, Cecilia sufre las miserias del exilio en París a comienzos de la Guerra Mundial, y cuando regresa a Barcelona se ve obligada, por pura necesidad, a casarse con un triunfador del bando opuesto (franquista), lo que fragmenta todavía más su frágil personalidad: "Quién sabe si Cecilia se casó para acabar con la vida miserable de la Barcelona de la posguerra, para salir de la casa triste y helada que la tía Anselma compartía con sus dos cuñadas viejas y beatas, pensando en su padre, para ayudarle" (235). El argumento se complica todavía más cuando se insinúa la posibilidad de que Cecilia llevara en realidad un doble juego, ayudando a los maquis exiliados, y cooperando a su vez con los Servicios de Información de la dictadura franquista, evidenciando así la imposibilidad de discernir la barrera entre lo real y lo irreal, la verdad y la ficción, el bien y el mal. La multiplicidad de perspectivas ambiguas o contradictorias ratifican, de nuevo, la dificultad de esclarecer el enigma de la identidad materna.

Para construir la personalidad ambigua de la madre, Riera juega con la dicotomía patriarcal que divide a las mujeres en dos grupos. Por un lado están las "buenas madres", las que cesan de existir como entidades autónomas con sus propios deseos y necesidades en cuanto dan a luz para concentrarse, exclusivamente, en las necesidades del hijo, y por otro, las "malas madres", las que desarrollan otras identidades al margen de la maternal.

No obstante, el hecho de que Cecilia se mantenga ocupada con otras causas al margen del cuidado de su hija mitiga la dependencia psicológica de la misma, y le permiten acercarse a otras personas con las que poder identificarse lo que resulta muy enriquecedor para el desarrollo de su personalidad, sobre todo a su padre, a su abuela, y a Josefa, la cocinera: "Josefa era mi confidente. Me llevaba con ella mejor que con mi madre" (51).

Además, todos le recuerdan a la protagonista el escaso parecido que guarda con su madre, lo cual agiliza todavía más el proceso de separación emocional: "Yo en nada me parecía a ella [a mi madre]. Todo el mundo decía que era el vivo retrato de mi padre, y tanto y tan a menudo me lo repetían que a veces me dormía imaginando que al despertarme por la mañana me vería obligada a afeitarme, como en alguna ocasión le vi hacer a él" (31). Ya que Cecilia se ve obligada a alejarse del hogar temporalmente para atender sus otras ocupaciones, se acelera la integración de la hija en su círculo social, y se fomenta el desarrollo de su individualidad. A pesar de tratarse de una representación maternal que contradice lo propuesto desde las instituciones, el amor y la identificación de la hija no decrece en ningún momento sino todo lo contrario. El recuerdo de la relación materna y el deseo de recuperar la conexión se convierte en el motor de la narración. La reminiscencia de la madre funciona como sustento emocional sobre el que la protagonista construye su identidad.

Para presentar la fijación de la identidad de la protagonista en relación a la figura materna se introducen en el texto imágenes de alto contenido simbólico que requieren nuestra interpretación. Desde la primera página la narradora describe una visión que perturba a menudo sus sueños, la de una mujer vestida con un abrigo azul y un sombrero

del mismo color que baja de un tren en Portbou. Es la misma imagen que se refleja en la portada del libro. Aunque la foto de cubierta es en blanco y negro, el texto reitera la necesidad de encontrar "referencias de la mujer del abrigo azul y el sombrero escaso" (11) para resolver el enigma de la identidad materna. El simbolismo del azul, ya que es el más inmaterial de los colores, hace referencia a la introspección, a las emociones, y a la vida interior. Al ser el color del cielo y el del mar se asocia, a su vez, con lo infinito, con la sabiduría, con lo maravilloso, con la serenidad, y con la inmortalidad[76]. Es por ello que el color evoca el arquetipo de la Virgen María que aparece siempre cubierta con un manto y un tocado azul, y que se venera por su pureza, por su bondad, por su espiritualidad y, sobre todo, por su maternidad abnegada e idealizada. Sin embargo, la representación materna del relato refleja las características opuestas pues, a diferencia del venerado ícono virginal, Cecilia es dueña de su cuerpo y de su sexualidad (tiene un amante), es dueña de sus actos (participa en el mundo socio-simbólico ayudando a los exiliados), y es dueña de su subjetividad (se construye una vivencia maternal a su gusto y medida), lo que no disminuye el respeto y la identificación filial. Al vivir Cecilia su maternidad desde esta óptica de libertad, le otorga a su hija la posibilidad de hacer lo mismo y de explorar su mundo con autonomía para desarrollar su propia fortaleza, seguridad, y confianza.

Desde la perspectiva materna, la vivencia resulta similarmente positiva pues, al no abarcarla como una obligación social, deber patriótico o sacrificio ineludible se fomenta también su crecimiento interior y su autosatisfacción. Cecilia representa lo opuesto de la

[76] *Dictionary of Symbols* (1996).

madre castradora o fálica que, por su presencia constante, provoca múltiples inseguridades y neurosis en una hija a la que llega a anular completamente. Al abarcar su maternidad con flexibilidad, maleabilidad, y soltura se permite que ambas personalidades, la de la madre y la de la hija, florezcan libremente. En la imagen evocada por su hija, Cecilia aparece completamente sola junto a un tren. El simbolismo del tren indica la fuerza de los discursos que se imponen socialmente por encima de su voluntad y de sus preferencias. No obstante, el hecho de que ésta opte por bajarse del tren indica su rechazo y su decisión de estipular su propia dirección al margen de las expectativas sociales. Resulta, a su vez, significativo que aparezca completamente sola en el andén de la estación, lo que ratifica lo excepcional e inusitado de sus actos en el marco histórico del franquismo. La narradora refiere, a su vez, una maleta de cuero como único objeto que completa la imagen evocada de la figura materna. El que Cecilia se aferre a sus posesiones, simbolizadas por la maleta, indica no sólo la defensa de sus bienes materiales, sino también de sus valores morales subjetivos y de su capacidad intelectual. En el contexto del andén vacío de la estación, el que afronte el viaje en solitario pero sin abandonar sus propios valores individuales ratifica su convicción, su seguridad y su determinación.

De estilo netamente posmodernista, el texto presenta una realidad distorsionada y una sucesión de datos contradictorios que confunden a la protagonista y que niegan la existencia de una verdad absoluta, fija, u objetiva. A lo largo de la narración las presuntas verdades que la heroína ha ido validando se convierten en incertidumbres que perturban, desestabilizan, o fragmentan la realidad y que exigen la intervención activa del lector.

Para ampliar el caudal de interpretaciones, Riera presenta unos personajes antinómicos que mantienen en vilo al receptor con una serie de pistas falsas y de sorpresas inesperadas. Según la trama hay dos madres (Cecilia/Celia): la que colabora con los franquistas, buena madre y fiel esposa, y la que ayuda a los maquis exiliados, farsante e infiel a su familia. Hay dos padres: el idealizado que desconoce la doble identidad de su esposa, y el desconfiado que contrata a un detective para que la espíen. Hay dos muertes de Cecilia: el suicidio premeditado y el accidente fortuito. Hay dos historias: la de los vencedores y la de los vencidos, y al lector le corresponde descifrar la realidad y construir el significado. Tal como sucede en la novela policíaca, cada relación, cada historia, y cada versión se altera continuamente con la aparición de nueva información que aumenta forzosamente el escepticismo de la protagonista. Siguiendo esta perspectiva dualista se introducen dos personajes masculinos que evidencian el carácter artificial de los discursos en relación a la construcción de la masculinidad (y de la paternidad). Uno es el que la protagonista cree, en principio, que es su padre, y el otro es el padre que imagina tras descubrir la correspondencia secreta de su madre con el escritor Albert Camus.

Para poder profundizar en la construcción sociocultural de los roles de género, Sara Ruddick (1989) aborda el tema desde una perspectiva práctica. La maternidad es definida como una actividad que se realiza de forma práctica y que requiere lo siguiente: el preservar la vida del hijo, el fomentar su crecimiento y el asegurar su integración social. Ya que la maternidad es algo que uno hace en la práctica y no algo que uno es, se separa la actividad maternal de la identidad de la mujer y se abre la experiencia de la maternidad a cualquier otro individuo, hombre o mujer, que desee realizarla. Es decir, la

persona que, al margen de su sexo, logre los tres requisitos (preservación, crecimiento e integración social del hijo) está realizando el rol maternal. En *La mitad del alma* la paternidad se plantea acorde a esta visión pues no se relaciona ni con la biología o ni con la genética sino con las responsabilidades emocionales, educacionales y afectivas.

Ya que Cecilia se ausenta temporalmente del hogar para atender sus otras ocupaciones, es el padre el que asume las responsabilidades de crianza de la hija que forja, desde muy temprana edad, una relación psicológica intensa con éste (o con quien, en principio, cree que es su padre). El vínculo emocional paterno se mantiene vigente hasta la adolescencia, y es descrito de la siguiente forma: "Nunca había superado la etapa Edípica o mejor dicho era un ejemplo perfecto del complejo de Electra" (119), "Durante muchos años pensé que mi padre era el hombre con quien me hubiera gustado casarme" (119). La intensidad de la relación paterno-filial es consecuencia de la dedicación, de la atención y del tiempo que el padre le dedica y, a pesar de ser el representante ideológico del franquismo, contradice con su comportamiento los valores sociales del momento al vincular su paternidad a diversas obligaciones y no sólo a las económicas. La identificación emocional que se establece entre ambos incita a la narradora a absorber la ideología política de su progenitor, y no será hasta su juventud en que logre superar su influencia y autoafirmarse. Al madurar, la hija reconsidera su postura, establece una militancia política opuesta y, finalmente, se casa con un disidente del régimen distanciándose definitivamente del discurso ideológico paterno.

A pesar de todo, ya ha quedado claro que este padre no sólo es capaz de realizar las actividades que, según Ruddick, requiere la maternidad (el preservar la vida de la hija

y el fomentar su crecimiento y su integración social) sino de realizarlas con gran éxito y con grandes dosis de satisfacción personal. Si bien en la psicología tradicional se asociaba la figura materna a la dependencia y a la regresión de la hija (por lo que ésta debía rechazarla), mientras que el padre representaba la libertad, la independencia y la emancipación (por lo que ésta buscaba su acercamiento), esto se debía a que era la madre la que se dedicaba en exclusiva a cuidarla y, para lograr la madurez la hija debía rechazar su influencia. En cambio, si tal como se plantea en el texto, hubiera sido el padre el que hubiera asumido aunque fuera temporalmente las responsabilidades de crianza, hubiera sido necesario el rechazo y la separación de éste. Es decir, el proceso de autoafirmación no funciona intrínsicamente contra la figura materna, sino contra quien sea que realice de forma práctica las actividades de crianza para lograr la preservación, el crecimiento y la integración social de la hija.

Posteriormente el argumento introduce el personaje masculino opuesto, el filósofo Albert Camus quien por ser el supuesto amante de la madre puede ser, en realidad, el verdadero padre de la protagonista. Siguiendo la perspectiva dualista, de nuevo la autora cuestiona los binomios realidad/ irrealidad, verdad/ ficción, bien/mal, e introduce a un personaje difícil de descifrar. En principio, Camus es un hombre idealista cuya obra filosófica se centra en la defensa de la tolerancia y de la justicia, en el amor por la libertad, en la necesidad de comprometerse con una causa justa y solidaria, y en denunciar la falta de valores de la sociedad española de la posguerra controlada por un régimen dictatorial, intolerante, e injusto. Por sus reflexiones textuales aparenta ser un hombre sinceramente comprometido con llevar una vida digna y virtuosa, y con la

defensa del valor de la memoria para construir la identidad de un pueblo. Sin embargo, desde su situación privilegiada como portavoz público condena los abusos sociales en los demás, mientras que él transgrede las reglas en su vida personal pues utiliza a las mujeres para satisfacer sus impulsos a su antojo. La colección de amantes y de relaciones simultáneas (y para él intrascendentes) que mantiene en su harén particular, y la frialdad con la que trata a Cecilia (a la que nunca llega a corresponder) y a todas sus otras amantes, corroboran su personalidad despiadada, y su incapacidad por identificarse con las mujeres de su entorno. De él comenta la narradora: "También él defendía la mentira en cuestiones amorosa" (196), "Era del dominio público que el escritor tenía fama de ser un donjuán, no en vano llevaba sangre española" (210). Su hipocresía resulta obvia ya que su actitud personal contradice su discurso público y su supuesta defensa de la integridad, de la solidaridad y del desinterés en las relaciones humanas. Por estos motivos Camus representa la versión opuesta del marido de Cecilia (que por su presencia hace de padre de la protagonista), pues no demuestra ningún interés por conocer o por participar en la vida de su hija. El hilo argumental sugiere que es la falta de reciprocidad y la insensibilidad de Camus lo que conducen a Cecilia al suicidio. Ésta termina por desaparecer en la localidad fronteriza de Portbou y muere, según algunas versiones, suicidándose al precipitarse contra un coche, aunque según otras, se trata de un accidente fortuito. De nuevo Riera presenta dos versiones de los hechos: la muerte accidental y la premeditada, y al lector le tocará deducir, desde su perspectiva, su interpretación. La realidad no es más que una sucesión de eventos aislados, indeterminados o contrapuestos, por lo que es necesario recopilar todos los sucesos para poder descodificar un sentido.

En la narrativa de Riera, la verdad no es nunca singular, objetiva, o universal pues se compone de las múltiples verdades individuales y subjetivas que interactúan de forma dinámica y que dilatan la realidad. La ficción posmoderna de Riera propone una relectura de la guerra y de la posguerra para completar las deficiencias de las versiones oficiales de la dictadura, y para recuperar la perspectiva, tanto de las mujeres en general, como de las que fueron republicanas y se vieron marginalizadas por su disidencia política. A su vez, el texto desmantela el mito de que la vivencia maternal (y la paternal) sea homogénea y uniforme para todo el colectivo que era lo que en el momento defendían las instituciones. Ya que la maternidad se plantea como una actividad que se realiza de forma práctica se abre la vivencia a los otros personajes del relato además de la madre biológica.

Adrienne Rich (1976) menciona la supremacía de los discursos sociales que desde las instituciones regulan la función maternal para asegurar, entre otras cosas, que la madre permanezca en una posición de dependencia y de sumisión ante el esposo que es el que mantiene, jurídicamente, la autoridad familiar. Como consecuencia, la experiencia de la madre no puede ser más que negativa, por lo que es necesario rechazar no ya la vivencia, sino la institución que regula la función. En el contexto histórico de la posguerra y de la dictadura corroboramos, en favor de Rich, que un gran número de mujeres no sólo asimilaron sino que defendieron con fervor los roles de género propuestos por las organizaciones franquistas. Desde el Movimiento Nacional mujeres como Pilar Primo de Ribera invocaban a sus compatriotas a transmitir los valores sociales del Estado. A pesar de todo, podemos inferir del texto que otras mujeres fueron capaces de encontrar formas contraculturales de vivir su maternidad. El argumento sugiere,

aunque no lo demuestra con seguridad, que cabe la posibilidad de rechazar los parámetros preestablecidos y de construir, aunque sea en la clandestinidad, una vivencia maternal acorde a las necesidades y a los deseos subjetivos de cada una. Sin pasar por alto la potencia de los discursos sociales que a través de diversos mecanismos controlan día a día la función, es siempre la mujer la que tiene la última palabra a la hora de vivir su proyecto de maternidad.

Entre las características de la literatura posmoderna destaca la marcada intención de recuperar la voz de los personajes tradicionalmente marginalizados o silenciados. La crítica ha documentado, por ejemplo, la gran cantidad de hijas sin madre que aparecen en las narrativas de la posguerra[77]. Marianne Hirsch (1989) es la primera en indicar que, en las sociedades patriarcales el tropo materno sólo puede existir de forma fragmentada, incompleta o "mediada a través de la perspectiva de la hija-autora" (185). No obstante, según Montserrat Lunati Maruny (2007), varias escritoras catalanas contemporáneas se han propuesto reinsertar a la figura materna en la historia colectiva, señalando su estatus de sujeto que habla y que desea, y presentándola como protagonista de la narración[78]. Por nuestra parte, concluimos que Riera procura recuperar en su texto la voz silenciada de las mujeres y de las madres durante este período histórico, no obstante, el hecho de que la narración esté relatada desde el punto de vista filial, así como los numerosos testimonios contradictorios o ambiguos que le impiden a la protagonista resolver el enigma de la

---

[77] Ver, por ejemplo, los estudios de Biruté Ciplijauskaité, Pat O' Byrne, o Carmen Martín Gaite.

[78] Lunati Maruny afirma que otros textos que reinsertan a la madre en la historia colectiva son *Un calor tan cercano* (1997) de Maruja Torres, *Sangre* (2000) de Mercedes Abad, *País Intimo* (2005) de María Barbal y *Todo un carácter* (2001) de Imma Monsó.

identidad materna evidencian lo utópico del propósito. Ya que el final permanece abierto es el lector el que debe construir desde su experiencia individual una interpretación definitiva. Sólo incorporando su punto de vista será posible completar la realidad. Como la experiencia de la maternidad (y de la paternidad) no es homóloga o singular, debe ser cada lector el que, desde sus propias reflexiones individuales y familiares situadas en el mismo contexto histórico, complete y cierre el sentido final de la narración.

CAPITULO V

Idealización de la maternidad en *Una victoria diferente* (2002) de Eva Piquer[79]

En los capítulos anteriores hemos visto que diversas escritoras catalanas tratan de recuperar en la actualidad la experiencia de la madre para combatir el matricidio literario de los años de la dictadura. No obstante, sus textos no dejan de estar narrados desde la perspectiva de las hijas, por lo que se hace necesario presentar, en este capítulo, la versión materna. La escritora, periodista y profesora universitaria Eva Piquer registra los juicios subjetivos de una madre catalana contemporánea en su cuarta novela, *Una victoria diferente* (2002). En dicho texto veremos cómo la vivencia afecta la construcción de la identidad de la protagonista así como las motivaciones e influencias que impulsan sus deseos de procreación.

Como hemos visto en el primer capítulo, durante muchos siglos, la tendencia generalizada ha sido la de idealizar la experiencia maternal señalando los aspectos positivos de la misma e ignorando los negativos, de forma que se le ha dificultado al colectivo femenino el poder elegir actividades alternativas. Los discursos socioculturales han considerado a la mujer desde una sola de sus dimensiones, la reproductora, poniendo ésta por encima de cualquier otra de sus capacidades. Como consecuencia la maternidad se ha convertido en la máxima expresión de feminidad en el inconsciente de millones de adolescentes que, dada la falta de modelos alternativos, sucumben a las influencias

[79] Eva Piquer (Barcelona, 1969) escritora y periodista catalana, trabaja en el periódico Avui y mantiene el blog "La feina o la vida". Ha sido corresponsal en Nueva York y profesora en la Universidad Autónoma de Barcelona. Recibió el prestigioso premio Josep Pla por *Una victoria diferente* (2002), que es su cuarta novela. Ganó el premio Atlántida a la mejor articulista en lengua catalana. Otras obras traducidas al castellano son *La chica del tiempo* (1996), traducida también al portugués y *Alicia en el país de la televisión* (1999).

culturales y transforman lo que debería ser una opción entre tantas otras, en una necesidad psicológica. Durante siglos las mujeres han tenido hijos porque, dado su potencial reproductor, era lo que se esperaba de ellas. En las sociedades patriarcales la mujer obtiene con la llegada del primogénito mayor estatus social-familiar y obtiene definitivamente la categoría de adulta.

*S*usan J. Douglas y Meredith W. Michaels (2004) denuncian que incluso en la actualidad se idealiza la experiencia desde los medios de comunicación. La televisión, el cine y las revistas utilizan las maternidades prototípicas y glamorosas de las famosas para vender ejemplares y para ganar audiencia, lo que produce una idea muy distorsionada de la experiencia en el imaginario social. Estrellas de fama internacional viajan a países exóticos y tercermundistas para aumentar su "colección" de hijos que lucen en los medios como si fueran accesorios para demostrar su modernidad y su amplitud de miras. Se trata de reportajes en los que no se ve el séquito de servicio doméstico y de profesionales que acompañan normalmente a estas madres adineradas que irradian satisfacción y bienestar, dando la falsa impresión de que la labor maternal es siempre agradable, manejable y maravillosa. Estas representaciones distorsionadas dan a entender a las adolescentes que si no logran ser madres no podrán sentirse realizadas mientras que si lo son, sus vidas resultarán extraordinarias. A las madres comunes que no cuentan con los mismos medios económicos que las famosas les causa resentimiento ya que, por mucho que se esfuercen, no lograrán estar a la altura de las familias idílicas de los medios.

En el caso de España, ya hemos visto que al caer la dictadura en 1975 se toman medidas para fomentar la incorporación de la mujer al ámbito público y profesional, no

obstante, los discursos mistificadores de antaño han quedado grabados en el imaginario colectivo y las propias mujeres siguen abarcando la experiencia maternal de forma irreal, superficial, u obsesiva. Además, ya que históricamente se ha mantenido a la mujer española en una posición de dependencia del esposo dedicada en exclusiva a las actividades del ámbito doméstico, apenas existen modelos de identificación de mujeres en cargos públicos, políticos o empresariales[80]. A pesar de los cambios político-jurídicos de las últimas décadas, el poco tiempo transcurrido dificulta el cambio de valores.

Anna López Puig (2007) menciona que al consolidarse la democracia se propone desde las instituciones españolas un nuevo modelo de mujer que participa plenamente en las actividades de la esfera pública pero sin abandonar sus responsabilidades maternales. La autora indica que esto se debe a dos motivos. En primer lugar, la tasa de natalidad es en la actualidad de las más bajas de la U.E. con 1.32 hijos por mujer mientras que la media europea es de 1.52. En segundo lugar, la tasa de actividad femenina es también de las más bajas de Europa con 42.8% de mujeres en activo en el año 1993 mientras que en Dinamarca, por ejemplo, ascendía a un 78,3 % (21). Estas realidades generan dos discursos sociales simultáneos, uno para acelerar la incorporación de la mujer al ámbito público y otro para aumentar la tasa de natalidad y evitar un posible colapso del sistema de la seguridad social. Jacqueline Cruz y Bárbara Zecchi (2004) corroboran que, en la actualidad, "la alarma producida por el drástico descenso de los índices de natalidad ha fomentado un discurso pronatalista que idealiza las ventajas de la maternidad desde todos los medios culturales y de comunicación, especialmente el cine y la publicidad" (16).

[80] A pesar de los esfuerzos de José Luis Rodríguez Zapatero quien, tras ganar las elecciones del 2008, crea el primer gobierno español con más mujeres que hombres en las carteras ministeriales.

Rosario Torres (2004) confirma que en la publicidad y en la prensa se explota el modelo de la supermujer capaz de competir simultáneamente en el ámbito público y en el privado cuyas "representaciones femeninas generan estereotipos reductivos, triviales, planteados como naturales, correctos y placenteros, así como roles sociales, sexuales y domésticos que tienden a situar a la mujer en desventaja y a considerarla mero referente"(430). Ana María Brenes García (2004) comparte la visión y menciona un prototipo de mujer "que sigue tanto los roles tradicionales propuestos desde el Patriarcado, como la agencia del feminismo más agresivo" (415). Josune Aguinaga Rustan (2004) afirma que ser una "mala madre es todavía el peor de los insultos hacia una mujer" (128) y que ninguna se atreve a negar su escasa vocación maternal por temor a ser culpabilizada. Ana María Díez Gutiérrez (2004) alude a un informe elaborado por la Generalitat de Cataluña de 1996 en el que, cuando se cuestiona a las alumnas sobre su futuro, éstas manifiestan en un porcentaje muy alto "que su objetivo en la vida sigue siendo el matrimonio y los hijos: raras veces son las ocasiones en que dan prioridad a un objetivo profesional" (110).

María Donapetry (2004) al hablar de la maternidad en el cine contemporáneo ratifica que, por un lado, se deconstruyen valores como el de la familia tradicional, pero por otro, se re-presenta a la mujer en roles tradicionales como el de la madre buena, "epítome de la feminidad en su rol 'natural', biológico, social, y anímico. Las características son totalizadoras: suele ser una madre soltera, viuda, abandonada, en condiciones precarias, dedicada en cuerpo y alma a su criatura" (377) "si la madre es TODO su mundo para el bebé, el bebé es TODO su mundo para la madre" (378). Es decir, más que defender la función como experiencia intrínsicamente satisfactoria se la

exalta por el sufrimiento que aporta a la madre soltera, abandonada, o victimizada por su pareja, capaz de sacrificarse abnegadamente por su hijo[81]. No obstante, a pesar de esta tendencia mistificadora del rol, Anna López Puig (2007) indica que las responsabilidades familiares dificultan hoy en día la plena incorporación de la mujer al mercado laboral. Según la autora "la respuesta de los poderes públicos a la hora de crear servicios que asuman el cuidado de personas dependientes en horario laboral no es suficiente" (23). Además, el varón no se ha incorporado con la misma celeridad a las actividades del ámbito doméstico o, como hemos visto ya en *Todo un carácter* y veremos a continuación en *Una victoria diferente*, desaparece completamente del contexto familiar.

Nuria Cruz-Cámara (2004) parte de los postulados de Kristeva sobre el culto a la Virgen María para afirmar que, aunque la mujer posmoderna ya no construye su identidad sobre el modelo de la Virgen, permanece aferrada a la imagen de la madre arcaica (que la Virgen representa) y sujeta a una relación idealizada que la une a esa madre omnipotente y perfecta capaz de satisfacer todas sus necesidades: "El culto a la Virgen se basa en la fantasía de una gratificación permanente y en una fusión total con la madre" (274). No obstante, "la imposible unión imaginaria conduce al fenómeno de culpabilización de la madre. Idealización y culpabilización no son sino las dos caras de la misma moneda" (275). En el texto veremos que la protagonista mantiene la fijación con la madre arcaica capaz de saciar todos sus deseos por lo que, cuando decide procrear, pretende recuperar con su embarazo la conexión con esa madre idealizada y todopoderosa. Sin embargo, la madre no va a poder saciar cada uno de los deseos de la

[81] La autora se refiere al cine español en general y a *Todo sobre mi madre* de Pedro Almodóvar en particular.

protagonista, por lo que a medida que crece ésta la inculpará de sus problemas, de sus limitaciones o de sus errores en lugar de reconocer su existencia como sujeto individual con aspiraciones propias[82]. Se trata, pues, de desidealizar la relación, de superar la fijación con la madre arcaica omnipotente y perfecta (para evitar la consecuente culpabilización), y de "reformular la identidad femenina en términos de sujeto en proceso" (275).

Por su parte, Silvia Tubert (2004) analiza el conjunto de operaciones simbólicas que configuran el imaginario social y que colectivizan los diversos deseos de las mujeres para fundirlos en un deseo común: el deseo del hijo a cualquier precio. Según la autora, las nuevas tecnologías reproductivas disminuyen la autonomía de la mujer al pasar por alto sus circunstancias personales, económicas, laborales o sociales para vender unos servicios homogenizadores que mantienen a la mujer encadenada a sus "obligaciones" biológicas. La ciencia se utiliza para gestionar la sexualidad femenina y para convertir su cuerpo en un laboratorio viviente, infinitamente fragmentado y despojado de cualquier referente subjetivo. Sin embargo, si en apariencia se pretende proveer lo que "por naturaleza" le corresponde: la procreación, los intereses científicos esconden los anhelos ocultos de controlar lo incontrolable, es decir, la vida y la muerte. Técnicas reproductivas como la fertilización in vitro, las madres de alquiler, o la congelación de los óvulos y del esperma demuestran que ya no es el deseo del hijo lo que prevalece, pues se rechaza la

[82] El concepto de madre arcaica desarrollado por Julia Kristeva es utilizado también por Barbara Creed en *The Monstrous-Feminine* (1993). Según Creed en el cine de terror lo monstruoso se relaciona con la madre arcaica y con su cuerpo, es decir, con todo aquello que está más allá del límite del orden patriarcal: lo abyecto, lo sucio, lo pre-lingüístico, lo innombrable, lo repugnante o lo deforme. El espacio pre-simbólico de unión con la madre arcaica es lo que incita el horror del espectador y debe ser repudiado porque amenaza su posición de sujeto en el orden simbólico.

maternidad por adopción, sino el deseo del hijo biológico, para salvaguardar la herencia genética y negar, de alguna forma, la existencia de la muerte. El objetivo ya no es tener un hijo, sino ser madre (en un sentido biológico) lo cual "permite creer que es posible tocar el secreto de la vida e imaginar que se puede trascender la castración y la muerte" (137).

El texto de Eva Piquer, *Una victoria diferente* (2002), presenta la historia de una mujer joven, liberada y autosuficiente de la Barcelona contemporánea que ha absorbido, inconscientemente, todos los mitos que desde las instituciones y desde la cultura popular se imponen e influyen, día tras día, en el colectivo femenino: el mito de la maternidad como experiencia siempre placentera, el mito de que una mujer sin hijos está incompleta o es disfuncional, el mito del amor maternal que es automático, incondicional, omnipresente, y omnipotente, y el mito de la supermujer capaz de cumplir con todas sus obligaciones en la esfera pública y en la privada. El relato demuestra que, incluso en la actualidad, ser mujer se traduce en ser madre, y la que no lo es se siente "fracasada" como mujer, aún habiendo cosechado múltiples éxitos en otras esferas. Ada, nuestra protagonista, evidencia que la subjetividad de la mujer está siempre condicionada por los discursos socioculturales que presentan la experiencia desde una óptica idealizada, superficial, o distorsionada. Además de la inmensa influencia que ejerce la presión social en su decisión de procrear, otros factores condicionan una elección que ella cree personal, individual y voluntaria. Como veremos a continuación, en el proyecto de maternidad de Ada intervienen unas necesidades que se regulan desde el inconsciente y unos rasgos de personalidad que incrementan sus deseos. Sin embargo, en ningún momento se detiene a

considerar sus circunstancias, la ausencia de familiares cercanos con los que compartir responsabilidades, o la escasez de servicios sociales en los que apoyarse.

Estructuralmente la novela se construye sobre dos historias paralelas que suceden con varios años de diferencia. En la primera, una narradora omnisciente en tercera persona relata diversos eventos de la infancia de Ada, la protagonista, y la relación con su madre y, en menor grado, con su padre. En la segunda, la narradora nos traslada al tiempo presente de la Barcelona contemporánea para relatar en primera persona su situación, su decisión de procrear, y los percances que sufre para lograr su objetivo. Los deseos del hijo surgen como respuesta a una pérdida doble. Ada pierde a su madre, dos semanas después la abandona su novio, Pere, y como consecuencia, se decanta por la maternidad para paliar, de alguna manera, las pérdidas. Es decir, no se trata de una elección madura y meditada, sino que surge inconscientemente como un mecanismo de defensa para negar la sensación de desamparo, el dolor del fracaso sentimental, y los sentimientos de orfandad.

Respecto a la presión social y cultural, ya hemos mencionado de qué forma se idealiza la experiencia. A lo largo del relato, el hijo se imagina como fuente constante de felicidad, de gozo, y de placer, y se utiliza para contrarrestar los sufrimientos de la vida. Ada espera que un hijo reemplace, de alguna forma, los vínculos emocionales desaparecidos y se decanta por la maternidad en solitario porque un novio te puede dejar, y una madre se te puede morir, pero un hijo es para siempre y, ni te traicionará, ni te abandonará nunca, o por lo menos eso es lo que mantiene el mito. Es decir, Ada sucumbe a la presión social, glorifica la experiencia, mistifica el vínculo afectivo que puede existir

entre ella y su descendiente, y pasa por alto todo el esfuerzo, el sacrificio, el tiempo, y la dedicación que exige su cuidado. Los deseos de maternidad se convierten a lo largo del relato en una verdadera obsesión que va más allá de cualquier explicación racional, en parte, por la presión que juega la biología ya que la narradora tiene treinta y dos años y es consciente de que las probabilidades de tener un hijo saludable decrecen con la edad. La idealización de los vínculos emocionales materno-filiales, el deterioro del amor propio como consecuencia del abandono del novio, y la presión biológica determinan su decisión y, la protagonista se embarca obstinadamente en la búsqueda del hijo a cualquier precio. Además, Ada muestra desde muy joven tendencias de personalidad obsesivo-compulsivas lo que no hace más que empeorar la situación.

Ada imagina que todas sus aflicciones y tristezas van a desaparecer en cuanto nazca su hijo. Por eso, al descubrir que está, por fin, embarazada afirma "saber que ya existías me hizo llorar de emoción" (16) y "ya no me sentía tan huérfana. Tú, un secreto sin nombre, me hacías compañía" (16). Las lágrimas provocadas por el fracaso sentimental llegan a desaparecer completamente gracias al anticipo de felicidad que el hijo representa. A pesar de ser una joven profesional sumamente competente ninguna de sus otras identidades parecen satisfacerla y sólo el nacimiento del hijo puede otorgar el sentido del que su vida carece. El amor del hijo se imagina largo y duradero, ya que de ella va a depender y con ella va a estar, por lo menos, durante los próximos dieciocho años: "Un hijo no es un pariente lejano que se presenta una vez al año a tomar café y te obliga a hacer limpieza general: quedaría mal que un invitado ocasional encontrara las camas sin hacer, los platos por lavar y montañas de ropa sucia en medio del pasillo. Un

hijo viene a quedarse. Tú, criatura, también estarás cuando la casa esté desordenada" (35). Es decir, a diferencia de otras relaciones afectivas, el hijo ofrece garantías de permanencia, de estabilidad, y de perpetuidad y le permite paliar la sensación de vacío y de insuficiencia.

Sin embargo, para criar a un hijo se requieren grandes dosis de fortaleza, de serenidad y de autoestima. Las carencias afectivas de Ada, su vulnerabilidad y su hipersensibilidad indican una fragilidad emocional que la incapacita para una maternidad efectiva lo cual se evidencia alegóricamente con la muerte prematura de sus plantas: "Como todas las plantas se me mueren por falta de agua, me he comprado un cactus. En caso de duda no lo riegues, me han dicho en la floristería. Es la única planta que me veo capaz de cuidar" (120). Los dos símbolos, la planta y el agua funcionan como metáforas de la vida, del nacimiento, de la energía, y de la fertilidad. Sin embargo, el bienestar y el crecimiento de la planta dependerá de sus cuidados. El hecho de que Ada se declare inepta para nutrir a un simple vegetal a pesar del escaso esfuerzo que requiere su cuidado diario deslegitima su decisión de procrear.

Si bien el relato evidencia una forma cultural diferente de ejercer la maternidad ya que la madre y no el padre asume toda la autoridad familiar (lo cual sería impensable hace tan sólo unas décadas), el victimismo con el que Ada describe los eventos indica una inestabilidad emocional que sin duda va a dificultar la labor maternal. Al repetir a modo de letanía a lo largo del texto la desgracia de haberse visto abandonada por un hombre despiadado demuestra una fragilidad que ponen en cuestionamiento su resolución: "mi hombre me ha dejado por otra mujer y no puedo parar de llorar" (17). A su vez, el hecho

de que la nueva amante de su exnovio sea una mujer diez años más joven que ella rememora los viejos clichés de la novela rosa, y unos valores estereotipados que vinculan la feminidad con la indefensión y la masculinidad con la dominación. Para exagerar aún más la problemática Ada indica al principio del relato que el proceder deshonesto no es exclusivo de su exnovio, Pere, sino cualidad masculina generalizada, pues ya su padre engañaba impunemente a su madre causándole un gran dolor durante su infancia: "Un día, ahora todavía lejano, Ada verá en su cuarto novio la misma cara de culpabilidad que ha visto en su padre… Y se pondrá a llorar como nunca durante tres días y tres noches. Llorará por ella y por su madre que habrá vivido feliz y engañada…" (52). Esta categorización binaria del comportamiento masculino/femenino contrapone, por un lado, a Ada y a su madre como eternas víctimas martirizadas y por otro, a Pere y a su padre como déspotas tiranos y abusivos, reestableciendo unos valores estereotipados que se creían superados y desmintiendo las apariencias de modernidad que representa en principio el paradigma familiar. Numerosas autoras han procurado en los últimos años reivindicar la experiencia de la maternidad para defender los aspectos enriquecedores y positivos de la misma. No obstante, todas concuerdan en la necesidad de abarcarla desde la óptica de la fortaleza, de la capacidad de agencia y de la seguridad de la mujer, en lugar de hacerlo acorde a parámetros patriarcales que acentúan la inseguridad, la debilidad, o las carencias de las mujeres[83].

Además de la presión sociocultural, el relato evidencia la influencia de una serie de necesidades inconscientes en los deseos de maternidad de Ada. Silvia Tubert (2004)

[83] Ver, por ejemplo, Adrienne Rich, Andrea O' Reilly, Daphne de Marneffe, o Sara Ruddick.

sostiene que, aunque el deseo del hijo aparenta ser un proyecto consciente, éste viene regulado por tendencias inconscientes que parten de la "identificación narcisista con la madre" (113). La narración se inicia con una conversación muy significativa entre madre-hija que revela la necesidad de la narradora de mantenerse emocionalmente conectada a su madre más allá del tiempo y del espacio. Ada, siendo aún una niña pequeña, cuestiona a su madre sobre la realidad de la muerte que es lo único capaz de destruir el vínculo que las conecta y expresa su deseo de permanecer fusionada a ella eternamente:

> -"Mamá, ¿dónde va la gente cuando muere?
>
> -No lo sabemos, Ada. Al cielo. O a ningún sitio.
>
> -¿Tú y yo iremos juntas a ningún sitio?" (9).

A los dos años Ada "entiende que algún día su madre se moriría" (11) lo que le provoca noches de insomnio y le incita a suplicarle que ni se muera ni la abandone nunca: "la niña se ha secado las lágrimas y con una pronunciación demasiado clara para su edad, le ha dicho: no te mueras nunca, mamá. Pero Ada ya sabía que era un deseo imposible" (11). Ya que mantener la proximidad eternamente no es posible, lo que se hace evidente cuando un cáncer incurable acaba con la vida de la madre, su muerte sólo puede ser negada produciendo otra vida humana que, de modo simbólico, garantice la prolongación de su existencia. La procreación establece una continuidad entre la vida y la muerte pues si la muerte representaba el fin temporal de la madre, el dar a luz a una nueva vida significaría la inauguración de un nuevo espacio de tiempo. Por este motivo, decidirá "delante del nicho de la madre muerta, que le había llegado la hora de ser madre" (183). Es precisamente ante la tumba de su madre en que se decanta por la maternidad biológica

y rechaza, por ejemplo, la adopción ya que sólo así garantiza la regeneración materna y su recuperación simbólica, o en sus propias palabras: "un hijo o hija deseado retornaría el sentido a mi árbol genealógico" (18). Al morir su madre prematuramente, Ada idealiza la relación materno-filial y el mundo idílico de la infancia en el que todos sus deseos eran inmediatamente gratificados por una madre omnipotente y omnipresente y se decanta por la procreación sin considerar que, una vez nazca el deseado hijo, va a haber una inversión de roles y va a ser ella la que tenga que entregar desinteresadamente su amor, su tiempo, sus recursos y su energía, y va a ser su descendiente el que reciba, con mayor o menor agradecimiento, los beneficios. En lugar de considerar que el cuidado del hijo conlleva una ambivalencia profunda pues es siempre desigual ya que uno entrega y el otro recibe, Ada cree poder recuperar su infancia y el vínculo emocional materno a través de la procreación, lo que resulta sin duda una utopía.

El embarazo representa para Ada el triunfo definitivo, es decir, la posibilidad de negar el paso del tiempo y la finitud de la vida por lo que al confirmar con el predíctor que está encinta exclama: "Todo había salido redondo… Un hijo o hija deseadísimo que devolvía el sentido a mi árbol genealógico. Hacía nueve meses que había dejado de ser hija y me faltaban nueve para empezar a ser madre… Ya no me sentía tan huérfana" (182). Ya que con la procreación garantiza la continuidad genética y biológica de su difunta madre, cuando descubre que está encinta de una hija saludable (y no de un hijo) decide llamarla igual que ésta: Victoria. El simbolismo del nombre es, pues, doble ya que representa no sólo el logro del objetivo: la ansiada maternidad, sino también, la negación de la muerte de la madre y la preservación de los vínculos emocionales. El hecho de que

esté embarazada de una hija que, por ser mujer, garantiza con su fertilidad la continuidad del ciclo regenerativo familiar, explica la connotación victoriosa del nombre. A través de la maternidad Ada mantiene la ilusión de permanecer conectada a su madre, y durante todo el embarazo las tres generaciones: su madre, ella, y la futura hija permanecen unidas en un ciclo infinito de muerte y de resurrección. Por eso es, en este preciso instante y no antes, es decir, después de que el cáncer le ha arrebatado irremediablemente la figura materna, cuando surge la necesidad imperiosa de procrear. Recordemos que, aunque la narradora ha estado embarazada con anterioridad, opta por el aborto pues en su juventud la presencia física de la madre minimiza la necesidad de engendrar. Así pues, en el caso de Ada, no se trata de una facultad innata, sino que brota inesperadamente para poder compensar, de manera simbólica, la pérdida materna. Por ello, cuando se descubre al fin encinta recupera el bienestar emocional y le otorga a su futura hija un protagonismo explícito: "cuando seas mayor podrás presumir de haberme salvado. Has añadido dos puntos suspensivos a lo que parecía un punto final" (18). Es altamente significativo que el relato finalice tal como se ha iniciado, con la conversación de Ada y su hija Victoria, que ya tiene dos años, que es la misma que al principio del texto ha tenido Ada con su madre (ahora difunta):

> -"Mamá, ¿dónde va la gente cuando muere?
>
> - No lo sabemos, Victoria. Al cielo. O a ningún sitio.
>
> -¿Tú y yo iremos juntas a ningún sitio?" (189).

Diversas teóricas han analizado las implicaciones de la subjetividad materna en el desarrollo psicológico del hijo. Jessica Benjamin (1994) señala que el mito de la madre

omnipotente y perfecta que por su dedicación y esfuerzo es capaz de gratificar todas las necesidades del hijo debe ser erradicado pues nadie puede satisfacer completamente y en todo momento los deseos de otra persona o controlar su voluntad. La fantasía de la madre todopoderosa y siempre presente impide conceptualizar a la madre como sujeto autónomo separado de la hija, por tanto, ambas permanecen encadenadas en una relación conflictiva y son incapaces de separarse. La hija porque guarda en su inconsciente resentimiento ya que teme separarse de la madre lo que engendra, a su vez, sentimientos de culpabilidad, y la madre porque, al desear la separación, teme destruir a su hija y ser culpabilizada por ello. Según Benjamin, para desidealizar la relación, la hija debe aceptar que su madre nunca podrá amarla como ella desea, y la madre debe admitir la ambivalencia que siente ante la dependencia a veces excesiva de su hija. Sólo así podrán aceptarse ambas como sujetos con necesidades, ambiciones y deseos individuales, y sólo así superarán la ambivalencia, el resentimiento o las inculpaciones.

En el texto, la identificación de Ada con su madre se basa en el compartir un mismo dolor y un mismo destino, una como mujer engañada hasta la metástasis final y la otra como mujer abandonada. Lo que las mantiene unidas es el sufrimiento común y la falta de poder y de libertad lo que resulta negativo para ambas, y lo que generará inculpaciones. Si bien para Ada la procreación permite la recuperación simbólica de la figura materna, para la madre supone la pérdida de la libertad y el fin de su desarrollo profesional. Ada relata que su madre tiene que dejar de estudiar la carrera de medicina para asumir el rol de ama de casa cuando se queda imprevistamente encinta, lo que genera un gran resentimiento que no logra superar nunca, y por lo que decide no tener

más hijos: “Mi madre dejó de estudiar porque se quedó embarazada. No se cansó de reprochármelo mientras vivía. Podrías haberte esperado diez años antes de nacer, Ada. Podrías haberte esperado… Como si alguien me hubiese pedido a mí la opinión antes de fecundarme” (48). Este sacrificio provoca que la madre tenga que vivir, tras haber dado a luz, a través de las experiencias de la hija, por lo que le propone, cuando llega el momento, que estudie medicina y poder hacer realidad su olvidado sueño. Sin embargo, Ada elige lo contrario para contrariarla: “El día que tuve que elegir una carrera tenía once opciones en la cabeza… Como última opción, sólo para contentar a mamá, puse medicina” (50). Es decir, ambas se mantienen encadenadas en una relación compleja que destila, en principio, identificación y complicidad pero, posteriormente, resentimiento y culpabilización. La madre porque presupone lo que le conviene a su hija y le impone sus deseos para poder recuperar las experiencias que en su juventud le fueron arrebatadas, y Ada porque resiente la presión materna. Recordemos que cuando Ada describe las pequeñas cosas que la exasperan menciona la convicción de parecerse cada vez más y sin poder evitarlo a su madre, y el miedo de tener una hija que se le parezca a ella cada vez más. Es decir, tal como han señalado Chodorow y Contratto (1992), la idealización de la figura materna y la imposibilidad de mantener la unión con ella eternamente degenera en su culpabilización. El hecho de que Ada, aún como adulta, no logre superar los vínculos que la encadenan a su madre y el que ninguna de las dos haya sido capaz de reconocer a la otra como sujeto individual polemiza, una vez más, la decisión de procrear.

El argumento evidencia otro factor que influye en la elección consciente de la maternidad y que va a afectar, sin duda, la labor maternal. Tras la actitud victimista y

sufridora de Ada se esconde un rasgo de personalidad muy negativo. Si bien se esfuerza por demostrar a menudo su sagacidad intelectual y su indudable precocidad, una lectura minuciosa corrobora que se trata en realidad de un perfeccionismo hiperbólico que, por un lado, la empuja a autosuperarse pero, por otro, le impide perdonar cualquier error propio o ajeno (de ahí la imposibilidad de perdonar a su exnovio, Pere, o a su padre). Ada relata, con vanidad disfrazada de indiferencia, que cuando en el colegio les miden el coeficiente intelectual Marc obtiene 77 puntos, los otros alumnos entre 90 y 110 puntos, y ella 153 puntos. No obstante, a pesar de su talento excepcional no está nunca contenta, le cuesta disfrutar de sus éxitos, y necesita sentirse superior a los demás para valorarse. En el examen de matemáticas saca con diferencia la mejor nota de la clase, 9,75 sobre diez, pero por la noche no puede conciliar el sueño pensando "en el 0,25 que le ha faltado para hacer un examen perfecto" (140). Su terror al fracaso le impide participar en actividades que podrían resultar enriquecedoras al margen del resultado final, mantener una actitud objetiva o positiva, y relacionarse normalmente con sus compañeros. Ada "decide no participar en el campeonato de natación porque no tiene claro que lo pueda ganar" (122), "sólo participa en campeonatos cuando cree que tiene claras posibilidades de llevarse una medalla (98), y "prefiere renunciar al placer de jugar antes que tener que afrontar el disgusto de ser la segunda" (98). Esta obsesión por ser siempre la primera y por dominar cualquier situación la empujan a avanzar en sus estudios con "ocho excelentes por trimestre" (84), a aprobar el graduado escolar con matricula de honor y el bachillerato y el COU con una media de nueve y medio, a sacar un 9,76 en el examen de selectividad, y a mantener un expediente universitario "plagado de excelentes y de matrículas" (129).

Incluso “jugando al futbol en el patio, Ada es mejor que la mayoría de sus compañeras“ (86), sin embargo, ninguno de sus triunfos la complacen y no se siente satisfecha aunque le reconozcan sus méritos.

Cuando el profesor de dibujo va a elegir su lámina impecable para mostrarla como ejemplo ante la clase, Ada descubre una manchita minúscula en la parte inferior de la lámina y decide romperla, frustrada, ante la pequeña imperfección: “Ada mira la lámina y sólo ve la mancha” (135). Ella misma admite su tendencia a la autoflagelación por ser “perfeccionista, solitaria, hipersensible, y demasiado susceptible” (143). Incluso su maestra del parvulario afirma que no sabe hacer trabajos en equipo y que, aunque necesita la constante aprobación de sus compañeros, “le cuesta integrarse en el grupo” (36). Su actitud hipercrítica, su insufrible perfeccionismo, y su miedo al fracaso van a dificultar enormemente una labor que requiere enormes dosis de flexibilidad, de imperfección y de paciencia. Para lograr una maternidad exitosa y beneficiosa, no es necesario contar con un alto coeficiente intelectual o con conocimientos complejos, pero hay que saber manejar las relaciones interpersonales y las frustraciones diarias con resignación.

La flexibilidad de carácter, la cooperación y el reconocimiento de los sentimientos y de las emociones son cualidades imprescindibles para criar a hijos psicológicamente saludables. Si hay algo que la crianza de un hijo requiera es el aceptar con humildad las imperfecciones y las limitaciones del hijo y las propias para poder lidiar con los conflictos cotidianos, y el saber mirar hacia otro lado, una vez, dos, o las que sean necesarias, cada vez que uno de los dos fracase. También se requieren grandes dosis de

optimismo y de paciencia para poder manejar las reacciones impulsivas de los niños, para afrontar sus desobediencias, y para aceptar las emociones negativas sin caer en la desesperanza. El comportamiento infantil no es siempre razonable o predecible por lo que la empatía y la intuición resultan cualidades esenciales. No obstante, Ada destaca por las características opuestas: es crítica, individualista, compulsiva, arrogante, susceptible, perfeccionista, pesimista, e hipocondríaca (recordemos que vive atormentada por enfermedades inusitadas y por síntomas imaginarios) lo que va a dificultar la labor maternal. Su necesidad de corregir las oraciones mal estructuradas o de captar los errores gramaticales, y su inclinación a sentirse culpable o insatisfecha sugieren que le va a ser imposible disfrutar de la relación materno-filial, y lo que es peor, el permitirle a su hija disfrutar.

El proyecto de la maternidad está también motivado por inseguridades y temores más o menos conscientes que Ada trata de superar concibiendo el hijo como justificación vital. Si bien los varones se aferran casi siempre a su identidad profesional para justificar su existencia y para adquirir el prestigio y el reconocimiento que desean, la mujer siempre puede recurrir, si no destaca en nada más, a su potencial biológico para vindicar, a través de los hijos, su existencia. Recordemos que Ada se queda embarazada a los diecinueve años pero decide abortar porque las perspectivas de futuro en ese momento son muchas, sobre todo por su elevado coeficiente intelectual y por sus numerosos éxitos escolares. A los treinta y dos años, sin embargo, tiene un trabajo común y corriente en un periódico y su vida resulta ordinaria, solitaria y monótona. El proyecto del hijo se concibe no sólo para cubrir sus necesidades afectivas sino también para adquirir el

reconocimiento, el aprecio, y el estatus social que desea y necesita. Ada descubre como mujer adulta que su situación profesional y financiera no es la que de ella, por ser brillante, trabajadora y perfeccionista, se esperaba. A pesar de su enorme potencial intelectual no ha logrado destacar en el ámbito laboral por lo que empieza a imaginar que un hijo otorgará un nuevo sentido a su opaca existencia. Un hijo va a depender durante muchos años de ella y va a evidenciar sin duda lo mucho que la necesita y que la adora, lo que es positivo para su autoestima y justifica su realidad.

> No he inventado la vacuna del sida. No he escrito la novela que querría leer. No he cerrado el agujero de la capa de ozono. No he compuesto música que sacuda los sentidos. No he creado de la nada objetos hermosos. No he caminado a pasos pequeños para mí pero grandes para la humanidad… No he devuelto la vista a los ciegos, ni la voz a los mudos, ni el sentido a los enamorados. No he cambiado el mundo… No he ayudado a nadie a vivir mejor… Puede ser que el planeta esté lleno de gente como yo. Gente que prometía mucho y ha acabado haciendo poco. (173)

Es decir, Ada imagina la maternidad como fuente de prestigio, de seguridad y de respeto. No obstante, está bien documentado el escaso prestigio social que conlleva la labor maternal a pesar de los muchos sacrificios que implica. En la sociedad capitalista y consumista actual, cada vez en mayor grado se valora tan sólo el trabajo que se remunera económicamente, mientras que se devalúa cualquier otra actividad que no quede sellada con una retribución tangible. Arlie Russell Hochschild (1997) afirma que, a diferencia del

trabajo profesional, la labor maternal es interminable, carece de horarios fijos, concede poco respeto, y sus beneficios son menos inmediatos, perceptibles o tangibles. Ann Crittenden (2004) documenta que las madres que cuidan, protegen, y educan, día tras día, de sus hijos son las mayores productoras de capital humano del sistema económico. El capital humano (distinto del capital natural o recursos naturales), es el más importante de los factores de producción, y podemos definirlo como el esfuerzo físico e intelectual que aporta el ser humano en la cadena de actividades productivas. No obstante, aunque se alaba hipotéticamente la función, en términos reales se minusvalora a las madres al negarles cualquier compensación por sus esfuerzos. Por este motivo, la posibilidad de que Ada recupere a través de la función maternal la esperanza extraviada o el prestigio social deseado, es improbable. En lugar de plantearse la procreación desde su plenitud, su madurez, su capacidad y su suficiencia Ada la utiliza precisamente para compensar sus carencias o deficiencias lo que resulta problemático.

A pesar de todo, una vez que nuestra protagonista se decanta por la maternidad se dedica a buscar el candidato ideal que pueda producir el ansiado embarazo. Considera primero a un antiguo profesor del instituto pero lo descarta pues detesta su arrogante personalidad. Acto seguido se propone convencer a su viejo amigo gay, pero no halla ni el modo ni el momento apropiado, por lo que desiste. Se plantea entonces acudir a un banco de semen lo cual rechaza también porque "prefería poderte explicar que te había engendrado con placer, no a golpe de jeringa… en un sitio bonito, no en una cama aséptica con olor a hospital" (116). Hace ya cuatro décadas que Shulamith Firestone (1970) afirmaba que, ya que las nuevas tecnologías reproductivas iban a liberar a las

mujeres de las responsabilidades biológicas, éstas podían adquirir la autonomía y la libertad necesarias para desarrollar sus múltiples identidades. Sin embargo, la autora pasa por alto que independientemente del proceso de concepción, de inseminación o de gestación del feto y al margen del modelo familiar preestablecido, sigue siendo la madre (biológica o no) la que tiene que asumir las actividades de crianza del hijo durante por lo menos 18 años. Aunque la reproducción sexual no sea la base sobre la que se apoya hoy en día la familia y aunque el hijo se conciba como una opción individual, se siguen asignando las responsabilidades de crianza a una madre en concreto (y en menor grado a un padre). Volviendo a la novela, Ada rechaza la reproducción artificial y se decanta por una unión carnal, lo que resulta sin duda contradictorio dada su intención de excluir completamente al padre de la vida de su hija.

Para lograr la fecundación Ada se acuesta con uno de los mejores amigos de su exnovio, Pere, pero fracasa en su objetivo pues a los pocos días le viene la menstruación. Cuando conoce por casualidad a un hombre casado y padre de tres hijos se propone seducirlo pues el hecho de que sea casado indica que no va a reclamar sus derechos paternales en una nueva familia. No obstante, cuando descubre que el candidato elegido acaba de hacerse una vasectomía, renuncia al propósito. La invitan entonces a una reunión de antiguos compañeros de colegio y con una mezcla de curiosidad y de ansiedad cae en un mar de dudas: "¿Y si todos los de la clase estaban emparejados menos yo? ¿Y si ya tenían hijos? ¿Y si habían llegado más lejos? ¿Y si la felicidad les quedaba más cerca? ¿Y si su vida se merecía un 'muy bien' y la mía apenas un 'regular'?" (156). El hecho de que se pregunte si sus amigos "ya tenían hijos" evidencia que considera la

procreación una obligación ineludible en lugar de una opción entre tantas otras. El orden en el que plantea la sucesión de cuestiones indica de nuevo un pensamiento jerárquico muy influenciado por las expectativas sociales, pero no meditado desde una perspectiva individual: primero se busca la pareja, después el hijo, luego la profesión, y finalmente llega la autorrealización.

En la reunión de antiguos alumnos del colegio Ada descubre que su antiguo amor platónico, el Miquel, está casado y tiene una hija pequeña y otra en camino por lo que se ausenta temprano de la fiesta. Cuando Ada empieza a aceptar que no va a encontrar jamás al candidato ideal que pueda producir el embarazo, vislumbra en la distancia a su viejo amigo Marc. Ya que ambos personajes han mantenido una amistad duradera no es de extrañar que sea Marc el que logre, al fin, dejarla encinta. El desenlace final no indica las condiciones de crecimiento de la pequeña Victoria pero podemos imaginar que dada la vulnerabilidad, la inseguridad, y la baja autoestima de su madre le va a resultar muy difícil identificarse con ella y con sus valores. Adrienne Rich (1976) afirma que, en la sociedad patriarcal, el paradigma de la madre perfecta eternamente idealizada por su capacidad de entrega y sacrificio, pero por ello mismo victimizada o silenciada, incita la desconexión emocional, el resentimiento, el rechazo y, por último, la matrofobia de la hija, que se niega a compartir su mismo destino.

A su vez, Rich denuncia la eficacia de los discursos políticos, sociales y culturales que logran, entre otras cosas, que la madre dependa económicamente de su marido (o si trabaja fuera del hogar que su sueldo sea inferior), que su labor sea menospreciada al negarle cualquier remuneración salarial, que su autoestima decrezca debido a la soledad

que conlleva su aislamiento en el hogar y a la ausencia de mecanismos de apoyo, que si tiene hijos nacidos fuera del marco del matrimonio sean considerados ilegítimos, que el sistema jurídico regule decisiones que le conciernen solo a ella como la contracepción o el aborto, y que la autoridad familiar permanezca en manos paternas a pesar de las escasas responsabilidades que éste asume en las actividades domésticas y familiares. En este sentido y tal como refleja el texto, los avances de las últimas décadas son, sin duda, muchos. Los cambios político-jurídicos permiten que Ada pueda desarrollar múltiples identidades además de la maternal, que no dependa económicamente de su pareja (pues no tiene ninguna), que funcione como cabeza de familia al margen de su estatus conyugal, que controle su sistema reproductor con diversos métodos anticonceptivos, y que cuente con ciertos mecanismos de apoyo. No obstante, a pesar de los avances mencionados con anterioridad, el hecho de que Ada no relate en ningún momento una meta profesional, que no describa una satisfacción generada de su trabajo, y que se aferre una y otra vez a su identidad maternal prioritaria evidencia unos valores muy estereotipados y desfasados.

Algunas voces han tratado de desmantelar últimamente el mito de la supermujer capaz de rendir simultáneamente en el ámbito profesional y en el familiar[84]. Diversos estudios documentan la escasez de recursos, de energía y de tiempo libre de estas mujeres así como el exceso de trabajo y de responsabilidades. Susan Maushart (2003) denuncia, a

[84] Para entender las dificultades de las madres que trabajan fuera del hogar ver *Entre la familia y el trabajo* (2007) de Anna López Puig y Amparo Acereda o *Las mujeres y los niños primero: discursos de la maternidad* (2004) de Ángeles de la Concha y Raquel Osborne (el capítulo X de Sara Barrón). En el ámbito académico anglosajón leer *The Second Shift: Working Parents and The Revolution at Home* (1989) de Arlie Russell Hochschill, o las memorias de la escritora Mary Kay Blakely: *American Mom: Motherhood, Politics and Humble Pie* (1994).

su vez, la fachada psicológica bajo la que se refugian muchas madres cuando refieren sólo los aspectos positivos del rol para demostrar su eficiencia y sentirse seguras, en lugar de reconocer con honestidad las dificultades y los conflictos que encuentran día a día como madres. Es decir, la función maternal, lejos de ser una labor ordinaria y trivial pasa a ser una actividad compleja y laboriosa en la que intervienen dos voluntades diferentes y a veces contrapuestas.

En este sentido, aunque la novela termina cuando Victoria cuenta ya dos años, el hecho de que Ada no narre en ningún momento el más mínimo contratiempo o problema en las tareas cotidianas de crianza, sustrae credibilidad a sus palabras. Aparentemente, la madre heroica del relato puede atender sin estrés sus múltiples obligaciones laborales y domésticas, superar la falta de sueño, el cansancio y la escasez de tiempo libre, y afrontar todas las responsabilidades en solitario (recordemos que no sólo hay ausencia de padre sino también de abuelos y de cualquier otro familiar con el que poder contar en caso de emergencia). Además, a Ada no le afectan los cambios hormonales, la depresión posparto o el malestar físico y emocional que tantas mujeres padecen tras dar a luz, y su hija Victoria es, desde su nacimiento, una niña idílica que ni llora, ni tiene cólicos, ni tiene infecciones de oído o dolores de garganta. Es decir, el texto refleja la tendencia habitual de idealizar la experiencia y de pasar por alto los aspectos negativos que, junto con la alegría generalizada, también forman parte de la misma.

En conclusión, *Una victoria diferente* evidencia que el proyecto del hijo es fruto de numerosas influencias tanto conscientes como inconscientes que de una forma u otra afectan las decisiones de las mujeres, así como la necesidad de ampliar los discursos

culturales y literarios para ofrecer novedosas representaciones del sujeto femenino y del masculino que permitan a las generaciones jóvenes identificarse. Los cambios jurídicos por sí solos no pueden garantizar los cambios sociales necesarios porque por motivos históricos están profundamente arraigados en la colectividad. Como hemos visto, Ada, la protagonista sigue abarcando la vivencia maternal desde una óptica mistificada y sublimada. La glorificación de la experiencia se basa, a su vez, en una idealización de la relación mantenida con su propia madre, ahora difunta, lo que resulta problemático porque degenerará, a largo plazo, en resentimientos e inculpaciones. El argumento indica que el proyecto del hijo se consolida para paliar sus inseguridades, sus temores y sus sentimientos de soledad tras haber pedido a su madre prematuramente y tras haber sido abandonada por su novio. Sin embargo, Ada no se plantea en ningún momento que tarde o temprano las hijas crecen y se independizan o, por lo menos, tienen derecho a hacerlo, por lo que resultaría acertado que encontrara otra forma de mitigar las frustraciones y de contraponer los sentimientos de abandono, de crisis o de desamparo. Además, esta madre primeriza imagina a su hija como una criatura perfecta y adorable en todo momento lo que resulta sin duda una fantasía utópica que va a dificultar la labor maternal sobre todo durante el período de la infancia y el de la adolescencia. Si bien en principio *Una victoria diferente* refleja una representación maternal novedosa pues la madre y no el padre asume toda la autoridad familiar, la abnegación con la que Ada afronta en solitario las múltiples responsabilidades, el hecho de que no dé prioridad a ninguna otra identidad más allá de la maternal, y la forma ingenua e idealista de plantearse la vivencia desvanece por completo las apariencias de modernidad del relato.

Aunque el rol maternal puede resultar sin duda muy satisfactorio en un momento determinado, no significa que sea siempre placentero y dichoso. Tampoco significa que, para una misma mujer, otro embarazo posterior genere idénticas dosis de satisfacción porque dependerá de las cambiantes circunstancias familiares, sociales, o económicas, del estado anímico de la madre, y la personalidad del recién nacido que puede resultar incompatible con la de la madre, o más compleja que la del hermano. Por este motivo, es fundamental plantearse cada vivencia maternal de forma individual, evitar caer en generalizaciones, e ignorar los numerosos discursos glorificadores que presentan una visión muy distorsionada de la misma. El título de la novela *Una victoria diferente* evidencia que gracias a los cambios de las últimas décadas la función maternal puede, hoy por hoy, ser reivindicada por la protagonista pues ha dejado de ser, como en épocas pasadas, una obligación impuesta y subordinada a la autoridad paterna. No obstante, para que llegue a ser una elección auténticamente libre, las representaciones literarias deben abarcar la vivencia desde una óptica realista y verosímil que permita a las generaciones jóvenes tomar decisiones informadas.

CONCLUSIONES

El presente estudio ha profundizado en las representaciones de la maternidad y de las relaciones materno-filiales en cuatro novelas de la literatura catalana contemporánea, prestando especial atención a las diversas configuraciones políticas, sociales, culturales, religiosas, o familiares que de una forma u otra afectan la experiencia. Como bien han señalado Ángeles de la Concha, Raquel Osborne, Laura Freixas, Anna Caballé o Concha Alborg, la crítica no ha prestado suficiente atención a dichos tópicos. En la literatura tradicional (es decir, masculina) la feminidad ha estado siempre ligada a la maternidad y ésta a la conyugalidad, lo cual le ha dificultado a la mujer elegir identidades alternativas. A partir de la revolución industrial del siglo XIX, se consolida en los países occidentales la división de esferas y las actividades del ámbito público pasan a ser patrimonio exclusivo de los varones, mientras que las del privado lo son de las mujeres. Por medio del contrato matrimonial se garantiza la dependencia económica y jurídica de la mujer que debe dedicarse gratuitamente a las actividades domésticas y de crianza, mientras que el varón debe aportar el sustento familiar. Como consecuencia, las actividades laborales vienen a considerarse productivas, competitivas, y lucrativas mientras que las de crianza se imaginan mucho más factibles o exentas de problemas, por lo que no exigen ninguna formación o preparación previa. El hogar pasa a ser un espacio idílico en el que el padre puede reposar antes de emprender de nuevo la lucha diaria por ganarse el sustento, y la madre viene a ser un ángel protector dedicado a preservar la paz y el bienestar familiar. Por su ardua e industriosa labor él adquiere una dignidad y una autoridad sobresaliente, mientras que ella permanece en un estado de dependencia y de sumisión infantilizado.

No obstante, hemos visto en las novelas analizadas que la labor maternal no es siempre gozosa y jubilosa, que no agota todas las identidades de la mujer, y que no surge de forma automática y espontánea sino que debe ser aprendida con la práctica diaria. A su vez, hemos comprobado en nuestro estudio la presión que juegan las diversas influencias sociales, políticas, culturales, religiosas, o familiares en la experiencia.

En *El último patriarca* hemos visto la influencia de la cultura islamista con una representación maternal anacrónica que contradice el discurso de género emancipatorio defendido por las instituciones catalanas del momento. Mientras que durante la dictadura franquista los discursos hegemónicos sobre la mujer defendían su dedicación exclusiva a las actividades de la esfera privada, con la llegada de la democracia se implanta el paradigma de la supermujer capaz de cumplir simultáneamente con las responsabilidades domésticas y las profesionales. Sin embargo, al tratarse de una familia de inmigrantes musulmanes, la figura materna del relato acata los valores culturales de su país de origen y dedica todas sus energías, su tiempo y sus recursos al cuidado familiar, aún a pesar de las constantes humillaciones y abusos de su dictatorial esposo. Con su comportamiento "ejemplar" la madre abnegada del relato espera servir de modelo a su hija y prepararla para su rol biológico "natural", pero ésta se niega a reproducir el sistema social y se rebela contra las costumbres y las tradiciones familiares. Ya que el personaje materno no ha desarrollado otras identidades al margen de la maternal, su autoestima y bienestar dependen completamente del éxito de su función materna y, si no logra que su hija adopte los valores prescritos, será socialmente culpabilizada. No obstante, el hecho de que a pesar de su dedicación y de sus esfuerzos no logre dominar, controlar o influenciar a una

hija que mantiene la rebeldía hasta el final, demuestra la complejidad de una labor en la que intervienen dos voluntades diferentes, y en este caso, contrapuestas. Su única responsabilidad es educar a su hija de forma que ésta acate las tradiciones, pero por mucho que lo intenta no logra controlar ni su comportamiento, ni su disposición, ni su personalidad. Es decir, al igual que las actividades del ámbito profesional, el rol maternal puede generar grandes dosis de frustración y de impotencia, sobre todo para las mujeres que han invertido todo su tiempo y energía en la labor, lo cual es raramente mencionado en los discursos literarios. El fracaso de esta madre es definitivo pues, una vez su hija crece y se independiza, al no haber desarrollado otros aspectos de su personalidad se ve obligada a permanecer en un matrimonio desigual, con un marido que la maltrata pero del que depende en todos los sentidos. De la narración concluimos que, lo que induce a esta madre a mantener la dependencia e incluso la identificación con una pareja que la humilla sistemáticamente es su baja autoestima, su nula funcionalidad social, su desconocimiento de las cuestiones financieras, y su pavor a sentirse desprotegida. Lo que motiva al patriarca del clan a recluir a su esposa en el ámbito doméstico y a regular todos sus movimientos es el temor oculto de no ser, en realidad, el verdadero padre de sus hijos. Ya que la procreación es la única dimensión que escapa de su control y de su dominio, se ve obligado a utilizar todo tipo de estrategias e incluso la violencia para resguardar la continuidad de sus caracteres hereditarios.

En *La mitad del alma* vislumbramos, de nuevo, una representación maternal anacrónica pues tampoco concuerda con el paradigma propuesto desde las instituciones sociales. Aunque la narración se ubica en el contexto histórico del franquismo, la madre

del relato, Cecilia, participa en múltiples actividades del ámbito público y es el padre el que asume las actividades de crianza de la hija, lo cual contradice el discurso de género del período. Si bien en este momento las mujeres son veneradas por la función que como madres realizan y son obligadas con diversos mandatos político-jurídicos a permanecer en el hogar para educar a los hijos, Cecilia desmiente la existencia de una maternidad homogénea para todo el colectivo con su experiencia maternal refractaria. Aún así, su labor resulta altamente efectiva a juzgar por el saludable desarrollo físico, intelectual y emocional de la hija. El texto presenta la figura ausente de la literatura española, la de la madre como sujeto agente que, al margen de los discursos socioculturales, logra construirse una vivencia maternal acorde a sus necesidades y a sus deseos individuales. A su vez, el relato evidencia que las actividades de la esfera pública y las de la privada no son necesariamente incompatibles y que los roles de género son mucho más flexibles de lo que presuponen los discursos hegemónicos. No obstante, el hecho de que la narración no concluya con un final cerrado, y la sucesión de versiones antinómicas o conflictivas que desestabilizan el argumento sugieren que le corresponde al lector ampliar los significados más allá de lo que se proclama desde las instituciones. En el texto de Riera todo son contradicciones, ilusiones o apariencias, por lo que conceptos como la identidad, la feminidad y la maternidad se abren a tantas interpretaciones como lectores, que son los que determinan el sentido definitivo del los mismos.

En *Todo un carácter* hemos corroborado de nuevo que aún cuando la experiencia maternal se coloca en el centro de la narración, ésta sigue estando descrita desde la óptica de la hija. El relato se ubica en el contexto de la Cataluña democrática actual por lo que la

matriarca del clan, una mujer enérgica y emancipada, puede construirse una experiencia maternal a su gusto y medida. Sin embargo, el hecho de que adquiera toda la autoridad familiar no significa que desaparezcan los problemas. Ya que la madre del relato asume en solitario todas las responsabilidades familiares se crean fuertes vínculos afectivos entre madre e hija, lo cual dificulta la separación emocional y el desarrollo de la personalidad de la hija. Como el referente paterno se convierte en un tema tabú pues la madre lo excluye completamente de la vida de su descendiente, se establece una identificación y una dependencia exagerada que degenera, a largo plazo, en matrofobia. Cuando la hija-narradora descubre que las actitudes y los valores de su progenitora se han reproducido involuntariamente en ella, desarrolla una crisis de identidad y posteriormente una depresión. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, la madre no logra mejorar el estado anímico de su hija lo que corrobora, una vez más, las frustraciones, las limitaciones o la impotencia que acarrea en ocasiones la función. No será hasta que la madre desarrolle sus otras identidades pre-maternales y se distancie de su hija manteniéndose ocupada en otros menesteres, que resultará posible, en primer lugar, la maduración y la autoafirmación de la hija-protagonista, y finalmente, la reconciliación entre ambas.

Desde la perspectiva materna, el relato evidencia que ésta debe poder compaginar sus deseos de autorrealización personal con las actividades maternales pues, cuanto más capaz sea de desarrollar sus otras identidades, más facilitará la separación psicológica de la hija. A su vez, el texto muestra que, para desarrollar el sentido de identidad individual de la hija es aconsejable incluir al referente paterno (no necesariamente vinculado a la madre en una relación conyugal) y a otros miembros familiares con los que la hija pueda

identificarse y quebrantar así los vínculos emocionales y la regresión constante hacia la figura materna. Si bien, en apariencia, el texto refleja un paradigma familiar novedoso al presentar a una madre autosuficiente capaz de sacar a su familia adelante, el hecho de que se adjudique todas las responsabilidades laborales, familiares y domésticas sin esperar la colaboración paterna evidencia un retorno a los valores convencionales. Al aceptar la sobrecarga de trabajo está indicando, consciente o inconscientemente, que las actividades de crianza son "por naturaleza" responsabilidades femeninas aún cuando la madre trabaja fuera del hogar y contribuye al sustento familiar. Que el propio padre acepte su exclusión y no reclame, ni en sus últimos instantes de vida, su derecho establecer una relación afectiva con sus hijas, evidencia la asimilación absoluta de los valores patriarcales.

Comprobamos los cambios de la sociedad catalana en *Una victoria diferente*, el único texto narrado desde la óptica materna. Desaparece de nuevo el modelo de familia tradicional, pero contrariamente a lo que se podría esperar, se sigue abordando la vivencia de forma idealizada, romantizada y superficial. En la novela el proyecto del hijo viene motivado por las inseguridades, por las carencias y por los temores de la protagonista, y sirve para negar la muerte prematura de su madre y el abandono de su expareja, para justificar su propia existencia, y para recuperar el prestigio social y el reconocimiento deseado. Ada, la joven narradora, espera que la procreación le permita la recuperación simbólica de la figura materna, no obstante, el hecho de que no logre superar los vínculos emocionales que la encadenan a ella, la mistificación exacerbada de dichos vínculos, y el que ninguna de las dos fuera capaz de reconocer a la otra como sujeto con necesidades individuales polemiza su decisión de procrear. Ada imagina a su

futura hija como una criatura perfecta y adorable en todo momento lo que resulta una fantasía utópica que va a dificultar la labor maternal sobre todo en el periodo de la infancia y de la adolescencia. Al igual que en *Todo un carácter* vislumbramos en *Una victoria diferente* que la madre y no el padre adquiere la autoridad familiar. No obstante, la forma abnegada y sacrificada de asumir en solitario todas las responsabilidades, el hecho de que no dé prioridad a ningún objetivo profesional, y la ingenuidad y el sentimentalismo con que aborda la experiencia de la maternidad desvanecen por completo las apariencias de modernidad del relato.

Al glorificar, mistificar e idealizar la función maternal desde la literatura, estamos extraviando cualquier posibilidad de mejorarla para que todas las mujeres puedan llegar a disfrutarla o para que, si así lo desean, opten por experiencias alternativas. La satisfacción psicológica que deriva del cuidado del hijo es muy variable de mujer a mujer por lo que es fundamental considerar las preferencias de cada una en lugar de homogeneizar o de categorizar la vivencia y establecer unos estándares universales. Aunque para algunas los beneficios emocionales derivados de la función son inmediatos, para muchas otras las satisfacciones son menos perceptibles o llegan mucho más tarde, lo que no ha quedado debidamente registrado en la literatura.

A pesar de todo vislumbramos en los textos ciertos avances. En tres de las novelas analizadas (*La mitad del alma, Todo un carácter y Una victoria diferente*) verificamos que las madres participan en diversas actividades del ámbito público o profesional, que mantienen la autoridad familiar total o parcialmente, y que desarrollan un sentido identitario al margen de su labor materna (aunque débil en el caso de Ada). Si bien *Una*

victoria diferente presenta grandes dosis de idealización, los otros textos reflejan una multiplicidad de aspectos negativos como la ambivalencia que genera en ocasiones el rol, los problemas emocionales entre madres e hijas, la sobrecarga de trabajo y de responsabilidades de las madres solteras, etc., lo que otorga credibilidad a las narraciones. A su vez, los textos reflejan también las satisfacciones que genera la vivencia aún a pesar de los diversos problemas que enfrentan las madres en sus quehaceres cotidianos. La figura materna que manifiesta cuantías menores de satisfacción y de bienestar es la única que mantiene, por ser de otra cultura, unos valores sociales hoy en día ya muy desfasados en la sociedad catalana lo cual evidencia de nuevo que han habido avances[85]

La crítica ha mencionado la gran cantidad de hijas sin madre de las novelas de la posguerra y de la dictadura, lo cual ha sido atribuido a la posición de marginalidad que ocupaban en este momento las mujeres[86]. Ya que las escritoras no lograban identificarse con una madre servil y abnegada que mantenía, con su complicidad, los valores sociales opresivos de los años de la dictadura franquista, optaban por el matricidio literario. Como consecuencia, la historia de la madre desaparece de los relatos o aparece en los márgenes de las narraciones como personaje secundario, mientras que la hija adquiere, como heroína, el protagonismo. Sin embargo, resulta significativo que dicha tendencia se

[85] Nos estamos refiriendo a la madre de *El último patriarca.*

[86] Textos de la literatura catalana de posguerra con protagonistas huérfanas de madre, en conflicto con ésta, o con descripciones negativas de la maternidad o el embarazo son *La plaza del Diamante* (1962) *La calle de las camelias* (1966) o *Aloma* (1968) de Mercé Rodoreda, *Julia* (1970) de Ana María Moix, *El mismo mar de todos los veranos* (1978) de Esther Tusquets, *Ramona adeu* (1972), *El temps de les cireres* (1977) o *L'hora violeta* (1980) de Montserrat Roig, *La intimidad* (1997) de Nuria Amat, y *Las mujeres que hay en mí* (2002) de María de la Pau Janer. Algunas de estas novelas se ubican en la dictadura pero otras son ya del período democrático.

mantiene vigente incluso tras la consolidación democrática. En *El ultimo patriarca* el rechazo de la hija es comprensible ya que la madre acepta con pasividad una situación intolerable, y fomenta con su actitud sumisa la continuidad de los valores patriarcales. No obstante, el distanciamiento y el rechazo ocurre también en *Todo un carácter* a pesar de tratarse de una madre emprendedora y autosuficiente que, por su fortaleza y su capacidad de agencia, supone un excelente ejemplo para la hija. De ello deducimos que, al margen del contexto familiar, social o político de cada texto es inevitable cierto grado de rebeldía y de rechazo por parte de la hija ya que ésta debe ser capaz de superar la identificación emocional, desarrollar su propia subjetividad y, en última instancia, autoafirmarse. Es decir, el desarrollo identitario de la hija exige, aunque sea temporalmente, la ruptura con la madre para poder diferenciarse de la misma. Una vez la hija consolida su identidad individual puede recuperar definitivamente los lazos quebrados con el personaje materno.

Al margen de su contexto histórico, en tres de las cuatro novelas analizadas, la madre es la responsable absoluta y exclusiva del bienestar de la hija, ya sea por iniciativa propia o por las presiones familiares. Tan solo en *La mitad del alma* se comparten las obligaciones familiares y domésticas con otros personajes del círculo social o familiar. Significativamente, percibimos en este texto menores dosis de matrofobia y de conflictos materno-filiales. Es decir, al liberar a la figura materna de una responsabilidad excesiva se flexibiliza la relación y, como consecuencia, se fomenta la identificación, el respeto y el acercamiento de la hija.

Adrianne Rich y sus seguidoras han hecho hincapié en la potencia de los discursos sociales y culturales que desde las instituciones regulan la función materna y le

impiden a la mujer disfrutarla. No obstante, en *El último patriarca*, *La mitad del alma* y en menor grado en *Una victoria diferente* el comportamiento de la madre no concuerda con lo que se propone desde las instituciones. En estos textos, la madre contradice los parámetros sociales del momento y se construye, aunque sea en la clandestinidad, una vivencia maternal contracultural. Lo que moldea su experiencia por encima de todo es, o su propia subjetividad, o la influencia de su entorno inmediato, es decir, de los valores familiares. De ello deducimos que, sin pasar por alto la potencia de los discursos sociales y culturales que a través de diversos mecanismos influyen día a día en la función, es la mujer la que tiene la última palabra a la hora de decidir su proyecto de maternidad.

No obstante, comprobamos en las novelas que la capacidad de agencia de la madre (y por ende la del padre) abarca tan sólo su propia experiencia maternal que es lo único que en realidad puede aspirar a moldear según sus necesidades, deseos o preferencias. Tarde o temprano su influencia sobre la hija decrece, y finalmente ésta termina por emanciparse, llegando incluso a rechazar los consejos o valores maternos. Por este motivo es necesario erradicar el mito de la madre idealizada y perfecta que por su dedicación, esfuerzo y sacrificio es capaz de producir hijos perfectos que se adscriben a los valores familiares o culturales ya que, a largo plazo, ni la madre ni nadie puede influir en la voluntad, en la subjetividad o en la personalidad de la hija.

Si hay algo que podemos deducir, a modo de conclusión, de las cuatro narraciones es la diversidad de problemas, de emociones y de conflictos que caracterizan la función, la heterogeneidad de posiciones que han ocupado a través de la historia las mujeres en la sociedad catalana, y la complejidad de una labor que presuntamente se realiza de forma

“natural” o “instintiva” pero que, en realidad, se altera y redefine constantemente según las necesidades sociales. Al hablar de las relaciones materno-filiales cada novela presenta, a su vez, su propia perspectiva por lo que es contraproducente homogeneizar las visiones y generar conclusiones fuera de su contexto particular. Tal vez la única deducción vial de dichos textos sea la necesidad de seguir investigando un tópico que dista mucho de estar agotado, y de continuar registrando representaciones heterodoxas de la maternidad y de las relaciones materno-filiales para desarrollar estudios novedosos y ampliar así el caudal de interpretaciones.

LIST OF REFERENCES

Abbey, Sharon y Andrea O' Reilly, eds. *Redefining Motherhood: Changing Identities and Patterns.* Toronto: Sumach Press, 1998. Impreso.

Aguado, Neus. "Llenguatge secret: sobre *Temps d'una espera*." *El mirall i la máscara: vint-i-cinc anys de ficció narrativa en l'obra de Carme Riera.* Ed. Luisa Cotoner. Barcelona: Ediciones Destino, 2000. 291-98. Impreso.

Aguinaga Roustan, Josune. "Mujer y fecundidad." *La mujer en la España actual: ¿Evolución o involución?* Eds. Jacqueline Cruz y Barbara Zecchi. Barcelona: Icaria, 2004. 117-32. Impreso.

Badinter, Elisabeth. *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX.* Barcelona: Ediciones Paidos Ibérica, 1992. Impreso.

---. *Le Conflit, la Femme et la Mere.* Quebec: Flammarion, 2010. Impreso.

Bartrina, Francesaca. "Teatre de dona al tombant de segle: *La infanticida* de Caterina Albert." *Lectora* 3 (1997): 39-48. Impreso.

Bayes, Jane H. and Nayereh Tohidi, eds. *Globalization, Gender, and Religion: The Politics of Women's Rights in Catholic and Muslim Contexts.* New York: Palgrave, 2001. Impreso.

Beauvoir de, Simone. *El segundo sexo*. 1949. Madrid: Cátedra, 2005. Impreso.

Bengoechea, Mercedes. "Mi madre es un hueco en el espacio: discursos poéticos y lingüísticos sobre la insignificancia materna." *Las mujeres y los niños primero: Discursos de la maternidad*. Eds. Ángeles de la Concha y Raquel Osborne.Barcelona: Icaria Editorial, 2004. 81-110. Impreso.

Benjamin, Jessica. *The Shadow of the Other; Inter-subjectivity and Gender in Psychoanalysis*. New York and London: Routledge, 1997. Impreso.

---. *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism, and the Problem of Domination.* New York: Pantheon Books, 1988. Impreso.

---. "The Omnipotent Mother: A Psychoanalytic Study of Fantasy and Reality." *Representations of Motherhood.* Eds. Donna Bassin, Margaret Honey y Meryle M. Kaplan. New Haven: Yale University Press, 1994. 129-46. Impreso.

Bernard, Jessie. *The Future of Motherhood.* New York: Dial Press, 1975. Impreso.

Bieder, Maryellen. “Carme Riera and the Paradox of Recovering Historical Memory in *La meitat de l’ánima*.” *Visiones y revisiones: la narrativa de mujer del siglo XX.* Amsterdam: Rodopi, 2007. 200-14. Impreso.

Blades, Joan y Kristin Rowe-Finkbeiner. *The Motherhood Manifesto: What America’s Moms Want and What To Do About It.* New York: Avalon, 2006. Impreso.

Brenes García, Ana María. “Mujer y publicidad: La representación del cuerpo de *Superwoman*.” *La mujer en la España actual:¿Evolución o involución?*. Eds. Jaqueline Cruz y Barbara Zecchi. Barcelona: Icaria Editorial, 2004. 413-27. Impreso.

Brunswick, Ruth Mack. “The Preoedipal Phase of the Libido Development.” *The Psychoanalytic Reader: An Anthology of Essential Papers with Critical Introductions.* Ed. Robert Fliess. New York: International Universities Press,1940. 231-53. Impreso.

Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York and London: Routledge, 1990. Impreso.

Caballé, Anna. *Una breve historia de la misoginia: Antología y crítica.* Barcelona: Editorial Lumen, 2006. Impreso.

Camí-Vela, María Antonia. *La búsqueda de la identidad en la obra literaria de Carme Riera.* Madrid: Editorial Pliegos, 2000. Impreso.

Caplan, Paula J. *Don’t Blame Mother: Mending the Mother-Daughter Relationship.* New York: Rouledge, 2000. Impreso.

Carbonell, Neus. "In the Name of the Mother and the Daughter: The Discourse of Love and Sorrow in Mercè Rodoreda´s *La plaça del Diamant." The Garden across the Border*. Eds. Kathleen McNerney y Nancy Vosburg. Selinsgrove: Susquehanna University Press, 1994. 17-50. Impreso.

Catalá, Víctor. *Solitud.* 1904. Barcelona: Ediciones 62, 2005. Impreso.

Chasseguet-Smirgel, Janine. “Freud and Female Sexuality: The Consideration of Some Blind Spots in The Exploration of the Dark Continent.” *International Journal of Psychoanalysis* 57 (1976): 275-86. Impreso.

Chevalier, Jean and Alain Gheerbrant. *Dictionary of Symbols*. London: Penguin Books, 1996. Impreso.

Chodorow, Nancy J. y Susan Contrato. “The Fantasy of the Perfect Mother.” *Feminism and Psychoanalitic Theory.* New Haven: Yale University Press, 1989. 79-96. Impreso.

Chodorow, Nancy J. *The Reproduction of Mothering*. 1978. Berkeley: University of California Press, 1999. Impreso.

---. *Feminism and Psychoanalytic Theory*. New Haven, CT: Yale University Press, 1989. Impreso.

Cixous, Helene. *The Helene Cixous Reader.* Ed. Susan Sellers. London and New York: Routledge, 1994. Impreso.

Concha, Ángeles de la. "La figura materna, un problema transcultural. Reflexiones sobre su representación en la novela de autoría femenina." *Las mujeres y los niños primero: Discursos de la maternidad*. Eds. Ángeles de la Concha y Raquel Osborne. Barcelona: Icaria Editorial, 2004. 259-82. Impreso.

Crittenden, Ann. *The Price of Motherhood: Why the Most Important Job in the World Is Still the Least Valued*. New York: Metropolitan Books, 2001. Impreso.

Cruz, Jaqueline y Barbara Zecchi eds. "A modo de prólogo."*La mujer en la España actual:¿Evolución o involución?*. Barcelona: Icaria Editorial. 2004. 7-24. Impreso.

Cruz-Cámara, Nuria.*"¿*Se movió la mujer tras la Movida?." *La mujer en la España actual: ¿Evolución o involución?* Eds. Jacqueline Cruz y Barbara Zecchi. Barcelona: Icaria, 2004. 267-95. Impreso.

Daly, Brenda O. and Maureen T. Reddy, eds. *Narrating Mothers: Theorizing Maternal Subjectivities.* Knoxville: The University of Tennessee Press, 1991. Impreso.

Davey, Moyra, ed. *Maternidad y creación: Lecturas esenciales.* Trad. Elena Vilallonga. Barcelona: Alba editorial, 2007. Impreso.

Deutsch, Helene. "The Psychology of Woman in Relation to the Functions of Reproduction." *The Psychoanalytic Reader: An Anthology of Essential Papers with Critical Introductions.* Ed. Robert Fliess. New York: International Universities Press, 1969. 165-79. Impreso.

Díez Gutiérrez, Ana María. "Mujer, educación y trabajo; la engañosa paridad." *La mujer en la España actual: ¿Evolución o involución?* Eds. Jacqueline Cruz y Barbara Zecchi. Barcelona: Icaria, 2004. 99-115. Impreso.

DiFrancesco, María. *Feminine Agency and Transgression in Post-Franco Spain: Generational Becoming in the Narratives of Carme Riera, Cristina Fernández Cubas and Mercedes Abad*. Newark Delaware: Juan de la Cuesta, 2008. Impreso.

Dinnerstein, Dorothy. *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human*

Malaise. New York: Harper Colins, 1976. Impreso.

Donapetry, María. "Cinematernidad." *La mujer en la España actual: ¿Evolución o involución?* Eds. Jacqueline Cruz y Barbara Zecchi. Barcelona: Icaria, 2004. 373-94. Impreso.

Douglas, Susan J. y Meredith W. Michaels. *The Mommy Myth: The Idealization of Motherhood and How It Has Undermined Women*. New York: Free Press, 2004. Impreso.

Epps, Brad. "Solitude in the City: Victor Catala with Merce Rodoreda." *Women's Narrative and Film in 20th Century Spain*: *A World of Difference(s).* Eds. Ofelia Ferrán y Kathleen Glenn. London: Routledge, 2002. 19-40. Impreso.

Firestone, Shulamith. *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution. 1970.* New York: Farrar, Straus and Giroux, 2003. Impreso.

Folbre, Nancy. *The Invisible Heart: Economics and Family Values.* New York: New Press, 2001. Impreso.

Freixas, Laura. *El libro de las madres.* Madrid: 451 editores, 2009. Impreso.

Freud, Sigmund. *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud.* Ed. J. Strachey. London: Hogarth Press and The Institute of Psychoanalysis,1953. Impreso.

Friedan, Betty. *The Feminine Mystique*. 1963. New York: Norton & Company Inc., 2001. Impreso.

Friedl, Erika. "Ideal Womanhood in Post-revolutionary Iran." *Mixed Blessings: Gender and Religious Fundamentalism Cross-Culturally.* Eds. Judy Brink y Joan Mencher. New York: Routledge, 1997. 196-204. Impreso.

Gámez Fuentes, María José. *La madre en el cine y la literatura de la democracia.* Castellón-España: Ellago Ediciones, 2004. Impreso.

Gilbert, Neil. *A Mother's Work: How Feminism, the Market, and Policy Shape Family Life.* New Haven: Yale University Press, 2008. Impreso.

Gómez, María Asunción. "Orfandad y maternidad: *La Plaza del Diamante* y *La calle de las Camelias,* de Mercé Rodoreda." *Crítica hispánica* 30 1-2 (2008): 35-53. Impreso.

Gore, Ariel, ed. *The Essential Hip Mama: Writing From the Cutting Edge of Parenting*. Jackson: Seal Press, 2004. Impreso.

Graham Helen. “The Material Reality of State Power: Gender and the State: Women in the 40s.” *Spanish Cultural Studies: an Introduction.* Eds. Helen Graham y Jo Labanyi. Oxford: Oxford University Press, 1995. 182-95. Impreso.

Hachmí, Najat El. *El último patriarca.* Barcelona: Planeta, 2008. Impreso.

Hays, Sharon. *The Cultural Contradictions of Motherhood.* New Haven: Yale University Press, 1996. Impreso.
Hirsch, Marianne. *The Mother/Daughter Plot: Narrative, Psychoanalysis, Feminism*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press, 1989. Impreso.

---. “Mothers and daughters.” *Signs* 7.11 (1981): 200-22. Impreso.

Hochschild, Arlie Russell. *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home.* New York: Viking, 1989. Impreso.

---. *The Time Bind: When Work Becomes Home and Home Becomes Work.* New York: Metropolitan, 1997. Impreso.

Horney, Karen. “The Flight from Womanhood.*” International Journal of Psycho-Analysis* 12 (1926): 360-64. Impreso.

Irigaray, Luce. *The Irigaray Reader*. Oxford: Basil Blackwell, 1991. Impreso.

Jacobs, Amber. *On Matricide: Myth, Psychoanalysis, and the Law of the Mother.* New York: Columbia University Press, 2007. Impreso.

Klein, Melanie. *Works of Melanie Klein vol. I: Love, Guilt, Reparation and Other Works, 1921-1945.* London: The Hogarth Press and the Institute of Psychoanalysis, 1975. Impreso.

Kristeva, Julia. *Revolution in Poetic Language*. New York: Columbia University Press, 1984. Impreso.

---. *Powers of Horror. An Essay on Abjection*. New York: Columbia University Press: 1982. Impreso.

Lacan, Jaques. *Ecrits: A Selection.* Traductor A. Sheridan. London: Tavistock, 1977. Impreso.

Ladd-Taylor, Molly y Lauri Umansky. *Bad Mothers: The Politics of Blame in Twentieth Century America*. New York: NYU Press, 1998. Impreso.

Lazarre, Jane. *The Mother Knot.* Durham: Duke University Press, 1977. Impreso.

Lessing, Doris. 1954. *A Proper Marriage.* New York: New American Library, 1970. Impreso.

Levi-Strauss, Claude. *The Elementary Structures of Kinship.* Boston: Beacon Press, 1969. Impreso.

Lewin, Ellen. *Lesbian Mothers: Accounts of Gender in American Culture*. Ithaca: Cornell University Press, 1993. Impreso.

López Puig, Anna. "Implicaciones del equilibrio trabajo-familia." *Entre la familia y el trabajo: Realidades y soluciones para la sociedad actual.* Eds. Anna López Puig y Amparo Acereda. Madrid: Narcea Ediciones, 2007. 19-37. Impreso.

Lunati Maruny, Montserrat. *Capsa de Pandora. Imma Monsó: la narrativa de la ironía i la diferencia.* Vic: Eumo Editorial de la Universidad de Vic, 2007. Impreso.

Malamud Smith, Janna. *A Potent Spell: Mother Love and the Power of Fear.* New York: Houghton Mifflin, 2003. Impreso.

Marneffe de, Daphne. *Maternal Desire: On Children, Love, and the Inner Life.* New York: Little, Brown and Company, 2004. Impreso.

Maushart, Susan. *The Mask Of Motherhood: How Becoming a Mother Changes Everything and Why We Pretend It Doesn't*. New York: New Press, 1999. Impreso.

---. *What Women Want Next*. London: Bloomsbury, 2007. Impreso.

McBride, Angela Barron. *The Growth and Development of Mothers*. New York: Harper and Row, 1981. Impreso.

McKenna, Elizabeth Perle. *When Work Doesn't Work Anymore: Women, Work and Identity*. New York: Bantam Doubleday Dell Publishing, 1998. Impreso.

Medina, Raquel. "Mujer y Poesía: La inscripción de la subjetividad femenina y la conciencia creativa del lenguaje poético." *La mujer en la España actual:¿Evolución o involución?.* Eds. Jaqueline Cruz y Barbara Zecchi. Barcelona: Icaria Editorial, 2004. 219-33. Impreso.

Mercadé, Anna."Conciliación entre vida personal y vida laboral." *Entre la familia y el trabajo: Realidades y soluciones para la sociedad actual.* Eds. Anna López Puig y Amparo Acereda. Madrid: Narcea Ediciones, 2007. 61-80. Impreso.

Mitchell, Juliet. *Psychoanalysis and Feminism: A Radical Reassessment of Freudian*

Psychoanalysis. 1974. New York: Basic Books, 2000. Impreso.

Molina, Cristina. "Madre inmaculada, virgen dolorosa. Modelos e imágenes de la madre en la tradición católica." *Las mujeres y los niños primero: Discursos de la maternidad*. Eds. Ángeles de la Concha y Raquel Osborne. Barcelona: Icaria Editorial, 2004. 43-68. Impreso.

Monsó, Imma. *Todo un carácter.* Barcelona: Alfaguara, 2001. Impreso.

Montero, Rosa. "Gender and Sexuality. The Silent Revolution: The Social and Cultural Advances of Women in Democratic Spain." *Spanish Cultural Studies: an Introduction.* Eds. Helen Graham y Jo Labanyi. Oxford: Oxford University Press, 1995. 381-85. Impreso.

Morcillo, Aurora G. *True Catholic Womanhood: Gender Ideology in Franco's Spain.* DeKalb: Northern Illinois University Press, 2008. Impreso.

---. "Feminismo y lucha política durante la II República y la guerra civil." Ed. Pilar Folguera. *El feminismo en España.* Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 1988. 85-110. Impreso.

Nichols, Geraldine. "Un retorn als orígens" *El mirall i la máscara: vint-i-cinc anys de ficció narrativa en l'obra de Carme Riera.* Ed. Luisa Cotoner. Barcelona: Ediciones Destino, 2000. 15-31. Impreso.

Núñez Gil, Marina y María José Rebollo Espinosa. "Maternidad intuitiva versus maternidad reglada: el modelo de la perfecta madre en la España franquista." *De mujeres sobre mujeres y educación.* Sevilla: Universidad de Sevilla, 2006. 167-90. Impreso.

O' Byrne, Pat. "Representaciones de la maternidad en la novela española (1940-1960)." *Construcciones culturales de la maternidad en España: la madre y la relación madre-hija en la literatura y el cine contemporáneos.* Ed. M. Cinta Ramblado. Alicante: Universidad de Alicante, 2006. 31-44. Impreso.

O' Reilly, Andrea, ed. *21st Century Motherhood: Experience, Identity, Policy, Agency.* Columbia University Press: New York, 2010. Impreso.

---. *Motherhood: Power and Oppression.* California: Women's Press, 2005. Impreso.

Osborne, Raquel. "Del padre simbólico al padre real: la función paterna desde la modernidad." *Las mujeres y los niños primero: Discursos de la maternidad*. Eds. Ángeles de la Concha y Raquel Osborne. Barcelona: Icaria Editorial, 2004. 259-82. Impreso.

Peskowitz, Miriam. *The Truth Behind the Mommy Wars: Who Decides What Makes a Good Mother*. Emeryville: Seal Press, 2005. Impreso.

Piquer, Eva. *Una victoria diferent*. Barcelona: Ediciones Destino, 2002. Impreso.
Puleo, Alicia. "Perfiles filosóficos de la maternidad." *Las mujeres y los niños primero: Discursos de la maternidad*. Eds. Ángeles de la Concha y Raquel Osborne. Barcelona: Icaria Editorial, 2004. 23-42. Impreso.

Ramblado Minero, M. Cinta. "Madres de España/ madres de la anti-España: la mujer republicana y la transmisión de la memoria republicana." *Entelequia. Revista Interdisciplinar:* Monográfico no 7 (Septiembre 2008): 129-37. http://www.eumed.net/entelequia. 27 diciembre 2009.

---. *Construcciones culturales de la maternidad en España: la madre y la relación madre-hija en la literatura y el cine contemporáneos*. Alicante: Universidad de Alicante-Publidisa, 2006. Impreso.

Reviriego Calmes, Victoria. *El yo y la figura de la madre en la narrativa española del siglo XX.* Diss. University of California, 2002. Impreso.

Rich, Adrienne. *Of Woman Born. Motherhood as Experience and Institution*. 1976. New York: Norton, 1995. Impreso.

Riera, Carme. *La mitad del alma.* Madrid: Punto de lectura, 2004. Impreso.

Rodoreda, Mercé. *La plaza del Diamante*. 1965. Barcelona: Edhasa, 2005. Impreso.

Roig, Montserrat. *La hora violeta.* Trad. Enrique Sordo. Barcelona: Plaza y Janés, 1980. Impreso.

---. *Ramona, adéu.* 1972. Barcelona: Edicions 62, 2007. Impreso.

Rothman, Barbara Katz. *Weaving a Family: Untangling Race and Adoption.* Boston: Beacon Press, 2005. Impreso.

Ruddick, Sara. *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace*. Boston: Beacon Press,1995. Impreso.

Ruddick, Sara y Pamela Daniels. Eds. *Working it Out*. New York: Pantheon, 1997. Impreso.

Sanger, Margaret. *Motherhood in Bondage: Women and Health, Cultural and Social Perspectives Series. 1928.* Columbus: Ohio State University Press, 2000. Impreso.

Sanger, Margaret y Esther Katz. *The Selected Papers of Margaret Sanger, Volume 1: The Woman Rebel, 1900-1928*. Urbana: University of Illinois Press, 2007. Impreso.

---. *The Selected Papers of Margaret Sanger, Volume 2: Birth Control Comes of Age, 1928-1939.* Urbana: University of Illinois Press, 2007. Impreso.

---. *The Selected Papers of Margaret Sanger, Volume 3: The Politics of Planned Parenthood, 1939-1966.* Urbana: University of Illinois Press, 2010. Impreso.

Schumm Sandra J. "Reparation to the Ghostly Mother in Carme Riera's *La mitad del alma*." *Symposium* Fall (2008): 139-58. Impreso.

Sebald, Hans. *Momism The Silent Disease of America*. Tempe: Bumham Inc Pub, 1976. Impreso.

Solinger, Rickie: *Beggars and Choosers: How the Politics of Choice Shapes Adoption, Abortion, and Welfare in the United States.* New York: Hill & Wang, 2001. Impreso.

Spivak, Gayatri Chakravorty. "Can the Subaltern Speak?" *Marxism and Interpretation of Culture*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 1988. Impreso.

Stoltenberg, John. *The End of Manhood: A Book for Men of Conscience*. New York: Dutton, 1993. Impreso.

---. *Refusing to be a man. Essays on Sex and Justice*. New York: Penguin Books, 1990. Impreso.

Suleiman, Susan Rubin. "Playing and Motherhood." In *Representations of Motherhood*, Eds. M. Bassin, M. Honey, M. Mahrer Kaplan. New Haven: Yale University Press, 1994. Impreso.

Tohidi, Nayareh and Jane H. Bayes. *Globalization, Gender, and Religion: The Politics of Women's Rights in Catholic and Muslim Contexts.* New York: Palgrave, 2001. Impreso.

Torres, Rosario. "Mujer y publicidad: las revistas femeninas." *La mujer en la España actual: ¿Evolución o involución?* Eds. Jacqueline Cruz y Barbara Zecchi. Barcelona: Icaria, 2004. 429-40. Impreso.

Tsuchiya, Akiko. "Reflections on Historiography in Montserrat Roig's L'hora violeta." *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 1998, Volume 2: 163-74. Impreso.

Tubert, Silvia. *Mujeres sin sombra: maternidad y tecnología*. Madrid: Siglo XXI, 1991. Impreso.

---. “La maternidad en el discurso de las nuevas tecnologías reproductivas.” *Las mujeres y los niños primero: Discursos de la maternidad*. Eds. Ángeles de la Concha y Raquel Osborne. Barcelona: Icaria Editorial, 2004. 111-38. Impreso.

Thurer, Shari L. *The Myths of Motherhood: How Culture Reinvents the Good Mother*. New York: Penguin Books, 1994. Impreso.

Urioste, Carmen de. “Mujer y narrativa: Escritoras/escrituras al final del milenio.” *La mujer en la España actual:¿Evolución o involución?*. Eds. Jaqueline Cruz y Barbara Zecchi. Barcelona: Icaria Editorial, 2004. 197-217. Impreso.

Wylie, Philip. *Generation of Vipers*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1942. Impreso.

VITA

AUSENDA FOLCH

EDUCATION:

	FLORIDA INTERNATIONAL UNIVERSITY
2011	Ph.D. Candidate in Spanish
2007	Master of Arts in Spanish
2002	Bachelor of Arts in Spanish
	MIAMI DADE COMMUNITY COLLEGE
2000	Associate in Arts

PROFESSIONAL HISTORY:

2011	FLORIDA INTERNATIONAL UNIVERSITY Adjunct Professor- Spanish
2010	FLORIDA INTERNATIONAL UNIVERSITY DEA Fellowship Recipient
2006 to 2009	FLORIDA INTERNATIONAL UNIVERSITY Adjunct Professor-Student Assistant Coordinator of on-line Spanish Courses
2003 to 2005	WEST LAB SCHOOL Teacher Assistant for all grades Native and non-native speakers
2002 to 2003	PONCE DE LEON MIDDLE SCHOOL Spanish Teacher for over 150 students Beginner, Intermediate & Advanced levels Trained in TPR workshops, CRISS, Cooperative Learning

CERTIFICATIONS:

Passed Florida Teacher Certification Exam: Spanish Ed.
Passed Florida Teacher Certification Exam: Element, Ed. K-6

LANGUAGES:

Fluent in Spanish, English, and Catalán
Working knowledge of Portuguese and French

MEMBERSHIPS:

Phi Kappa Phi-National Honor Society
Golden Key International Honor Society
Received Outstanding Achievement Award at FIU